

Selecta



Atrapada
en el *botón* de tu
vaquero



= Mayeda Laurens =

Atrapada en el botón de tu vaquero

Mayeda Laurens

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Lola.

Porque sin ella, jamás habría llegado hasta aquí.

Capítulo 1

— ¡Llego tarde! ¡Llego tarde! ¡Por favor! ¡Dejen paso!

Nada, ni una sola persona de las que bloquean mi camino se digna a dejarme sitio. ¡Dios! ¿No se dan cuenta de que llevan a una loca resoplándoles en la nuca?

He tomado este tren un montón de veces y jamás he visto la estación tan atestada de gente, pero parece ser que hoy, justo hoy, todos los turistas del mundo han decidido abarrotarla. Porque sí, porque son turistas y punto. Nadie, si no es por estar de vacaciones, camina tan relajado cuando tiene que subir a un tren.

Está bien, ya me he cansado de ser educada. Agarro el asa de mi maleta de cuatro ruedas con firmeza y la asciendo de categoría: desde ahora es el carrito del demonio. Me lío a empujones con todo el que se me pone delante y, con la cara más inocente que logro componer, voy soltando disculpas a diestro y siniestro. Mientras introduzco la maleta por el control de equipaje, estiro el cuello todo lo que puedo y miro por la ventana buscando el andén al que debo dirigirme. ¡Horror! Mi tren está ahí. ¿Cuánto tiempo tengo para subir? Da igual, sé que debo volar. Literalmente. En cuanto veo mis pertenencias aparecer, me tiro casi en plancha a por ellas y emprendo una loca carrera hasta las puertas de acceso a las vías. Por fortuna, no hay cola, así que, con el bolso colgando de mala manera de mi codo, mi maleta de cuatro ruedas funcionando sobre una sola, y mi cuidado peinado haciéndome ahora parecer la diosa Medusa, planto en las narices de la amable señorita la pantalla de mi móvil mostrando mi billete. Como se da cuenta de mi apuro, aunque no hace falta tener un máster para ello, no tarda en dejarme libre el camino para que pueda continuar.

— ¡Mierda! ¿Dónde está mi vagón?

No tengo tiempo para averiguarlo. Desde lejos veo al revisor asomando la cabeza para comprobar que nadie más espera en el andén. No me gusta perder las formas, pero menos aún perder el único tren que me llevará a mi destino en hora, por lo que, olvidándome de todo, grito a pleno pulmón:

— ¡Espere! ¡Falto yo!

Creo que no me ha oído, de modo que, como si en verdad fuera la sobrina tuneada del Inspector Gadget, imagino que mis piernas se estiran hasta convertirse en zancos y alargo mis brazos para lanzarme de cabeza a la puerta del tren más cercana a mí. Tal cual. Tanto que, aunque consigo subir, de pronto me he convertido en la nueva pegatina de la ventana de enfrente. Ahí me he

quedado. Entre la de prohibido fumar y cuidado con el escalón.

Por suerte o por desgracia, aún hay gente colocando su equipaje en la zona habilitada para ello. Y no dejan de mirarme. Pero eso da igual: he conseguido mi objetivo. Hoy será un gran día.

Con toda la dignidad que una puede tener tras esta entrada triunfal, y después de haberme dejado caer hasta el suelo para recuperar el aliento, me levanto con aires de reina, rechazando la ayuda de un señor mayor que me mira con algo de censura en sus ojos, como si repitiera el mismo mantra que mi abuela: «La juventud de hoy en día no sabe comportarse». Quizás ha sido eso lo que me ha llevado a desestimar su ayuda. Pero, en cuanto consigo ponerme de pie, me arrepiento de haber sido tan altiva, ya que pierdo el apoyo y vuelvo al suelo porque uno de mis tacones se ha roto en algún momento de mi loca carrera. Con toda probabilidad, al hacer de Superwoman. No pasa nada.

«Tranquila, Laura. Hoy puede ser un gran día».

Sí, mi dignidad ha sufrido un duro golpe. En consecuencia, esta vez, me incorporo con cuidado y, con los andares de un pavo mareado, pero pavo real al fin y al cabo, coloco la correa del bolso en mi hombro, ahora sí utilizo las cuatro ruedas de mi maleta para dejarla de pie y busco en mi móvil el número de vagón. El 7. Perfecto. Es el último. Una sonrisa radiante ilumina mi rostro y elevo los ojos al panel informativo que hay justo sobre la puerta que da acceso a los asientos. «Coche 1».

—¿En serio?

Por supuesto, no se lo pregunto a nadie. La única persona que había conmigo se ha largado. Supongo que el anciano al que he osado rechazar me ha abandonado a mi suerte sin mirar atrás. Total, ya que estoy sola, sigo hablando en alto.

—Fantástico. Ahora te toca atravesar coja todo el maldito tren, y tirando de la maleta, además.

Reconozco que la opción de quedarme todo el viaje de pie, en el mismo lugar en el que estoy, para evitar que alguien me vea de esta guisa, no resulta muy agradable y, por tanto, no es válida. Así que inspiro profundamente y cambio de la posición de pavo real mareado a palomo cojo, pero con el pecho bien hinchado. Se entiende, ¿no? Por lo de «pecho palomo». Bueno, es igual. El caso es que me acerco a las puertas y comienzo mi periplo a paso de tortuga vieja, por si las moscas.

¿A estas aturas me he dejado algún bicho sin nombrar?

En fin, un buen rato después durante el cual he sentido todas y cada una de las miradas de los pasajeros sobre mi lastimosa persona, llego por fin a mi asiento. Como soy previsora y no me gusta perder el tiempo, ni siquiera durante los viajes, acostumbro a comprar las cuatro plazas que rodean la mesa para poder trabajar a gusto. Las cuatro. ¿Qué? Necesito espacio para desplegar mi arsenal: ordenador, libreta, bolis de colores, móvil, termo de café y la bolsa con las galletas de chocolate. Es todo un ejercicio de logística imposible de realizar en un solo asiento. Sí, se puede

considerar una excentricidad. Vale, lo es. Pero la universidad cubre el gasto de mi transporte y yo, en lugar de viajar en una clase superior, prefiero invertirlo en cuatro plazas y hacerme con la mesa de centro.

La gente me mira mal. Igual están esperando a que el resto de los viajeros que suban en las siguientes paradas me digan unas cuantas cosas. ¡Pues mala suerte! Esta mesa es solo para mí. Además, que miren lo que quieran. No me importa.

Cuando todo el material está colocado tal y como a mí me gusta, me apoyo en el respaldo del asiento y doy un largo trago a mi café.

Y lo escupo sobre la pantalla del ordenador.

—¡Joder!

Sin poder evitarlo, vuelvo a ser el centro de atención. Yo, que adoro pasar desapercibida, aunque no siempre lo consiga... ¡Pero es que me he quemado! El puñetero café está ardiendo. ¿Qué iba a hacer? ¿Tragarlo? Pues no. ¿Y si me quemo la garganta y en lugar de terminar dando la *master class* en la universidad acabo dando explicaciones en el mostrador de urgencias de cualquier hospital? Por esto último no me iban a pagar.

Dejo el termo en la mesa y saco un pañuelo de papel de mi bolso que, por si no lo había dicho, es exactamente igual que el de Mary Poppins, solo que en lugar de guardar un perchero, un espejo, una planta y una lámpara, yo llevo ropa de recambio, neceser, cargadores varios, un par de bolsas de chucherías como emergencia en caso de que me baje el azúcar, un paraguas por si cambia el tiempo de repente y unas zapatillas de deporte.

¡Es verdad! Sin pensarlo dos veces, me quito los zapatos de tacón y los coloco en el asiento de al lado. Busco unos calcetines dentro de mi bolso y, tras ponérmelos ante la atenta mirada —otra vez— de algún que otro pasajero aburrido, me calzo las deportivas. He perdido el glamur. Pero no de forma permanente. Sé que en algún lugar llevo un tubito de pegamento fuerte. Lo uso para millones de cosas: arreglar una uña rota, reparar una carrera en las medias, restaurar el tacón de mis zapatos... En alguna ocasión, tras una dura sesión en la universidad, me he sentido tentada de esnifarlo, pero siempre he superado esta crisis cambiándolo por un trago de café.

En fin, ¿por dónde iba? Ah, sí. El café. Limpio el desaguisado que yo sola he organizado y vuelvo a dejar la mesa en perfecto orden. Evito beber de nuevo y empiezo a teclear como si me fuera la vida en ello.

No mucho tiempo después, me doy cuenta de que no puedo concentrarme. Siento miradas sobre mí, pero me niego a despegar los ojos de la pantalla. Quizá me he vuelto un poco paranoica con tanto accidente esta mañana. Me abstraigo de nuevo en mi tarea, pero no hay manera.

Desesperada, levanto la vista del ordenador y lo veo.

Pero no «lo veo a él». No. «Veo al hombre de anuncio». Porque sí. Porque no es un mortal más. Este tío no puede llevar una vida normal fuera de un plató. Estoy segura. Habría sucumbido a la presión del público baboso que, sin lugar a duda, lo acosaría a cada paso que diera.

Miro a mi alrededor, pero debo ser yo la única afectada. El resto del vagón va a lo suyo. Lo

miro de nuevo. Igual solo yo tengo esa impresión. La verdad es que nunca me he fijado en los mismos hombres que el resto de las mujeres de mi entorno. De hecho, siempre me han dicho que soy de «gusto especial». Pero nunca ha sido algo que me haya molestado. En realidad, solo es necesario que me importe a mí. Y este tipo es, sin duda, de los míos.

Pues aquí estoy yo. En medio de un trabajo importantísimo que he de terminar, en pleno mes de junio, deseando que acaben las clases, y contemplando, contra toda lógica, a mi vecino de vagón.

El caso es que, ahora que me doy cuenta, me he desconcentrado porque he sentido que él hacía lo mismo conmigo. En este momento está disimulando, estoy segura. Fijo mi atención en la pantalla y, al segundo, lo noto otra vez. Levanto la vista corriendo pero... ha sido más rápido. Ya no mira. De acuerdo. Esto es el salvaje Oeste y solo puede quedar uno. Otro intento más.

¡Ajá! ¡Te pillé! Esta vez sí. No me había equivocado. Muy bien. Y ahora ¿qué?

«Ahora te centras en tu trabajo». Pues sí. Esto es una soberana tontería.

—¡Menudo día!

Por fin estoy de vuelta. Acabo de sentarme en mi butaca del tren. Esta vez, sin mesa. Para el regreso no la necesito. Encima, termino tan agotada de estas sesiones maratonianas en la universidad, que solo tengo ganas de dormir. Me coloco los auriculares, pasándolos con cuidado por encima de mi cabeza —los míos son estos tan grandes, de diadema. Nunca he entendido el gusto por meterse algo en el oído una y otra vez. Además de antihigiénico, me resulta incomodísimo— y los conecto a mi teléfono móvil. Selecciono mi lista de reproducción favorita y cierro los ojos.

«Perfecto, Laura. Una charla más superada y un jugoso ingreso en la cuenta».

En realidad, mi vida tiene poco de interesante. Soy una maestra común, «monda y lironda», como dirían algunos. La única diferencia con muchos de los de mi gremio es que siempre quiero más información. Y formación. Las dos cosas. Que no quiero decir que no haya más maestros a los que les guste reciclarse, ¡ojo! A lo que me refiero es a la comodidad en la que viven algunos, que les hace seguir anclados en los años veinte. El caso es que hace cinco años cambié las aulas por los grupos de investigación. He pasado por unos cuantos, la verdad. Me costaba encontrar mi lugar. En el primero que aterricé, vi que la gente era demasiado poco arriesgada y partían de una base muy tradicional. En el segundo, los integrantes vivían en los mundos de Yupi; que está bien querer innovar, pero hay que ser consciente de la realidad en la que estamos y de que no se puede cambiar todo con un chasquido de dedos. En el tercero, me topé con gente muy animada a la hora

de plantear ideas, pero con poca energía para llevarlas a la práctica. Y, al final, me cansé de buscar mi sitio. Ahora mismo dirijo un grupo de estudiantes en una de las universidades privadas más prestigiosas de la capital. Está claro que el cambio tiene que partir desde abajo, así que, en mi opinión, lo mejor es trabajar con las nuevas generaciones desde el principio. Y no, no estoy hablando de política.

Nos reunimos, si no hay nada urgente, durante una semana al mes y, como con esto no puedo ganarme las habichuelas, conseguí una cátedra en la universidad. Mi proyecto gustó tanto que al final organizo, también, cursos de formación. A veces me cuadran con el tiempo que paso en Madrid. Es algo estresante, la verdad. Pero trabajo de manera intensísima durante unos pocos días al mes y, el resto, cuelgo en YouTube pequeñas ponencias en las que hablo de distintas problemáticas infantiles y posibles maneras de abordarlas. Pero claro, como de esto tampoco se come, procuro dejar dudas sin resolver y, cada tres meses, organizo cursos en línea. ¿Qué? No soy una ONG y no me alimento del aire. Ya dejaré el altruismo cibernético para cuando me jubile; para entonces me habré quedado sin dientes, y las sopitas son baratas.

Por cierto, no lo he dicho. Pero he pasado ya de los treinta. Con creces. No hace falta concretar, tampoco es un dato de vital importancia. Sí, ya lo sé. Con aquello de que los investigadores tienen fama de haber perdido toda su vida entre los libros, igual lo que pega es que ronde los cincuenta. Pero no. De mitos está el mundo lleno. Y a mí me encanta romperlos. Otra cosa es que lo consiga, pero pongo todo mi empeño. Palabra. Ahora no viene al caso, de manera que no hace falta que ponga ejemplos.

Y, además, estoy cansada. Cansada, no casada ¡jojo! Que este estado civil también se le presupone a alguien que tiene mi edad y mi profesión. ¡Pues no!

Acabo de colgar mi último vídeo en la red: celos entre hermanos. Sí, un topicazo. Pero un verdadero quebradero de cabeza cuando lo padeces. Y hablo por experiencia propia. Aunque no diré si los sufrí yo o los sufrieron por mí. Tampoco viene al caso.

Y dos semanas más tarde, me encuentro de nuevo en el tren, camino de Madrid. Pero en esta ocasión no he ganado puntos por atropellar turistas. He sido buena y solo he utilizado mi maleta para la función para la que fue creada.

Bueno, eso tampoco es cierto. En las maletas se transporta ropa. Yo salgo de casa con ella vacía, tal cual, porque las pocas cosas que necesito para mis viajes a Madrid las llevo en mi superbolso, con la intención de poder cargarla de libros a la vuelta. Quien dice libros, dice revistas, artículos de interés, folios y folios llenos de ideas y, en algún momento, exámenes de mis alumnos. Sí, no está bien esto de sacarlos de la universidad, pero ¿qué queréis?, ojos que no ven... Me arriesgo mucho, me juego hasta la cátedra, lo sé, pero, de esta manera los corrijo con tranquilidad en mi casa, que así es como se tienen que hacer las cosas, que las prisas no son

buenas. —Aunque, para ser sincera, solo lo he hecho un par de veces, y juro que en mi vida me he puesto más nerviosa. De hecho, creo que ahí terminan mis coqueteos con la ilegalidad. Sí, acabo de decidirlo. *Nunca mais*—. Además, después de revisar sus trabajos, envió un correo a cada uno de mis alumnos con anotaciones, ideas o dudas que me surgen tras leer las pruebas. Si lo hiciera en las propias hojas, en muchos casos habría escrito más que el dueño del examen... Sí, los hay muy pocos en palabras, qué le vamos a hacer.

A lo que iba. He vuelto a marcar mi territorio con mis armas. Paso de las miradas esta vez. Hoy estoy relajada y por fin es lunes, día de suerte, como diría una amiga mía. Es psicóloga, y ya se sabe con los de esta rama: el mundo es bueno y yo soy fantástica. Cada día nos saluda en el WhatsApp con mensajes del tipo «hoy es martes, día de suerte». Lo atípico del caso es que cada día de la semana es una jornada de suerte para ella. Lleva tres años dándonos los buenos días así en el grupo cada uno de los siete días. No se cansa. Y no ha faltado ni uno. Igual debería recomendarle visitar un especialista...

Pues eso, soy genial y hoy puede ser un gran día.

Otra vez esa sensación... Levanto la mirada y ahí está él. El tipo de belleza especial de la última vez. Me extraño un poco de encontrarlo de nuevo en mi tren. Pero lo mismo puede pensar él de mí. Así que, con un cosquilleo recorriendo mi espina dorsal, me vuelvo a centrar en mi trabajo.

Me cuesta, es cierto, pero no hay nada que un buen trago de café no solucione. Esta vez, sin embargo, soplo con ganas en el termo. Sí, no es muy chic, teniendo en cuenta que estoy siendo observada, pero entre ligar y sobrevivir... está claro ¿no?

En realidad, hoy no tengo mucho en qué concentrarme. Me puedo dedicar a observar disimuladamente a este hombre, a pesar de que él lo haga con descaro. Yo tengo más clase que todo eso, la verdad. En fin... Ahora que lo pienso, tiene que ser alto, porque sus hombros alcanzan una altura poco común en el respaldo del sillón. Desde donde estoy, es todo lo que puedo ver. Bueno, y sus rasgos, claro. Moreno, de pelo muy corto, sin ninguna ceremonia del tipo ondas, peinado «despeinado», tupés o cosas por el estilo. Es corto y ya está, por lo que no puedo saber si es rizado o liso. Desde aquí parece que tiene los ojos oscuros y sus facciones son marcadas. No es mucha información, pero a mí, lo que veo me satisface. Y punto.

Cruzamos la mirada un par de veces más, y en cada ocasión consigue que me ponga nerviosa. Pero no en plan observación siniestra y espeluznante. No, es más del tipo seducción. Más como si estuviera pensando de mí lo mismo que yo de él: que no tiene desperdicio. Todo lo que puedo descubrir desde aquí me tiene hipnotizada. Esos ojos tan oscuros... En una novela romántica sería el candidato idóneo para una escena tórrida. Me encanta, así de sencillo.

Se acerca el fin del trayecto. Guardo mis cosas, por supuesto todo cabe dentro de mi bolso, y, cuando me pongo de pie para acercarme a la salida, el tipo se ha largado. Y por el lado opuesto del vagón, porque por el mío no ha salido. Bueno... Otra vez será.

Capítulo 2

Me he resfriado. Mucho. Muchísimo. No entiendo la manía que tienen en el tren de poner el aire acondicionado a tope como si viviéramos en Arabia Saudí. Veintidós grados. ¿Es que existe alguna ley que prohíba subirlo o bajarlo? Temperatura estándar en invierno y en verano. Vamos a ver, si en el exterior hay treinta grados, ¿no es suficiente con mantener el interior a veinticinco? La diferencia se nota, de eso no tengo duda. Pero, claro, si lo bajan de golpe ocho grados y luego sales a la calle y te pega el aire caliente del verano como si te lo estuvieran enchufando en la cara a través de la turbina de un avión, ¿cómo leches pretenden que una no se ponga enferma? ¿Se ve la lógica o no?

Pues así me he subido hoy al tren, con la nariz de un rojo pasión que parece que voy anunciando un San Valentín en mi interior. O la llegada de Santa Claus con Rodolfo a la cabeza. Lo que cada uno prefiera. Pero así no hay manera de ser elegante. Y no, en este caso lo de «la percha es lo que cuenta» no me vale. Porque yo soy muy mona, y no, tampoco está mal que lo diga. Una debe ser capaz de reconocer sus límites, cierto, pero ¿y qué hay de las virtudes? La modestia está sobrevalorada. A lo que iba: tengo percha, sí, pero hoy me he puesto la de plástico cutre que te regalan en la tienda cuando compras algo. ¿A que las de madera no te las dejan? No, esas no. Esas las tienes que comprar a precio de oro. Esas las quitan y se las guardan. Las que regalan son las de plástico que se rompen en cuanto las usas dos veces. Pues una así, justo así, es la que llevo yo hoy. Nada puede arreglar mi cara esta mañana.

Y no exagero. No es solo el color de mi nariz, es que toda la zona alrededor de ella está pelada, irritada y escocida. Por un cuadro así deberían darle a una la baja. Y no porque me sienta mal, que también, sino porque de esta guisa no se inspira ni seriedad ni profesionalidad. ¿Quién puede imponerse en este estado? Y de charlar durante un rato ya ni hablamos. Con esta congestión, mi maravillosa voz solo es comparable con el graznido de un cuervo moribundo...

Hoy veo imposible eso de dirigir el grupo. Tendré que delegar en alguien, con lo poco que me gusta. Si quieres que algo se haga bien, has de hacerlo tú misma. Un momento... esto también es un tópico, ¿no? Bueno, pues hoy voy a romperlo. Menos mal que en esta ocasión no tengo clase, porque en esto sí que no me pueden sustituir.

Así que aquí estoy. Sentada de nuevo en el tren. Otro lunes más de mi vida desgranando pensamientos... Pero esta vez no he abierto el ordenador. No me apetece. Total, no tengo intención

de hablar mucho durante la sesión con el equipo, lo he dicho antes. Voy a mandar un mensaje a Amaya. Ella es mi segunda y hoy tendrá que dirigir a los chicos del grupo.

Cuando dejo el teléfono sobre la mesa, *mi* mesa durante el resto del viaje, me doy cuenta de que el tipo del anuncio, al que no he visto en las últimas dos semanas de viaje, viene hacia la parte del vagón en la que me encuentro. Esto es nuevo. Exploremos las posibilidades que este acontecimiento me puede ofrecer. Así soy yo: no me echo atrás ante nada.

Pasa por mi lado, inclina la cabeza a modo de saludo y continúa su camino. Eso sí, durante esos escasos segundos en que nos hemos mirado, a mí se me han acelerado las pulsaciones y hasta me han sudado las manos. Este hombre desprende sexualidad por cada poro. Sin embargo, no lo vuelvo a ver en todo el viaje. Está claro, el brillo de mis ojos le ha eclipsado, y no por la pasión, más bien creo que la fiebre se ha adueñado de ellos.

¿Queda alguna posibilidad de que en este estado hoy pueda ser un gran día?

Ha pasado una semana y no he podido colgar nada en YouTube. Imposible en mi situación publicar mi cara o mi voz. En su lugar, he anunciado con un mensaje escrito mi estado. Resultado: un montón de gente deseándome cosas bonitas. Y claro, ante tal despliegue de buenas energías, pensé: «No está tan mal y, de cumplirse, en muy pocos días estoy recuperada». Pero no ha sido así. De resfriado nada. Lo que he sufrido ha sido un gripazo de los que solo se tienen una vez en la vida. Y menos mal, porque no creo que pueda soportar pasar por esto nunca más.

Ahora que estoy mejor, me he planteado denunciar a los de ADIF, que algo habrán tenido ellos que ver en mi enfermedad, digo yo. Aunque al final no creo que lo haga. Me aburren los juicios sobremanera, tanto lenguaje formal y tanta parafernalia para acabar diciendo «te jodes y me pagas» me saca de mis casillas. Con lo valioso que es el tiempo y una puede tirarse ahí media vida. Ni actos de conciliación ni leches, como si la gente no tuviera nada que hacer. Porque claro, tendríamos que llegar hasta los juzgados. Con una queja formal por escrito no me harían ni caso. Dudo hasta de que me contestaran. Enviarían mi mensaje a la papelera con el mismo interés con el que uno aplasta un mosquito que está a punto de picarle. Y a mí no me gusta que me ignoren, así que acabaría insistiendo hasta llegar a la vía judicial.

Uf... qué pereza me da pensarlo. No, lo descarto de un plumazo.

—Veo que estás mejor.

Casi muero del susto. Del susto y de sus consecuencias. Estaba a punto de beber de mi termo y por poco se me para el corazón. Del bote que he pegado me he tirado todo el líquido por encima, he golpeado mis rodillas con la mesa y mis dientes han sufrido un duro impacto al chocar con el metal del recipiente.

El tipo este es idiota. Guapo, pero idiota.

Dejo mi bebida con rabia sobre la mesa y, como no me veo capaz de contener mi lengua, no me

molesto en contestarle y me dedico a calmar mi frustración buscando los pañuelos en el interior de mi bolso.

—Deja que te ayude.

Y sin esperar mi permiso, se pone a tocar mis cosas. Vale, chaval. Acabas de ascender: ahora eres imbécil perdido. Levanto los ojos echando chispas por ellos, y no de amor, precisamente. Parece que funciona porque al instante se queda paralizado, como inmortalizando el momento.

—No, gracias.

¡Ole yo! Mi tono ha sido glaciador, pero mis modales se han mantenido a raya.

Sin embargo, él sigue ahí, de pie, observando cada uno de mis movimientos mientras arreglo el lío que, por su falta de tacto, él, y solo él, ha montado. Cuando acabo, no se ha movido ni un milímetro.

—¿Quieres algo? —le pregunto, sin mirarle, mientras guardo los pañuelos sucios en mi bolso. ¿Dónde leches los voy a dejar si no? Tan cabreada estoy que no acierto a encontrar la papelera.

—Disculpa, no creí que pudiera asustarte.

—Don *Creíque* y don *Penséque* son hermanos de don *Tonteque* —repito como un papagayo la frase que mi querida maestra de tercero de primaria nos decía sin cesar.

—¿Perdón?

Levanto la vista de lo que estoy haciendo y me doy cuenta de que no me sigue. Resoplo con fuerza mientras vuelvo a mi tarea: limpiar la mancha de café que ha quedado en mi camisa blanca no va a ser fácil. ¡Genial! Ahora me toca cambiarme. Agarro con decisión mi insustituible bolso y trato de ir hacia el baño, pero la única neurona que este tipo tiene en la cabeza parece que no es capaz de ordenarle que me deje pasar, porque no se mueve del sitio y yo aún no he conseguido dominar el teletransporte.

Con lo cual, aquí estamos, en medio del pasillo, frente a frente o, mejor dicho, frente a pecho porque a esa altura es donde queda mi cabeza. Tengo que forzar mi cuello para poder mirarle a los ojos desde mi posición. Y ahora es cuando debería hablar de lo que voy descubriendo. Pero es que tengo tanta mala leche acumulada en mi cuerpo en este instante, que ni ilusión me hace describirlo.

—Necesito que te apartes de mi camino para que pueda ir a cambiarme de ropa.

Sin una sola palabra, se hace a un lado y me deja pasar. Bien. Su neurona se ha puesto en marcha.

Ya en el baño me dedico a calmar mi genio.

—Será imbécil el tío... Por su culpa me he puesto perdida. ¿Dónde narices ha aprendido este a relacionarse con la gente? ¿Cuándo hemos comido juntos para que se presente de esa manera? Ni un hola, ni un qué tal estás, ni su nombre siquiera. Ni un triste carraspeo para llamar mi atención. Si es que luego dicen que la educación en este país va mejor. ¡Y una mierda! Para que después digan que los grupos de investigación no sirven para nada. Este tipo va a ser objeto de análisis en cuanto me reúna con el equipo. Tengo que llamar a Sandra y contárselo, seguro que dice que sufre

algún trastorno de conducta social. Estoy convencida.

Sandra es mi amiga, la psicóloga que dice que todos los días son días de suerte. Me gustaría verla en esta situación.

—Lunes, día de suerte ¡y una mierda!

Me encanta esta expresión. ¿Puede alguna otra encerrar tanto sentido en solo tres palabras?

Miro mi reflejo en el espejo y me doy cuenta de que no estoy tan mal. La camiseta blanca de tirantes anchos con una estrella gigante, diseñada a base de lentejuelas plateadas, no es lo más elegante que una puede ponerse para ir a trabajar, pero es que no era para eso. Mi intención era ponérmela para salir a cenar con Amaya esta noche. Porque hoy no vuelvo a casa. Me quedo a dormir con ella en su apartamento. Está pasando por un mal momento con el inútil de su novio y cree que su relación ya no va a ningún sitio. ¡Solo lo cree! A mí me quedó claro desde que tuve el *no placer* de conocerle. Sí, *no placer*. Es como el *no cumpleaños* de Alicia, la del País de las Maravillas. Pues eso. Su vida consiste en quedarse sentado en el sofá de su casa viendo los días pasar. Se tiene por una mente privilegiada porque ha patentado un montón de inventos tan poco servibles como él, y está convencido de que, el día menos pensado, alguien le va a comprar alguno de ellos. O todos. Ya está. A eso se dedica. Pero esta vez algo gordo ha debido ocurrir, porque Amaya le ha pedido que se vaya de casa por un tiempo. Y lo ha hecho. Pero eso sí, le ha dejado instrucciones precisas sobre dónde lo puede encontrar en el caso de que algún jeque árabe llame al teléfono fijo interesado en pagarle millones por alguna de sus ideas.

Pues eso, que tendré que pedirle que me preste algo de ropa para ir a cenar.

Con un pequeño ataque de rabia, cambio el sentido de las lentejuelas. Ahora no son plateadas. Ahora son negras. Negras como mi humor. Así me siento mejor.

Echo un rápido vistazo al baño del tren, asegurándome de que no me dejo nada. Me sorprende darme cuenta de que en estos nuevos modelos le han dado más espacio. Y menos mal, porque en los antiguos una no puede agacharse para coger algo que se le haya caído al suelo sin golpearse la cabeza con el lavabo, o el culo con el inodoro. O lo mismo, pero en sentido contrario, que es mucho peor.

Salgo de allí pensando que hay algunos arquitectos e ingenieros que deberían dedicarse a construir casitas para los descendientes de David el gnomo, pero me doy de bruces con un improvisado público que ha escuchado todos y cada uno mis improperios. ¿Es la hora feliz del aseo o qué? Me dirijo a las puertas del coche para volver a mi asiento y caigo en la cuenta de que estoy sentada justo al final del vagón, por lo tanto, el respaldo de mi butaca apoya en la pared del cuarto de baño. Lo que quiere decir que el objeto de mi cabreo ha escuchado todo lo que he dicho de él. Porque lo he gritado. Con toda la mala leche que solo yo soy capaz de acumular. Y me ha oído seguro.

¡Bingo! Me recibe con una expresión en el rostro que se puede interpretar como «sé con exactitud lo que opinas de mí». Bueno, me importa un bledo. Se ha equivocado de lleno y, además, debería haber vuelto a su sitio cuando yo me he ido. Sin embargo, sigue en el mismo lugar en el

que lo había dejado: en el pasillo.

Claro, lo malo ahora es que necesito que se mueva para que yo consiga regresar a mi asiento. Vamos a ver si logro hacerme oír por encima del barullo que su única neurona está montando en el vacío de su cabeza.

—¿Te importaría dejarme pasar, por favor?

El tipo, con la lentitud del mejor de los perezosos de tres dedos, se cruza de brazos. Para muestra, la secuencia de Flash en la película de *Zootrópolis*. No hay mejor ilustración que esa. Sí, el nombre es una prueba de lo irónico del caso. Después, no se le ocurre otra cosa mejor que sonreír. ¡Sonreír!

—Si compartes el chiste conmigo, igual hasta se me pasa el cabreo.

—Lo haría encantado, pero mi trastorno de conducta social me impide relacionarme mejor.

—Entonces, no me entretengas más y muévete.

Hasta ahí ha llegado mi pequeño intento de ser amable. ¡¿Quién coño se ha creído este tío que es?!

Se hace a un lado, pero no lo suficiente. En el instante en el que doy el primer paso me doy cuenta de ello. Tengo dos opciones: o se lo pido de nuevo o entro de cabeza. Lo pienso un segundo. Ni uno más. Yo solo digo las cosas una vez, así que me meto de lleno en el minúsculo hueco que ha dejado en el pasillo... y me quedo atascada. Mi maravilloso bolso de Mary Poppins y yo somos demasiado para este espacio tan pequeño. Y abandonarlo no es una opción. Miro hacia arriba, literalmente, porque este tío es tan grande como el superhéroe ese verde, Hulk. Por fortuna, es más guapo, pero igual de tonto. Y de osado, porque sigue sonriendo. O eso, o su neurona ha colapsado.

—¿Te importaría pasarme el teléfono de tu terapeuta?

Ahora son las mías las que se han bloqueado. Porque él solo tiene una, pero yo tengo todo un regimiento, por supuesto. Y las muy traidoras han decidido que este momento es el ideal para hacer huelga.

—¿Disculpa?

—Tu terapeuta, porque veo que padeces el mismo trastorno que yo.

«¡Reaccionad, malditas! ¡Moveos de una vez! Tengo que contestar».

Cri, cri. Cri, cri.

«Ración extra de chocolate al llegar a Madrid. Palabra». Dicho y hecho. Toda mi verborrea fluye sin cesar.

—Ni muchísimo menos. Lo mío se llama genio de mil demonios. Tu problema es que tienes tanto eco en tu cerebro que no eres capaz de entender cuándo sobras.

El tipo levanta las manos en son de paz. Se ha rendido, bien. Así me gusta. Trata de moverse, pero, al mismo tiempo que lo hace, noto un ligero tirón de mi bolso.

—Pero ¿qué diablos...?

Estoy tan alucinada que no soy capaz de entender lo que pasa.

—Espera un momento, no te muevas. Creo que ya sé lo que ocurre.

Por algún motivo que no alcanzo a comprender, hago lo que me pide... hasta que veo que mete su mano derecha entre su cuerpo y el mío. Al momento, le cruzo la cara. Mentira, es lo que me hubiera gustado hacer, pero no llego. Al menos no lo suficiente como para hacerlo con toda la intensidad que mi indignación me demanda. Tan humillante es la diferencia de altura entre nosotros. En consecuencia, puesto que su esternón es lo que me pilla más cerca, le asesto un cabezazo digno del mejor de los miuras.

—¡Ay! ¡Estás loca! ¿Quieres estarte quieta? Algo se ha enganchado aquí abajo —grita a la defensiva.

Sí, ahora mismo somos la atracción del vagón. Como esas representaciones que se llevan a cabo en el Tren de la Fresa de Aranjuez, o en el Medieval de Sigüenza. Igual, pero más creíble, claro.

—¿Aquí abajo? —repito absolutamente fuera de mí—. ¿¡Aquí abajo?! Aquí abajo lo único que se va a atascar es mi tacón en tu pie como no saques en este instante la mano de donde la has puesto.

Sí, la situación no puede ser más espantosa y, a la vez, más inverosímil.

—Te repito, pequeña paranoica, que algo se ha atascado. Y cada vez que te mueves me haces muchísimo daño. —Esta vez su voz es apenas un siseo. Y sus ojos se han tornado tan oscuros que, por un momento, solo por un momento, me han... acongojado—. Si te estuvieras quieta, ni yo estaría tocando lo que no quiero rozar ni con un palo, ni tú estarías haciéndome daño en un lugar muy sensible de mi anatomía.

¡Ni con un palo! El neandertal este no se ha visto en su vida en otra y me dice que no me tocaría ni con palo... ¡Será estúpido!

Por unos segundos nos quedamos inmóviles, mirando hacia arriba como si una voz divina hubiera venido a interrumpir nuestra surrealista conversación. Pero no, no es ningún sonido llegado del cielo, es el anuncio de mi parada.

—¡Mierda! Tengo que bajarme aquí. Aparta tus manos de mí, cerdo pervertido.

Nuestros movimientos ahora mismo son mucho más intensos de lo que nos gustaría a ambos, e igual de infructuosos.

—Yo también tengo que salir del tren y así no vamos a conseguir despegarnos. —Con la mano que le queda libre, me agarra de la cintura intentando mantenerme quieta—. Para, por favor.

Lo dice en un tono tan suplicante que no me queda más remedio que hacerle caso... y dedicarme a disfrutar de su tacto. Porque sí, porque la situación es horrible y él es un imbécil. Pero está más bueno que mojar pan en un huevo frito. Ya, lo normal hubiera sido decir chocolate y esas cosas. Pero soy yo, la que rompe todos los tópicos. Y yo adoro mojar pan en el huevo. Qué le voy a hacer...

Miro a mi alrededor. Hay gente entrando por un lado y saliendo por el otro. ¡Genial! Somos muchísimo más interesantes que la batalla final entre Batman y Superman. ¿Qué? Me encantan las

pelis de superhéroes.

—Abran paso, por favor... Abran paso.

Las personas que observan nuestro «problema» se repliegan en los asientos permitiendo el avance del revisor, igual que Moisés separando el agua del mar. E igual de efectivo para frenar mi libido.

—No me lo puedo creer —digo con voz derrotista. Esto es lo último que me faltaba por vivir hoy.

La mirada del recién llegado lo dice todo. Y, por si nos quedara alguna duda, no tiene ningún reparo en comunicárnoslo.

—Señores, ¿serían tan amables de separarse y dejar que los pasajeros ocupen sus asientos? El tren está a punto de salir y las despedidas es mejor hacerlas en la plataforma central que separa los vagones.

Gracias puede dar el piltrafilla este de que no me puedo mover, de lo contrario me lo hubiera comido, lo hubiera triturado y lo hubiera escupido tan lejos que batiría todos los récords de lanzamiento de escupitajos. Lo juro.

Cuando me dispongo a abrir la boca, la mano en mi cintura aprieta un poco más. Miro hacia arriba y sus ojos, que segundos antes querían que explotase en mil pedazos, ahora me suplican que no diga nada. Y me callo. Contra todo pronóstico, me callo.

Nota mental: analizar mi reacción cuando haya conseguido salir de esta.

La voz del que ahora se ha convertido en mi siamés ha decidido aclarar la situación por los dos.

—Justo eso es lo que tratamos de hacer. Pero algo de lo que lleva la señorita se ha atascado en el botón de mi vaquero.

Al mismo tiempo, retira la mano que, hasta este preciso instante, seguía aprisionada entre mis pechos y su estómago. Pero el muy capullo lo hace despacio, muy despacio, disfrutando del momento. Y, para ser sincera, algo que siempre enarboló con orgullo como una de mis mejores cualidades, yo también lo hago. ¿Qué pasa? No todos los días una tiene la oportunidad de quedarse pegada a un espécimen como este. Sí, hemos quedado en que convive con una muy solitaria neurona, pero está bueno. Ya lo he dicho antes.

Ese es uno de los tópicos que no está en mi mano romper: los tíos más impresionantes también son los más catetos. No es culpa mía.

—A ver, si me dejan a mí, seguro que puedo ayudarles.

Y el revisor, ni corto ni perezoso, se acerca con toda la intención de investigar.

Automáticamente clavo mis ojos en él y unos rayos invisibles achicharran su cabeza.

—Tócame, aunque sea un poco, y no sabrás ni por dónde te llega el golpe.

El revisor se queda de una pieza donde está, agarra su *walkie-talkie* y dice con un hilillo de voz:

—No podemos continuar el trayecto. Voy para allá.

No tengo ni idea de dónde está «allá», pero al momento desaparece de mi vista, que es lo único que quiero. Levanto la cara de nuevo y tomo una decisión.

—Vale, mi mano es más pequeña que la tuya. Voy a ver si puedo arreglar esto.

Sé a qué parte de su cuerpo tengo que dirigirme, y lo hago sin ningún miramiento. El esparadrapo, cuanto más rápido te lo arranques, mejor. Pues esto es igual. Sin embargo, en cuanto llego al punto neurálgico de todo esto, me paro un segundo, sonrío como el demonio y le miro a los ojos.

—Ni con un palo, ¿eh? A lo mejor también resulta que tienes trastorno bipolar.

Vuelvo a mirar entre nuestros cuerpos y trato de solucionar lo que sea que haya ocurrido. Con un par de movimientos, me doy cuenta de que es cierto: algo se ha enganchado en uno de los botones de la bragueta de su pantalón. Y pronto descubro que ese algo es una de las argollas del llavero que siempre llevo colgado de un lateral de mi bolso. Lo desengancho con facilidad, disfrutando del aprieto en el que le estoy poniendo. ¿Qué? Él mismo lo ha hecho conmigo hace unos segundos.

En cuanto estamos libres, procuramos dirigirnos cada uno a nuestro asiento, entre un coro de aplausos y vítores. La gente está fatal, de verdad.

Yo no quiero saber dónde estaba ubicado, así que ni le dirijo una mirada. Esta situación ha sido humillante. Igual me da tiempo a bajar del tren, puesto que este sigue parado. Recojo mis cosas lo más rápido que puedo y escapo del vagón como alma que lleva el diablo.

En cuanto salgo de la estación, saco el móvil del bolso y tecleo un rápido mensaje para Sandra: «¿Lunes, día de suerte? ¡Y una mierda!»

Capítulo 3

Puf, estoy más que muerta. Al final, la cena de chicas que teníamos prevista Amaya y yo se convirtió en una borrachera monumental, conseguida de la forma más ridícula y sin salir de su casa.

Mis nervios estaban tan destrozados después del vergonzoso episodio en el tren que no fui capaz de dirigir a mi grupo en condiciones. Claro, que algo de culpa también tiene el hecho de que justo en esa jornada nos tocara lidiar con el papeleo. Estas sesiones son horribles, de verdad. La burocracia, más que creada para que todo se rija según la ley, parece que está hecha para desesperar, martirizar, traumatizar y desalentar. Por no hablar de que, en mi universo particular, sería el arma perfecta que utilizaría para acabar con la humanidad. ¿Quieres terminar con alguien? Pongo a rellenar documentación y a enmarcar un proyecto en la legalidad vigente que, con toda seguridad, cambiará tres veces más antes de que lo termine. Lo fulminas, seguro.

El caso es que entre eso y que Amaya estaba perdida en su mundo de autocompasión, la sesión fue desastrosa del todo. Por eso, al llegar a su apartamento, después de una buena ducha relajante, decidimos obsequiarnos con un chupito de ron miel. La idea era brindar por nuestro infructuoso día, pero una cosa llevó a la otra. Que si brindemos también por la independencia de las mujeres, que si nuestra mente superior también se merece un trago, que si la simpleza de los hombres nos desespera tanto que mejor pasarlo con un poquito de alcohol, que si algunos están tan buenos que se podría ignorar su estupidez si nos regalan una botella de ron, que si menuda lástima que los listos estén cogidos y esos sí que se merecen un brindis, que si nosotras solo nos tropezamos con lo peor y mejor un chupito más, que si..., que si... y más *que si...* Total, que al final descubrimos que mirando por el culo de la botella el mundo se ve de otro color. Y nos pareció tan graciosa esta tontería que nos dimos cuenta de que se nos había ido un pelín la mano. Amaya, decidida a ser una buena anfitriona, pensó que cocinaría algo para llenar el estómago.

—Laura, tenemos que meter algo sólido en nuestro cuerpo o no llegamos serenas a las diez de la noche.

Evidentemente, y ante una lógica tan aplastante, no pude objetar nada y una tortilla de patata se nos antojó la mejor opción. Y la que yo cocino es capaz de doblegar un país. Lo prometo.

Dicho y hecho. Nos pusimos a pelar y cortar patatas y cebollas, y a seguir poniendo al género masculino de vuelta y media, animadas por los trágicos sucesos amorosos de nuestra vida. Sí, de

acuerdo, la realidad no es así, pero ¿de verdad se puede razonar con dos borrachillas del tres al cuarto? ¡Ni de coña! Además, era nuestro momento de terapia. Mi amiga Sandra siempre recomienda poner a parir a la gente cuando te han hecho daño. A la cara no, por supuesto. Lo que intenta es la reconciliación, no provocar otra guerra mundial. Después es cuando se lía a hablar del perdón y todo eso y ahí es donde yo me pierdo. Que no es que no me guste perdonar, que yo tengo un corazón que no me cabe en el pecho y con capacidad para mucha gente, pero con derecho de admisión, eso sí. Lo siento, es mi casa y en ella mando yo.

El caso es que, entre patata y cebolla caía un brindis por esto y aquello y al final, llegado el momento de dar la vuelta a la tortilla... se produjo el pandemónium. Tanto ánimo teníamos encima y tanto alcohol en el cuerpo que la tortilla acabó estampada en el techo de la cocina, goteando huevo crudo sobre nuestras cabezas.

Y el resto, o sea, la limpieza y la autocompasión, mejor no lo cuento. Un desastre. Un puñetero desastre.

Habida cuenta de que con eso quedaba cubierto nuestro cupo de mala suerte, nos fuimos a dormir.

Y aquí me encuentro yo hoy, tirada en la cama y sintiendo en mi cabeza una banda de tambores y panderetas en lo más alto de su actuación. Menos mal que me quedaba a pasar la noche en casa de Amaya, porque con este cuerpo no me veo capaz de subir a un tren hasta mañana.

Total, que de esta guisa, ¿cómo narices voy a grabar mi vídeo para YouTube? Prometí a mis seguidores algunas pautas para alejar a los niños de la tentación del alcohol.

Por un momento me siento fatal. ¿Quién soy yo para dar consejos sobre este tema? El peso de la moralidad empieza a asfixiarme. Me pongo en pie de un salto.

—Soy una persona adulta, no una adolescente. ¡A la mierda la moralidad!

«Buenos días, bellezas. ¡Hoy es lunes, día de suerte!»

Son las seis de la mañana y Sandra sigue demostrando ser la más incondicional de todas nosotras.

Cierro la cremallera de mi bolso y me paro a mirar el llavero: Wonderwoman, con su inconfundible traje azul y blanco, muestra su pose más guerrera. Justo a sus pies, el lema más oído últimamente: «La revolución será feminista». Sin poder evitarlo, recuerdo el episodio en el que se vio envuelta hace unos días y no puedo evitar sonreír.

—Tú sí que tuviste un lunes de suerte, ¿eh, guerrera?

Y de un pensamiento voy a otro, mientras dirijo mis pasos hacia el taxi que me llevará a la estación de tren.

No sé si hoy volveré a verle. Igual debería fijarme en si ya está montado cuando yo llego o si se sube en algún otro momento durante el trayecto. Incluso estaría bien saber su nombre.

A ver, tengo que reconocer que el altercado del otro día, a pesar de lo incómodo que resultó al final, fue divertido. ¿A cuánta gente le ocurren cosas así? Yo no conozco a nadie, la verdad. Tampoco es que esté pidiendo a gritos emociones de este estilo, pero es una anécdota graciosa, ¿o no?

El resto del viaje me dedico a pensar en la mañana que tengo por delante. Hoy la dedicaré a tutorías. Algunos alumnos quieren comentarme cosas sobre el último examen que tuvieron. Sé lo que me espera: de entre todas las visitas que recibiré, menos de la mitad merecerán la pena; el resto serán tediosos intercambios de opiniones acerca de lo correcto o no de mi puntuación. En fin...

Me siento en el lugar que me corresponde en el tren, no sin antes haber estudiado a todos los pasajeros que he visto para comprobar si *él* está acoplado antes de mi llegada. No es así, por lo que me propongo prestar atención en todas las paradas para averiguar dónde se sube.

Sin embargo, tras casi medio camino recorrido, aparece de pronto sin que el tren se haya detenido recientemente.

El momento, si no fuera por la extraña circunstancia en la que nos separamos la última vez, podría resultar épico.

Las puertas del coche se han abierto dando paso a su imponente figura. Sí, me ha quedado muy poético, pero es que la imagen es justo esta. Tengo que averiguar cuánto mide, es que su estatura es impresionante. Estoy segura de que su asiento no puede estar muy lejos, pero pasa de largo todas las butacas que hay libres. Desde mi posición, me doy cuenta de que, a medida que se acerca, tengo que levantar más la cabeza para poder mirarle a la cara. Ha llegado a mi altura. Se para. Me mira impassible, coloca su equipaje sobre uno de *mis* asientos... y se sienta. ¡Se sienta en *mi* plaza! ¡En una de *mis* cuatro plazas! ¡Pero qué...!

—Disculpa, pero estás en mi sitio.

—No puede ser: tú estás a un lado de la mesa y yo me he sentado al otro.

Tomo aire y ataco de nuevo.

—Pues es posible, porque siempre compro las cuatro plazas. Tal y como he hecho esta vez. Así que sí, sí puede ser. Estás en mi sitio.

Se encoge de hombros, como si nada. Empuja un poco mi ordenador para hacerse hueco en la mesa y deposita su mochila en ella sin ninguna ceremonia.

De verdad, me está sacando de mis casillas. Pero yo soy más fuerte.

—¿Te importaría levantarte e ir a sentarte en el lugar que marque tu billete?

—No me importaría en absoluto si no fuera porque esta es la plaza que he comprado y aquí voy a quedarme hasta que tenga que bajar.

No doy crédito. En serio, no doy crédito.

—¿Puedes enseñarme el billete para que lo compruebe, por favor?

Está a punto de meterse esos odiosos cascos en las orejas. Se para a medio camino, me mira ladeando la cabeza y me suelta:

—Puedo, pero no me da la gana. A lo mejor han vendido este asiento dos veces. En ocasiones pasa.

¡Suficiente! Siento todo el poder de la chica de mi llavero y me abalanzo sobre él por encima de la mesa. No sé qué pretendo hacer, pero no me voy a parar a descubrirlo. Sin embargo, no llego muy lejos. Me agarra de las muñecas y tira de ellas hacia él provocando que pierda el equilibrio y termine con todo mi tronco apoyado en la superficie que nos separa, pero con las manos levantadas sujetas por él. Como el espacio no es muy grande, mis pies siguen bien plantados en el suelo, con lo que mis posaderas quedarían a la vista de todos si no fuera porque no hay más asientos detrás de mí. ¡Menos mal!

Esta situación termina de desesperarme y me retuerzo como puedo, tratando de librarme de su agarre.

—¡Suéltame ahora mismo!

—Con gusto.

Y al momento lo hace. Tan deprisa que no tengo tiempo de reaccionar y caigo a plomo sobre la mesa, quedando mis manos sobre sus muslos. Pedazo de muslos, por cierto: grandes, fuertes, me encantaría poder verlos. Pero ahora no es el momento. Si quiero levantarme tengo que apoyarme en ellos, no hay otra opción. Bueno, sí la hay: la mesa. Pero esta me gusta menos. De acuerdo. Clavo mis uñas todo lo que puedo y, de un impulso no exento de dificultad, vuelvo a mi asiento.

Un quejido se ha escapado de su garganta y me mira queriendo asesinarme.

—Tú te lo has buscado —le recuerdo.

Mientras se frota la parte dolorida, me mantiene la mirada, desafiante.

—Desde luego. Lo que no sé es qué se ha apoderado de mí para que quiera hablar contigo una y otra vez. No tiene sentido.

Y, como para que yo sea consciente de que de verdad no entiende nada, se pasa las manos por la cabeza.

¡Venga ya! Este gesto está estudiado al detalle. A mí no me engaña. Ha provocado que los bíceps se le noten bajo las mangas de la camiseta. En uno de ellos puedo ver cómo asoman las últimas líneas de un tatuaje. Además, al subir los brazos, es fácil apreciar con más claridad su torso. Fuerte, con los músculos del pecho marcados a la perfección... ¡Un momento! Acabo de entrar en su juego. Vale. Hasta aquí he llegado. Voy a dedicarme a lo mío.

Con decisión, empujo su mochila y vuelvo a poner mi ordenador en el lugar que le corresponde, enderezo mi espalda y me centro por completo en el texto que muestra la pantalla, abandonando la idea de echarlo, pues me ha dejado claro que no piensa irse.

No tardo ni treinta segundos en espiar a mi vecino de asiento. Parece que también ha decidido concentrarse en sus cosas, porque mira por la ventana con mucha atención, escuchando lo que sea que sale por los auriculares. Con ese cuerpo seguro que es de esos que adoran la música electrónica. Música del infierno, a mi parecer. ¿Qué pasa? No exagero ni un poquito. ¡A saber qué tipo de cabeza ha creado esos sonidos! Con la de cosas maravillosas que se pueden hacer con la

música y alguien ha decidido provocar... *eso*. En fin, vuelvo a mi pantalla, a mi café de termo preparado justo como a mí me gusta.

Pasado un rato, abro el paquete de galletas que ha quedado castigado en una esquina de la mesa, injustamente avasallado por la mochila negra, desgastada y roída de mi compañero de viaje. En mi próxima visita a Madrid cambio de vagón. Lo tengo claro.

Sigo a lo mío hasta que todas las alarmas comienzan a sonar en mi cabeza. Puedo tolerar muchas cosas, de verdad. Aunque no lo parezca, tengo muchísima paciencia. Pero, bajo ningún concepto, consiento que alguien meta mano en mis galletas. En un acto reflejo, que generaría envidia hasta en el mismísimo Jackie Chan, le golpeo los nudillos con toda la mala sangre de las antiguas maestras de escuela. Retira la mano a la velocidad de la luz y frota con los dedos de la otra mano la parte dolorida.

—¡Oye! —me increpa.

—Oye tú, cerebro de mosquito. Te he consentido muchas impertinencias desde que nos hemos conocido, pero de ningún modo, de ninguno —recalco bien mis palabras—, voy a consentir que te comas lo que es mío. ¿Te queda claro? ¡Por encima de mi cadáver!

Agarro la bolsa de malos modos y me la coloco en el regazo. ¡Será caradura el tío!

En un gesto más que infantil, me saca la lengua, se levanta y desaparece por la puerta que queda a mi espalda.

«¿Y este a dónde va ahora?».

Se ha dejado la mochila encima de la mesa. Me tapo los ojos con la mano. No puedo hacerlo. No estaría bien. El gusano de la curiosidad empieza a reptar por mi interior. Lo noto. Lo siento, como la sabandija que es, chupando cada rastro de decencia que queda en mí. Tengo que resistir... Tengo que hacerlo.

—¡Y una mierda!

Agarro el desvencijado saco y me apresuro a buscar la cremallera. Al segundo, siento que él aparece de nuevo.

«Joder, qué pillada».

Me levanto como un resorte y disimulo saltando al pasillo y haciéndome la encontradiza.

—¡Vaya! Estás aquí. Toma. —Le planto la mochila en el esternón. Ya he dicho que es la altura a la que llegan mis ojos—. Seguro que la necesitas allá donde ibas. Es mi manera de decirte que te perdono por haber intentado comerte mis galletas. Y también por haberte sentado en mi sitio —«Para, Laura, vas por mal camino». Cuando me pongo nerviosa, soy incapaz de callarme. Es como una maniobra de distracción. Pongo mi lengua en piloto automático y hablo y hablo sin parar mientras mi cerebro intenta buscar un modo de tranquilizarme—. Y, ya puestos, te perdono también por lo que pasó el otro día. Me metiste mano descaradamente —sigo hablando, pero no es esto lo que debería estar diciendo—, pero la situación no fue agradable para ninguno de los dos. —En este punto solo levanta las cejas, como si mi confesión le sorprendiera—. Sí, ya sé que te precipitaste al decir que no me tocarías ni con un palo, cosa que no es cierto ni de lejos. Te

perdono también por eso...

Se ha ido. Se ha dado la vuelta y me ha dejado con la palabra en la boca. ¡Flipo! Menudo maleducado. Vuelvo a sentarme. A estas alturas de mi vida en los trenes me importa un pimiento si la gente me mira. ¡Lo tengo superado! Pero lo de este hombre no consigo entenderlo. Se ha marchado, así sin más.

Regreso a mi sitio. No vuelvo a verlo en todo el trayecto.

Capítulo 4

¡Si vuelvo a leer un mensaje de Sandra diciendo que los lunes son días de suerte, me la cargo! Lo puedo tolerar con cualquier otro día, pero con el lunes... ¡Ni uno más!

Desde que casi pierdo aquel maldito tren, hace ya un mes y pico, no he vuelto a tener un lunes de paz y tranquilidad.

La sesión de tutoría ha sido un auténtico infierno. ¡A Rambo querría yo ver en ese despacho! He salido de allí sin sentir, no solo las piernas por las horas que me he pasado sentada, sino también los brazos, la cabeza y hasta el corazón. En especial después de escuchar a un niño, que no sabe ni peinarse sin la ayuda de papá, exigiendo que le pusiera un diez. ¡Un diez! Y no se merece ni que le permita volver a entrar en mis clases. ¿Quién, en su sano juicio, aporta como nueva medida contra el fracaso escolar en secundaria más colegios privados, y que motiven a sus estudiantes con viajes de esquí a los Alpes cada fin de curso? Y aún he tenido que escucharle decir que con gente como yo es normal que los chicos no estudien.

Menos mal que ya ha acabado el curso y me he contenido... un poco, porque casi lo destrozo. Literalmente. Me he levantado como si me hubiera sentado sobre un erizo, lo he cogido de las solapas de su carísima camisa de niño pijo y lo he lanzado fuera de mi despacho.

Bueno, esto solo ha ocurrido en mi cabeza. En la realidad, me he levantado como si me hubiera sentado sobre un erizo, esto es verdad y por eso lo repito, y he abierto la puerta diciéndole que la hora de tutoría se había acabado. Y como necesitaba desahogarme un poco, no he podido mantener la boca cerrada y le he dicho que, en adelante, argumentara sus quejas como un universitario y no como un niño de primaria. ¡Y que sea lo que Dios quiera!

¡A la mierda los niños mimados! ¡Y a la mierda los adultos buenorros que se creen con derecho a imponerme su presencia!

Esto último no entiendo por qué lo digo. Pero lo hago. Y punto.

—Un café, un café doble. A tope de espuma de leche. Esto es lo que necesito para empezar bien el día.

Así me he levantado esta mañana de la cama. Menuda noche horrible he pasado. Algo en mi

cabeza no anda muy bien. He dormido poco y he descansado menos.

Me acosté rumiando la desfachatez de la «juventud de hoy en día» y, al hacerlo, me di cuenta de que había empezado a hablar como mi abuela. ¡Yo soy joven, también! ¡Ya me vale! Pero bueno, se me entiende, espero. El caso es que las últimas horas antes de que sonara el despertador han transcurrido entre despachos de universidad y lavabos de tren. Sí... Así funciona mi mente. Al final, los del AVE, para premiar mi fidelidad, me sorprendieron ofreciéndome un sitio exclusivo en *mi* vagón para evitar interrupciones y, de pronto, me vi sentada en el inodoro del tren, eso sí, con la mesa que siempre reservo haciendo las veces de flamante escritorio. Tras la puerta, una fila de clones del innumerable —porque no sé cómo se llama—, empuñando contra mí copias de la documentación que Amaya y yo enviamos hace meses a la Comisión Europea. Sí, justo ahí es hasta donde queremos llegar. Ya dije antes que muy pocas cosas consiguen hacerme retroceder. De hecho, a día de hoy no recuerdo ninguna. El caso es que lo hicimos, mandamos la documentación. Queremos que financien nuestro proyecto y nos permitan llevarlo a la práctica en algún centro educativo.

Pero sigamos hablando de mi pesadilla.

Allí está él con su grandísimo séquito de iguales, gritando que gente como yo solo sirve para que en Europa se rían de los españoles, que ni siquiera soy capaz de corregir un examen sin equivocarme, como para rellenar de manera correcta una documentación tan delicada. De pronto, la imagen empieza a girar y el tatuaje de su brazo cobra vida en forma de serpiente, sale de su bíceps y se lanza sobre mí, comienza a enroscarse por mi cuerpo de forma lenta y sinuosa, haciéndome notar su frío letal en cada centímetro de mi piel y, al final, abre una boca amenazadora, espantosa, cruel... Pero en el último momento, se desvía de mi cabeza y se come mi bolsa de galletas de un solo bocado...

Un auténtico sufrimiento, de verdad. Me he despertado sudando y con taquicardia.

Voy a llamar ahora mismo a Sandra. Seguro que ella me puede aclarar su significado.

—No puedes decirme que esto es una señal de buena suerte. Esta vez no. —Me anticipo, justo después de contarle el sueño, porque para ella todo está relacionado con el rollito *Flower Power*—. Seguro que es un aviso. El próximo viaje lo hago en BlaBlaCar.

—Pues lamento decirte, cariño, que estás equivocada. La cosa no va por ahí. ¿Hace cuánto que no tienes una experiencia sexual? —Sandra es así. Para ella todo en esta vida son experiencias. Todo. Como me quedo callada, sigue con su explicación—. Que en lugar de morderte se haya enrollado a tu alrededor, quiere decir que te falta sexo. Si encima me dices que salía del brazo de ese chico, con el que, casualmente, te has encontrado en varias ocasiones y, además, siempre habéis discutido de una manera u otra, a mí me hace pensar que tenéis una tensión sexual no resuelta.

Sigo muda. ¿Cómo puede nadie creer que una maldita serpiente constrictora puede estar relacionada con el placer?

—¿De qué color era?

Sandra sigue en modo psicoanalista.

—¿El bicho? Blanco.

Oigo un suspiro al otro lado del teléfono.

—Puedes estar tranquila, Laura. El blanco es el color de la pureza, de la inocencia, de lo virginal... ¿Me sigues? Yo creo que ese chico es de fiar. Y tú tienes amor infinito en tu corazón. Déjate llevar, fluye...

Vale, hasta aquí hemos llegado. Ya tengo suficiente información.

—Gracias, Sandra. Lo que me has dicho me tranquiliza un montón —le aseguro, para que no note que no me creo nada de lo que me ha contado—. Ahora puedo empezar el día mucho más tranquila. Hablamos en otro ratito, ¿vale?

—Ok, belleza. Y recuerda que hoy es martes, día de suerte.

Cuelgo sin escuchar el resto de su mensaje.

No ha pasado ni una hora desde que ha terminado mi sesión de psicología, cuando suena el teléfono de casa. Muy poca gente sabe este número, de hecho, creo que solo mi familia más cercana y Amaya. Y esta última porque consideré que cualquier emergencia relacionada con el trabajo no podía esperar a que mi móvil dejase de estar ocupado o encontrara cobertura. Así que no hay muchas opciones.

—Laura, siéntate.

Vale, es Amaya. O sea, trabajo. Debo sentarme. O sea, es importante.

—Dispara —le pido, en cuanto me acomodo en el sofá.

Entonces ella comienza a leer en inglés un correo que ha llegado al grupo de investigación. Me quedo de piedra. Y no porque su pronunciación sea horrible, que no es el caso, sino porque no me lo puedo creer.

—¿Sigues ahí? ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí, aquí estoy, pero es una broma, ¿no?

—Ni muchísimo menos. ¡¡Nos lo han concedido!!

Tengo que separarme el teléfono de la oreja. Amaya se ha excedido con el grito y casi me deja sorda. Iba a pellizcarme para ver si sigo dentro de la pesadilla de la serpiente, pero no es necesario. Mi compañera se ha encargado de demostrarme que estoy bien despierta.

—Voy a meterme ahora mismo en el ordenador para leerlo yo misma. Gracias, May, por avisar.

Cuelgo corriendo y voy a comprobar lo que acabo de escuchar. ¡Es cierto! ¡Es cierto! Me levanto de la silla y salto y bailo por la casa como si me hubiera vuelto loca. ¡Menuda noticia! ¡Esto es una bomba! Tanta adrenalina tengo en el cuerpo que necesito correr. El pasillo de mi piso de alquiler es inmenso: ¡a patinar!

—¡Joder!

Los suelos de madera y los calcetines no son buena combinación. Acabo de aterrizar sobre mi trasero. Pero no me importa. Sandra tiene razón: hoy es martes, día de suerte.

Y no, no voy a pensar que igual tiene razón en todo. Lo de la serpiente, mi compañero de tren y

la tensión sexual no resuelta no se lo concedo. Que no es Nostradamus, hombre... Tan solo es Sandra.

He intentado encontrar una mesa libre en otro vagón, pero la única que estaba disponible era la mía. Casualidades de la vida. O no. O igual es que los pasajeros habituales saben que siempre está ocupada y ni se molestan. No lo sé. El caso es que, contra todo lo que dije hace unos días, vuelvo a estar sentada en *mi* sitio.

La semana pasada no fui a Madrid porque, después de que nos concedieran realizar el estudio, tuvimos que poner muchísimas cosas en marcha. Así que me quedé en mi casa trabajando más horas que un sereno. Me pregunto si el tipo del sueño viajaría... Sacudo la cabeza, hoy tengo mucho trabajo, de modo que no puedo perder el tiempo en ver aparecer al de la serpiente en el brazo. Que sí, que es cierto que no sé el tipo de tatuaje que lleva, pero como tampoco conozco su nombre, pues me apaño así. Como decía, tengo que concentrarme en la reunión. Como la universidad ya está cerrada, hemos quedado en utilizar una sala del centro joven que hay en el barrio donde vive Amaya. Hasta ahora, ella y yo hemos hecho lo que hemos podido desde el ordenador, conectando nuestras webcams y así ha sido como nos hemos comunicado estos días. Decidimos que era una tontería convocar una reunión de emergencia con el resto del equipo; al fin y al cabo, tienen derecho a descansar, por eso lo hablamos en el grupo de WhatsApp y cada uno ha aportado lo que ha podido a través de la red. El grueso del trabajo lo hemos llevado entre ella y yo; no obstante, somos las cabezas del proyecto. Ya está casi todo organizado. Solo nos queda saber dónde nos van a dejar llevar a cabo nuestro estudio. Lo más seguro es que se trate de algún barrio no muy favorecido económicamente, estas cosas siempre se hacen así, es como si quisieran decir: «si la cagas aquí, no hay problema; al fin y al cabo, son gente de segunda». Me cabrea mucho, muchísimo. Por eso me alegro tanto cuando los proyectos salen bien. Porque los de arriba son tan prepotentes que no se dan cuenta de que están dando fantásticos recursos a las personas que ellos consideran menos merecedoras de ellos para que el día de mañana los echen a la calle de una patada en el culo. ¡Me encanta cuando el golpe les llega de quien menos se esperan! Van a flipar cuando empiecen a ver los resultados. Les van a temblar las canillas.

Pues eso. A ver cuándo podemos empezar. Estoy ansiosa.

De pronto, escucho un carraspeo a mi derecha. He estado tan absorta en mis pensamientos que no me he dado cuenta de que alguien llegaba. Levanto la vista y ahí está él.

—Buenos días, mi nombre es Álex. ¿Puedo compartir la mesa contigo?

Alucino.

Álex. El de la serpiente se llama Álex. Y ha aparecido sin asustar. Y me está pidiendo permiso para sentarse.

—Eh...

—Hay algo que quiero enseñarte desde hace unos días.

—Eh...

Busco en mi cabeza a mi ejército de chicas guerreras, pero en su lugar me encuentro a la Real Orquesta Sinfónica de Grillos, tocando con emoción.

Cri, cri. Cri, cri. Cri, cri.

Álex me mira, esperando una respuesta.

—Sí, claro.

Al momento, agarra mi bolso y lo coloca, sin ninguna ceremonia, encima de la mesa. Wonderwoman choca con el tablero de forma brutal y, además, la escucho en mi cabeza quejarse por haber sido desplazada. ¡Hay otros dos asientos libres alrededor de la mesa! ¿Qué le ha hecho pensar que puede sentarse a mi lado?

Cuando voy a protestar, me planta su móvil delante de mis narices. Reconozco la escena. La reconozco muy bien. Algún capullo grabó nuestro encontronazo en el pasillo del vagón y lo ha subido a YouTube. Me empieza a hervir la sangre y lo miro deseando que rueden cabezas... Retiro el teléfono de mi cara.

—Me lo mandó un amigo mío la semana pasada. Pero no te vi por aquí.

—Es que no viajo todos los días.

«Y ahora, si no te importa, me gustaría poder gestionar esto del vídeo a solas».

De pronto, la imagen de una serpiente enroscándose en mi cuerpo nubla mi vista y, en contra de todo lo que dicta el sentido común, me veo inspeccionando su bíceps. Es imposible, la manga de la camiseta no me permite ver más allá. Intento mirarle a la cara, pero es tan alto y está tan cerca que corro el riesgo de provocarme una luxación cervical.

—¿No dices nada?

—Hum... Que no es posible que ahí debajo tengas una serpiente.

—Te sorprendería saber lo que hay debajo de mi pantalón.

No necesito nada más para reaccionar. Se me ha ido la cabeza. Se me ha ido del todo. Creo que es la primera vez en mi vida que me ocurre algo así.

«Tensión sexual no resulta, tensión sexual no resulta». La voz de Sandra, de pronto, martillea mi cabeza.

—No sé si me sorprendería o no, pero, desde luego, no era a ese lugar al que me refería.

Álex me mira con gesto incrédulo... y algo más. A mí comienza a faltarme el aire.

«Tensión sexual no resuelta, tensión sexual no resuelta».

—No se me ocurre en qué otro sitio podría guardar una serpiente.

Confirmado, el aire no llega a mi cerebro, pero el calor me está asfixiando.

—Hablabas del tatuaje que llevas en el brazo.

—Ah, esto. —Acompaña sus palabras levantando la manga de su camiseta—. No es una serpiente. Es un símbolo indio.

Observo el dibujo con detenimiento. Casi casi llega hasta el hombro. Me gusta. Pero tiene

algunos matices... Me acerco un poco más, es una auténtica obra de arte hecha en tonos tierra.

Se trata de un laberinto que creo haber visto en alguna otra ocasión, pero no consigo recordar ni cuándo ni dónde. Me inclino un poco más. ¿Qué? Soy de naturaleza curiosa y no puedo quedarme a medias. El dibujo me tiene intrigada. Además, creo que estoy empezando a marearme, noto un maravilloso olor a desodorante que está haciendo que mis neuronas dejen de funcionar. Sí, a desodorante, ¿qué pasa? Si esta fuera una escena típica de una novela romántica, el chico olería a sándalo, a limón o, tan solo, «a hombre». Pero no es el caso y, además, yo soy la rompetópicos número uno y Álex no puede oler así. Huele a desodorante y punto. Eso sí, a uno del tipo AXE, estoy segura. Los creadores de esta marca introducen componentes adictivos, me apuesto el cuello. Sus anuncios son horribles, pero las fragancias que crean... Me doy cuenta de que casi me he subido encima de Álex cuando, sin previo aviso, aumenta la fuerza de su bíceps y este se mueve, provocándome un susto de muerte.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

Sin embargo, su mirada no dice lo mismo. Y su sonrisa es demasiado... sugestiva.

«Tensión sexual no resuelta, tensión sexual no resuelta».

Intento recobrar la compostura, pero... ¡mierda! Me doy cuenta de que el atuendo que llevo hoy no es el mejor para movimientos bruscos. La falda ajustada de mi traje se sube un poco más con cada intento que hago por sentarme derecha. En el minúsculo hueco que queda entre el asiento y la mesa no hay espacio suficiente para mí. Además, las piernas de Álex ocupan más sitio del que debieran y cada vez me resulta más difícil encontrar una postura decente. El olor de este hombre ha resultado ser un gas letal para las chicas de mi cabeza, porque no soy capaz de estarme quieta ni de decir algo coherente.

—¿Te gusta?

Entiendo al instante que se refiere al tatuaje. ¡Bien! Mis neuronas no han muerto del todo.

—Sí. Es muy... interesante. ¿Qué significa?

—Representa la Madre Tierra. Mira —Vuelve a mostrarme su brazo y señala la línea recta que atraviesa casi todo el laberinto—: esta raya es el hijo, o los hombres, como prefieras. Y el resto, es ella. Nos rodea, nos protege, pero deja camino a ambos lados para que nosotros decidamos hacia dónde queremos llevar nuestros pasos.

Mis ojos van del tatuaje a sus labios mientras me cuenta la historia. Ambos están peligrosamente cerca de mí y ambos me atraen por igual.

Esa boca, ese dibujo... ese maldito y maravilloso olor... Miro hacia arriba y me doy cuenta de que Álex no está mirando su brazo, como se supone que debería hacer al acompañar su explicación. No. Está mirando por dentro de mi blusa. Y no me extraña, porque con tanto acercarme e inclinarme no se lo he puesto nada difícil.

Vuelvo a mi asiento, carraspeo. Tengo la garganta seca. Café. Doy un trago bien largo a la bebida de mi termo. Álex me sigue mirando. Y está siendo demasiado explícito. Esto no está bien.

«Tensión sexual...». ¡Basta!

Necesitamos cambiar de tema.

—Veo que te interesa esa cultura... —Sí, no es una frase muy inteligente, pero he de decir algo. Es del todo imperioso que me serene y necesito hacer cualquier cosa para lograrlo. Así que, sigo bebiendo café.

—Bueno, uno debe tener bien claro de dónde viene.

A punto estoy de escupir de nuevo. Pero consigo tragar a tiempo, aunque tan deprisa que acabo tosiendo con fuerza, mientras dejo la bebida encima de la mesa y hago lo imposible por calmarme. Me he atragantado de lo lindo.

De pronto, Álex me agarra los brazos por las muñecas y los sube por encima de mi cabeza con rapidez. Tanto que saca mi camisa de la falda y ahora mismo tengo al descubierto medio abdomen. Bien, a pesar de lo absurdo de la imagen, en este momento él es quien se ha quedado bloqueado. Me mira el ombligo con descaro. Sí, tengo un ombligo digno del mejor anuncio de Vitalinea. En otras circunstancias no me importaría que lo admirara, pero, de verdad, este momento está siendo surrealista.

—Creo que he sobrevivido a este ataque de tos. Es seguro que me dejes bajar los brazos.

No solo no lo hace, sino que apoya mis manos en la ventanilla, impidiéndome cualquier movimiento, y recorre mi cuerpo con descaro, pasea su mirada por mis piernas que, en esta nueva posición quedan expuestas a su escrutinio, y continúa evaluando lo que ve. Al contrario de lo que debería, no me siento incómoda y, muy a mi pesar, una ola de calor va creciendo en mi interior. Cuando nuestros ojos se encuentran, noto que respira con dificultad. Y yo también. Va a besarme, lo sé. Igual que el resto del vagón. Al instante recuerdo el vídeo de YouTube y me niego a volver a protagonizar una escena caliente para medio mundo.

—Así que eres un indio. —Ya está, he roto el momento—. ¿Y quién te cortó la cabellera?

Vuelve a su asiento e intenta disimular, mientras estira la tela de su pantalón vaquero, tratando de encontrar una postura más cómoda para eso que tiene entre las piernas que conseguiría sorprenderme si lo viera, tal y como me ha dicho minutos antes.

—Bueno, según mi árbol genealógico, desciendo de los indios hopi.

Ahora me toca a mí flipar.

—¿Te has hecho uno de esos?

A ver, ¿quién, en los tiempos que corremos, ocupa sus horas en investigar esto? ¡Por favor!

—¿Recuerdas aquel famoso anuncio en la tele que sorteaba no sé cuántos kits para realizar un estudio del ADN de forma gratuita?

Estoy segura de que ahora mismo presento uno de esos tics tan poco favorables que hace que uno de mis ojos se abra y se cierre sin parar, por lo que en este punto solo soy capaz de asentir con la cabeza.

—Pues lo gané. Me enviaron uno y lo mandé de vuelta tras tomar una muestra de mi saliva.

Sí, ya no me queda ninguna duda. No solo mi ojo, también mi boca está comenzando a hacer muecas sin que yo pueda controlarlo. Veo que tiene intención de seguir dándome detalles de este

método científico tan serio para descubrir de dónde venimos. No puedo permitirlo.

—No sé cómo preguntarte esto sin resultar ofensiva: ¿te has tatuado un símbolo indio porque la única evidencia seria que tienes de tu origen te la ha proporcionado un anuncio de la tele?

Vale, en mi cabeza sonaba más sutil.

—No, me lo he hecho porque me gusta; porque, de un modo u otro, tiene que ver con el cambio climático, cosa que me preocupa mucho; y porque sí, porque esas son mis raíces. El test solo lo realicé por diversión y por ver si acertaba. Y, ya ves, atiné de lleno.

Y... punto para el indio. Un momento, ¿cambio climático?

—¿Eres activista o algo así?

—No, soy motero.

Justo cuando voy a contestar, anuncian nuestra parada. Nos ponemos en pie al mismo tiempo, recojo mis cosas y nos unimos al lento grupo de pasajeros que esperan su turno para bajar del tren. Ahora mismo estoy detrás de él, admirando las dimensiones de su espalda. ¿Motero? Todavía estoy alucinando. ¿Indio? Me da por mirar hacia arriba. Estoy segura de que hay cámaras ocultas por algún sitio. Esto no puede ser real.

Álex me ayuda a bajar. Bueno, lo intenta. Me tiende la mano para que me resulte más fácil salvar el escalón, y yo acepto su ayuda: le cuelgo, sin ningún miramiento, las asas de mi superbolso y desciendo sin problema alguno. ¡Lo mismo se piensa que soy de esas que llevan tacones y no saben andar sobre ellos! Esa es otra de las cosas que no logro entender: ¿por qué se empeña la gente en ponerse cosas que no sabe utilizar? Vamos a ver, si yo me cuelgo un paracaídas a la espalda, a nadie le sorprendería que sepa manejarlo. Obvio. Pues si me subo en unos tacones, ¿por qué dan por hecho que no me sé defender sobre ellos?

Su cara es un poema. Pero enseguida le da por reírse. Su risa es profunda, y sincera. Y me encanta. Así que, de pronto, me veo sonriendo yo también. Damos unos cuantos pasos para permitir el acceso al vagón a los nuevos pasajeros y nos detenemos cerca de una columna, donde Álex se apoya como si fuera el lugar más cómodo del mundo. La estación de Atocha es un caos. Da igual la hora. Siempre hay gente. Sin embargo, ahora mismo, cualquiera diría que estamos solos. Desde mis tacones mi posición es más elevada, por tanto ya no le llego al esternón. Con estos ocho centímetros de más mis ojos quedan justo a la altura de su barbilla. Sí, no es mucho, pero es que el tío es más largo que un día sin wifi y, además, el frenético movimiento de los transeúntes nos obliga a acercarnos más. Tanto que vuelvo a sentir su olor.

«Me río yo de las armas de destrucción masiva. Este desodorante es mucho peor».

¡No, no! Esto no es lo que tengo que pensar. Lo que debo hacer es despedirme y marcharme a la universidad. Miro mi elegante reloj de pulsera y me doy cuenta de que solo quedan cuarenta minutos para el comienzo de la reunión. Agarro las asas de mi bolso e intento recuperarlo. Pero no puedo. Álex las sujeta con fuerza. Y ahora ¿qué pasa?

—Un nombre.

¿Ha dicho «un nombre» o «un hombre»? No lo tengo claro, por eso no digo ni mu.

—No es justo —se queja—. Sabes muchas cosas de mí, sin embargo ¿qué hay de ti? Ni siquiera sé cuándo te volveré a ver.

Mmm... Así que quiere una próxima vez... Bah, este motero no es tan duro como aparenta.

—Laura. Me llamo Laura. Y tengo una reunión en poco más de media hora. ¿Me devuelves el bolso, por favor? Necesito todo lo que hay dentro.

¡Mierda! Acaban de transcurrir tres segundos de mi vida sin que me haya dado cuenta. O cinco. O diez. Ni idea. Algo ha hecho *boom* en mi cabeza, he entrado en combustión y he resurgido de mis cenizas. Porque estoy segura de que ha sido exactamente así.

Solo recuerdo que estaba tratando de recuperar mi bolso, pero no he podido. Álex me ha agarrado de la nuca y me ha besado como si me hubiera oído decir que no es tan duro, como si me estuviera diciendo «¡chúpate esa!». Vale, la expresión, además de antigua, es demasiado gráfica para este momento. Pero no encuentro otra mejor. Después, he vuelto al mundo real. Y ahora él no está. Ha desaparecido.

Lo busco entre la gente. ¡No puede ser tan difícil encontrarlo, joder! ¡Que mide casi dos metros! ¡Ah, ya lo veo! Está llegando al final de la escalera mecánica que lleva justo a la calle, corro hacia esa salida, al fin y al cabo, también es la mía, pero desaparece de mi vista otra vez.

—¡Maldito indio yupi! —O jupi, o puji, ¡o lo que coño sea!—. ¡Taxi!

Capítulo 5

Han pasado dos semanas desde la última vez que la serpiente se enroscó sobre mí, digo... que vi a Álex. Y me refiero físicamente. Porque el vídeo de YouTube se ha vuelto tan viral que me ha llegado cada día una media de tres veces, lo juro, de casi todos mis contactos de WhatsApp. De hecho, uno de mis seguidores del canal de consejos para tratar con los niños, me preguntó si consideraba los trenes como centro de relaciones sociales seguro para nuestros hijos. No sé si soy yo sola, pero a mí me pareció una clarísima alusión a mi «experiencia» con Álex. Y, además, con retintín. Lo bloqueé al momento, como manda toda lógica.

Lo malo de todo esto es que, a raíz del primero han surgido unos cuantos más grabados desde diferentes ángulos. Hay uno que está hecho desde arriba. Algún descerebrado creyó que subirse a uno de los asientos y grabar un picado era una gran idea.

Lo bueno, que gracias a tanta creatividad como anda suelta por el mundo, puedo estudiar el cuerpo del indio desde diferentes ángulos. Y lo he hecho, ¡ea!

Lo peor, que Sandra me llamó en cuanto el vídeo llegó a nuestro grupo de WhatsApp.

—Hola, belleza. Solo quería decirte que el domador de serpientes me inspira mucha confianza.

A veces dudo de que la formación de mi amiga sea en Psicología. Yo creo que se le olvidó poner delante un *para* y llamarse *parapsicóloga*.

—Vaya, me alegro de que así sea. —En realidad, me da un poco igual, pero eso no se lo puedo decir. Quedaría fatal.

—¿Cuándo me lo vas a presentar? Me gustaría estudiar su aura.

No hay que asustarse. Ya he comentado varias veces cómo es esta chica. Y puedo garantizar que no hay ni un ápice de maldad en ella.

—Uf, pues lamento decirte que no creo que eso pase nunca.

—¿Y por qué? Lo bonito de esta vida es marcharnos al Más Allá habiendo creado una gran red de relaciones sociales, Lau. Nunca se sabe con quién nos vamos a encontrar cuando regresemos.

Sandra cree en la reencarnación, por si no había quedado claro después de esto.

—Ya... seguro que sí, pero mi red social ahora mismo ha quedado reducida a mi grupo de investigación, cielo. Necesitamos llevar la educación a otro baremo de edad. Y él no cabe en nuestro proyecto, es demasiado mayor para ello.

—Oh, vaya... —se lamenta. Y siento que es de verdad—. Bueno, a mí no me importaría

suplirte hasta que tengas un huequillo para él. Hay mucho amor dentro de mí y en mi red social caben miles de personas.

Lo mejor de todo es que esto último también es cierto. A Sandra no le gusta dejar a ningún conocido fuera de *su red*. Una vez, de hecho, tuvo una *experiencia* con el frutero porque le vendió un mango tan rico que no dudó en agradecersele invitándole a un café. El chaval, sorprendido, aceptó, y ahora es un miembro muy activo de la comunidad del amor de Sandra. Y cuando digo activo, lo digo abarcando la plenitud de su significado.

A ver, que tampoco se trata de crear una imagen equivocada de mi amiga. Pero, para ella, el amor tiene mil formas y caminos. El sexo es, simplemente, uno más. Según ella, si conectas con una persona, aunque sea a través de un mango, pues hay que explorar todas las posibilidades. Podría haber quedado en un café, pero resultó que tenían más cosas en común que aquella fruta. Tan profundo fue. Todo sea por no tener que deberle nada en la próxima vida. ¿O sí? Este punto no me queda muy claro.

—Te lo agradezco muchísimo, Sandra. La próxima vez que lo vea se lo haré saber.

En fin...

El caso es que he estado pensando en que, quizá, me tenga que trasladar de ciudad, porque nuestro estudio se llevará a cabo en un cole de Madrid y no puedo andar yendo y viniendo cada día. De momento, lo más probable es que me mude con Amaya. El parásito de su ex no volvió a llamarla y, por supuesto, ningún jeque árabe se puso en contacto con ella para localizarle. May tardó muy poco en superarlo, lo que demuestra que no era tanto lo que se querían. Supongo que Sandra diría que ya quedaron saldadas sus deudas y cada uno tenía que seguir su propio camino...

Hoy viajo sin ordenador. Y sin maleta. Lo único que llevo conmigo es mi inseparable bolso de Mary Poppins. Lo demás, no lo necesito. Así que solo he comprado un billete. Espero que nadie me haga compañía durante el trayecto... Este viaje tiene como finalidad ultimar algunos detalles del proyecto y conocer el que será mi nuevo barrio. Me traslado en unas semanas. May me ha dejado unas llaves de su piso porque me voy a quedar un par de días por ahí. Sí, de verdad, en el bolso tengo todo lo que preciso para las próximas cuarenta y ocho horas... Ella no va a estar porque su prima se ha puesto enferma y, como la única amiga que tiene y que puede considerarse su hermana, está de vacaciones con su recién estrenado marido, Amaya se ha ofrecido a quedarse con ella. En estos dos días acomodaré un poco mi nueva habitación; según mi amiga, puedo meter en el trastero todo lo que me estorbe, así, cuando me traslade, solo tendré que instalar mis cosas y listo. Practicidad ante todo.

¡Horror! ¡He olvidado el termo! ¿Cómo puede ser? Rebusco en el interior de mi bolso, pero no aparece. Me golpeo la frente: acabo de recordar que lo he dejado en el mueble de la entrada, lleno hasta los topes de café. Cuando vuelva a casa tendré una vida ocupando el interior, estoy segura...

Pues yo sin café no me quedo. Me voy a la cafetería del tren. No creo que puedan superar mi brebaje, pero esto es una emergencia. Salgo del vagón, pero me quedo petrificada en la plataforma central: Álex aparece por el siguiente coche. Nos encontramos los dos cara a cara después de aquel beso que creó un cataclismo en mi interior. Bueno, quizá no tanto, igual solo un deshielo.

—Laura...

—Álex...

«Tensión sexual no resuelta. Tensión sexual no resuelta». Sandra es omnipresente, lo sé.

—Iba a darme una vuelta por el tren, a ver si te encontraba, porque las últimas dos semanas no te he visto...

Evidentemente, esto lo dice él. Yo me dirijo a la cafetería.

—Bueno, pues aquí estoy, aunque iba a por un café, me he dejado el termo en casa.

—¿Quieres que te acompañe?

Me lo quedo mirando con seriedad. ¿Adónde, en concreto, quiere llegar este hombre?

—Si tú también quieres un café...

—No, yo bebo té.

¡Fíjate tú, el chico bebe té! Un blando, lo que yo decía.

—Bueno, pues té.

—Laura, antes tengo que decirte algo.

¿Ahora? ¿En serio? ¡Por favor, yo solo quiero café! El mundo sin café no sirve de nada. ¿Qué conversación puede ser ahora mismo más importante que mi café?

—El beso del otro día...

—Sí, ya sé, te arrepientes y todo eso —le corto de inmediato. ¡Necesito café!—. No hay problema. ¿Podemos seguir aclarando todo esto en el bar?

En ese momento oigo ruido detrás de mí y caigo en la cuenta de que hay un miembro del personal del tren limpiando el baño, aunque ha terminado ya, porque pasa por nuestro lado, mirándonos con atención. Está claro, lo ha oído todo.

Empiezo a cansarme de que cada cosa que me ocurre con este hombre sea de dominio público.

En cuanto nos quedamos a solas, Álex vuelve a la carga.

—¿Y por qué debería arrepentirme?

Eso digo yo, ¿por qué debería? Pues no lo sé, la verdad.

Doy un paso al frente, a ver si nos vamos moviendo... Pero él ni se inmuta. Un paso a la derecha; me imita. A la izquierda; lo mismo. Lo miro.

Error. Ha sido un error. Leo en sus ojos que, lejos de pedirme perdón por aquel beso, lo que quiere es repetirlo. No. No en el tren. Doy un paso atrás. Pero ¿qué hago? Yo nunca retrocedo. Al momento, avanzo, pero él, que se ha propuesto perseguirme por todo el vagón, hace lo mismo y acabamos chocando y... Cataclismo de nuevo.

¡Que alguien prohíba este desodorante, por favor! Es mi kriptonita, mi estaca en el corazón... Bueno, igual no tanto. Pero sí que me ha noqueado un poco. El tiempo justo para que baje la

guardia, me deje envolver por este hombre-montaña y acabemos enredados en medio de la plataforma, jadeando y acalorados.

¿A cuánto dije que debían mantener el aire acondicionado en el tren? Dieciocho, ¿verdad? Aquí hace muchísimo calor...

Álex, sin soltarme ni un momento, empieza a caminar, dirigiéndome a... ¿Dónde me lleva? Siento que una puerta se cierra a mi espalda. ¿El baño? ¿Nos vamos a liar en el baño? No puedo pensar más. No quiero hacerlo, como dice Sandra: tengo amor infinito en mi corazón...

Mmm... café... Ya no podía aguantar más. Está malísimo, pero da igual. Me está sabiendo a gloria. Miro a mi compañero de barra. Álex está justo a mi lado, soplando discretamente su té. Resulta ridículo ver ese pequeño vaso de plástico en su gigantesca mano, y el diminuto papelito de la bolsita de hierbas colgando del borde. Lo observo con atención. Y yo que creía que era un blando...

Este indio de pelo corto, motero y ecologista guardaba muchas más sorpresas en su interior. Me pillaba observándole. Sonríe antes de dar un pequeño sorbo a su bebida.

—Hoy traes poco equipaje.

Sí, podía haber dicho mil cosas distintas, pero ha salido por ahí. Es posible que su cabeza funcione peor que la mía.

—Esta vez no he venido a trabajar. Me mudo a Madrid el mes que viene y me quedaré un par de días por allí, inspeccionando el lugar donde voy a vivir.

La sonrisa de Álex desaparece por completo y, en su lugar, su mirada se vuelve... ¿triste?

—Vaya... No más viajes en tren, entonces.

Sí, la verdad es que es un poco triste, sobre todo teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir.

—No para mí. Al menos, pasadas las próximas semanas.

De pronto, Álex deja el vaso sobre la barra, con demasiada firmeza, a mi parecer.

—Me gustaría seguir viéndote, Laura.

Ya, claro. Y a mí que mi planta del dinero me diera billetes de quinientos, ¿no te fastidia!

—Pues... no va a ser posible.

Me llevo el café a los labios. No quiero seguir hablando de esto. Sandra diría que estoy huyendo de mi destino, pero me da igual.

—¿Por qué no?

Eso digo yo, ¿por qué no? ¡Mierda! Hay una desertora entre mis guerreras. Pues..., pues...

—¡Yo qué sé!

¡Mierda otra vez! Lo he dicho en alto.

Álex me mira sorprendido. Normal.

—Ya, eres de las que no quiere complicarse la vida. Lo entiendo, pero tampoco te estoy

pidiendo matrimonio.

Bajo la cabeza para localizar la cremallera de mi bolso y la abro. Busco las galletas de chocolate, pero lo único que veo es a Wonderwoman mirándome con descaro. Pero ¿qué le pasa a esta? No entiendo lo que quieres decirme, chica. Y, además, me has quitado las ganas de galletas.

«No estás actuando con sentido». Ah, vale, ahora ya me ha quedado claro.

La aparto de un manotazo y saco el monedero para pagar las consumiciones.

—Tranquila. —Me detiene él, poniendo su mano sobre la mía para evitar que deje el dinero en la barra—. Pago yo.

—No, si tranquila estoy. Pero yo te invité a venir a la cafetería. Pago yo.

Sé utilizar un tono autoritario, pero amoroso, cuando quiero. ¡Soy maestra! ¡Nadie se me rebela! Dejo el importe sobre el mostrador y me dirijo a mi asiento. Sé que Álex viene detrás.

Cuando llego a mi lugar, no me molesto en pedirle que se busque otra plaza. La verdad es que tenemos una conversación pendiente.

Yo creo que se ha dado cuenta de que hay tensión en el ambiente porque, en lugar de acomodarse a mi lado, elije la butaca de enfrente.

—Como te decía, quiero volver a verte. Podemos quedar para tomar algo de vez en cuando, puedo enseñarte Madrid. Me gustaría conocerte más.

Me río. Tiene razón: no sabemos nada el uno del otro.

—Si te hubieras ofrecido a enseñarme el cañón del Colorado, habría aceptado sin dudarlo. Pero ¿Madrid?

—Es una ciudad fantástica. A mí me encanta.

—¡Pero si eres ecologista! ¿Cómo puede gustarte un lugar así? Debería cabrearte todos y cada uno de los días que pasas aquí. Da igual las medidas que se tomen. Yo, cada vez que vengo, la veo más contaminada. Y es una lástima, porque es una ciudad preciosa.

—En eso te doy la razón —admite—, pero, a veces, lo importante no es el lugar, sino la compañía.

—¿Es eso un proverbio indio?

Igual me he pasado. No lo sé.

—Antes de juzgar a una persona, camina tres lunas con sus mocasines. —Me mira fijamente a los ojos—. Eso sí es un proverbio indio.

Suspiro. Otro punto para él.

—Mira, Álex, ahora mismo mi vida es muy complicada. Nos quedan muy poquitos días para ultimar detalles de un proyecto que vamos a poner en práctica muy pronto, y hay mucho en juego. No me puedo permitir ningún tipo de distracción.

Ahora suspira él. Se queda callado. Wonderwoman me llama desde el llavero del bolso.

«Thor se merece una oportunidad».

Sí, Thor, ¿qué pasa? Siempre he pensado que estos dos harían una fantástica pareja. Además, en la última peli del superhéroe, el prota pierde su espectacular melena, como él. Y mide una

eternidad, como Álex. Y sus brazos son impresionantes, como los suyos. En serio, encuentro mil parecidos entre los dos, a pesar de que mi indio sea moreno y de ojos oscuros.

Bueno, tampoco es *mi* indio, pero este es un detalle sin importancia.

—Laura, no suelo pedir las cosas dos veces. Acepto lo que la vida me ofrece. —Este hombre es tan... zen—. Y nunca me ha ido mal. No me puedo quejar. Pero contigo es diferente. Tienes algo que hace que te busque cada día que subo a este tren. Sé que nuestros encuentros han sido cortos y esporádicos, pero nunca he perdido la esperanza de volverte a ver. Creo que tenemos... química. —Me niego a explicarle que Sandra lo llama tensión sexual—. Ahora que sé que no tendremos más encuentros en este vagón... —Se calla por unos segundos que me resultan eternos. Comienzo a impacientarme. Igual su neurona se ha fundido—. No sé cómo reaccionar. Siento que no puedo aceptarlo, sin más.

¡Vaya, hombre! Me inspira ternura. Y eso no es bueno, no, señor. Ahora mismo, si tuviera un sueño, sé que no se me enroscaría ninguna serpiente. Un oso amoroso haría una entrada triunfal proyectando una lluvia de corazones de azúcar sobre mi cabeza. Tan grande y tan tierno... Me recuerda a Manu, un alumno que tuve cuando fui tutora de cuarto de primaria. Abultaba demasiado para su edad, de carita redonda y grandes mofletes sonrosados. En otras circunstancias podría haberse convertido en el cañero de la clase, pero no. Manu era un chico tierno, al que le costaba la vida separarse de su madre cada mañana. La mujer era muy afectuosa, pero eso no era suficiente para inculcar una correcta autoestima en su hijo. El pobre siempre estaba pegado a mis faldas y le resultaba muy difícil socializar. Y no se trataba de un grupo complicado, la verdad. Eran niños muy tranquilos, afables y voluntariosos. Pero, para Manu, todo lo que fuera separarse de un adulto suponía un infierno. Al final, después de muchas terapias, un día se me ocurrió decirle que tenía un superhéroe en su interior. Sí, ya sé, alguien debería mirarme esto. No, Sandra no. Cualquiera otro. El caso es que, después de algunas semanas, me dijo:

—Señorita, ya sé quién soy.

—¿Quién?

—Soy Spiderman.

Claro. No podía ser otro. Obediente, temeroso, lleno de dudas... Me pareció fantástico que se hubiera identificado con él.

A partir de entonces trabajamos en esa línea. Y no, no le causó trastornos de personalidad ni nada parecido. Y no, tampoco le dio por colgarse de las paredes para comprobar si podía trepar. Y sí, sí consiguió salir de su mundo de incógnitas, encontrar su lugar fuera de los brazos de su madre y lejos de mi falda. Y, además, logró convertirse en uno de los niños mejor aceptados de la clase.

Pero a lo que iba. Álex, en este momento, me recuerda a Manu. Y no, no está bien. Tengo un objetivo y me debo a él. Así que, por más que a Sandra le dé un telele cuando se entere, no puedo claudicar.

Aunque pensar en mi amiga acaba de darme una idea para no bajarme del tren con el amargo

sabor que el trago de la culpabilidad deja en la boca. Porque sé que le voy a romper el corazón. Seguro. Bueno, quizá esté exagerando un poco, pero la respuesta que le voy a dar no es la que espera.

—Mira, vamos a hacer una cosa. —De pronto todas mis chicas se ponen alerta. Sé que esto no se lo esperaban—. En mis planes a corto plazo no caben relaciones de ningún tipo más allá de las laborales, peero... —Levanto una mano para interrumpir lo que sea que quiere decirme— como este no será mi último viaje en tren, dejemos que el destino decida si nos volveremos a ver o no.

—Laura, no será él quien lo haga: aún no te has trasladado definitivamente y sé que los lunes vienes a Madrid.

Me mira con aire de sobradillo, casi siendo condescendiente conmigo. ¡Aún no he dicho mi última palabra!

—O no.

Ese es el efecto que quería crear en él: desconcierto.

—¿Qué quieres decir?

Hemos llegado a la estación. Evito contestar mientras me levanto de mi asiento. Esta vez, salgo yo delante y soy yo quien espera a que baje del tren. Cuando lo hace, nos dirigimos, tácitamente, a la misma columna de la última vez. Pero, en esta ocasión, Álex no se apoya en ella. Me coge de la cintura y se acerca mucho a mi boca.

—¿Sabes qué? Tienes razón, dejemos nuestro futuro en manos del destino. Y mientras, dediquémonos a disfrutar del camino, porque la esperanza no es llegar... —Se interrumpe para besarme y yo, débil de mí, respondo a su gesto de la misma manera—: la esperanza es caminar.

Y me vuelve a dejar plantada en mitad de la estación de Atocha.

«Tramposo, eso no es un proverbio indio». Mis neuronas no fallan esta vez. Camino con paso firme hasta la salida. «Esa frase es de José Mujica. Te he pillado».

Capítulo 6

No hago más que llegar al piso y mi móvil comienza a vibrar. Es Sandra.

—Hola, Lau. ¿Qué tal el viaje? ¿Estás bien? He sentido algo y tenía que comprobar que todo estaba en orden.

—Sí, estoy perfectamente. Acabo de llegar a casa de Amaya.

Al otro lado de la línea oigo un profundo suspiro.

—Me alegro. ¿Has visto a Álex en este viaje?

—Sí, claro. —Intuyo que quiere preguntarme algo. Vamos a ver cuánto aguanta—. ¿Qué tal tú?

—Como una rosa. En armonía con el universo, ya sabes. ¿Y qué tal ha ido? ¿Le has comentado lo de mi grupito?

Sonríó triunfante. Ya sabía yo que no daría muchos rodeos.

—Pues, la verdad es que no he tenido ocasión. Nos hemos encontrado casi al final del viaje y hemos... estado... tomando café. Bueno, café para mí. Él bebe té.

—¿Y eso es todo? Cariño, las cartas me han dicho...

No, eso no. Las cartas no, Sandra.

—¿Qué cartas? Dijimos que no ibas a volver a hacer eso.

La última vez que pasó, tuvimos a una de nuestras amigas obsesionada con su predicción. Solemos reunirnos de vez en cuando un fin de semana, alquilamos una casita rural en cualquier pueblo de España y nos pasamos el día y la noche dándole a la lengua. En nuestra última quedada, Sandra se llevó unas cartas del tarot. Algo nuevo, dijo, que había descubierto en uno de sus talleres de comunicación con el cosmos, o algo así, da igual. Lo que interesa es que a una de las chicas le dijo algo acerca de un sombrero, un bigote y una nota. Sí, un completo sinsentido, pero el caso es que a ella se le quedó grabado. Esto sería para septiembre o así. La pobre se pasó la mayor parte de su vida hasta el mes de febrero buscando con desesperación a alguien que encajara en esa descripción. Todo empezó a preocuparnos cuando, en Nochevieja, en una de las fiestas que se hacen con cotillón, salió después de las uvas convencida de que esa noche encontraría al amor de su vida disfrazado de esa manera. Cuando a las ocho de la mañana del día uno volvió a su casa sin haber visto nada parecido, entró en una especie de depresión de la que nos costó bastante sacarla. Al llegar Carnaval, cualquiera juraría que se había olvidado de todo, pero en uno de los desfiles que se celebran en su barrio lo vio. Vio un sombrero de copa y se volvió loca. Empezó a

perseguirlo por todas las calles. Y nosotras a ella, claro. Una vez consiguió llegar hasta él resultó ser *ella*. Una señora de unos cuarenta años disfrazada de hombre. Llevaba sombrero y bigote. Amelia, que así se llama nuestra amiga, se declaró profundamente enamorada de ella en el momento en que la vio y, además, pretendía hacernos creer que se había cambiado de acera en un segundo gracias al flechazo que había sufrido. La pobre mujer no se enteraba de lo que estaba pasando, pero tenía muy claro que aquella loca le estaba estropeando la fiesta. Como no había manera de que la dejara en paz, tuvimos que hacerle caer en la cuenta de que había sombrero y bigote, pero no existía ninguna nota. Fue el fin de su enamoramiento. Pidió disculpas a la pobre mujer y nosotras nos llevamos a Amelia a casa. Fin de la historia. Desde entonces, prohibimos a Sandra hablarnos de lo que le decían las cartas.

—Sí, amor, lo sé, pero es que...

—Pero es que nada, Sandra, no me lo cuentes.

—Cariño, tú eres mucho más sensata que Amelia, y las cartas me han hablado.

—Que no —insisto—. Que no quiero saberlo.

—De acuerdo. Solo dime una cosa: la serpiente constrictora te ha pillado. Y no es una pregunta. ¿Que la constrictora qué? No me da tiempo a inventar una respuesta creíble, así que Sandra aprovecha mi silencio.

—¡Lo sabía! ¿Me lo quieres contar, Lau? Si lo prefieres puedo preguntar a las cartas...

En varias ocasiones he podido comprobar el poder de persuasión de mi amiga, y no es algo que me vea capaz de soportar ahora mismo. En consecuencia acepto y le relato mi historia, omitiendo los detalles de la despedida.

—¡Guauuu! No me lo puedo creer, nena. Eso ha tenido que ser una pasada. ¡Has tenido una experiencia suprema en el baño de un tren de alta velocidad! ¡Con razón yo sentía algo!

Sí, así es Sandra. Tiene conexiones con todas las personas que conoce. O eso dice.

—No me lo recuerdes, por favor. Menos mal que acababan de limpiarlo. No sé ni cómo se nos ha podido ocurrir.

—Cariño, hay veces que no está en nuestra mano buscar respuestas. El universo te ha dado esta oportunidad. Recuerda que en tu sueño todo se desarrollaba en ese escenario.

—Sí, lo recuerdo a la perfección.

—Cuéntame, ¿cómo os habéis apañado? Es un sitio tan estrecho... Pero claro, en él fluyen muchas energías, es normal que...

—Por favor, no pretendas aclararme todo lo que fluye en ese lugar.

Me tapo la cara con la mano que tengo libre. Sandra encuentra belleza en cualquier lado. De verdad, esta muchacha no es normal. Claro, que acabar teniendo sexo salvaje en el cuarto de baño de un tren, no es muy habitual tampoco.

Pero es que eso es justo lo que ha ocurrido hace un rato. No sé cómo llegamos a perder los papeles de esa forma. No fui consciente del lugar en el que estábamos hasta que vi mi imagen reflejada en el espejo, con esa luz mortecina de sala de autopsia a nuestro alrededor. Muy sexi

todo, sí... Y volví a cerrar los ojos con fuerza. Sé que lo hice porque no quería que lo «pintoresco» del lugar me estropeará la locura mayor de mi vida.

Si lo pienso bien, tampoco ha sido tan incómodo. Una vez que conseguimos encontrar la postura, nos apañamos a la perfección, la verdad. Como ya dije antes, ahora los aseos son más grandes, más espaciosos. Una pierna por aquí, otra pierna por allá, me sujeto al grifo del lavabo, Álex se apoya en la puerta, una mano en el espejo, la otra en mi trasero... Sí, ya sé que suena al anuncio del juego ese, Twister. ¿Cómo era? «Una mano al rojo, un pie al azul, menuda se ha armado ¿quién la habrá liaaadoo?». Pues eso digo yo, joder, ¿quién la habrá liado? Si es que... ¡¿En qué cabeza cabe?!

Sandra sigue hablando al otro lado del aparato.

—... lo que te digo, a la velocidad de la luz. El sexo en esas condiciones une mucho. Las partículas más importantes de cada uno de vosotros se han unido a los mismos kilómetros por hora a los que viaja ese tren. Esto ya no hay quien lo pare. Se me está ocurriendo que des una charla acerca de tu experiencia en mi próxima terapia de grupo...

No la dejo continuar.

—Ni de coña, Sandra, olvídale.

—Todos tenemos mucho amor dentro, Laura. Compartir nuestra vivencia es lo más bonito que podemos hacer. No diremos que fuiste tú, si quieres. Podemos contar que le pasó a una amiga.

—Que no, a mí no me metas en eso. Como has dicho, es mi experiencia, así que es mi decisión.

—No te cierres, cielo.

Madre mía, cuando se pone en modo machacón...

—No me vas a convencer.

—De acuerdo, veré cuándo tengo un hueco libre un lunes por la mañana y buscaré a *Snakeman*. No me será difícil encontrarlo. Le preguntaré a él, que seguro que no le importa compartir esa información conmigo.

Hasta aquí he llegado.

—¡Y una mierda, Sandra! ¿Me oyes? ¡Y una mierda!

Sandra suelta una carcajada digna de la mejor versión de la bruja de Blancanieves y me cuelga.

Debería empezar a crear una lista negra. Tengo muy claro quién la encabezaría.

Cuando se me ha pasado el cabreo por la conversación con Sandra, me he metido en la ducha. Me ha dado lástima desprenderme del olor de Álex, la verdad, pero necesitaba hacerlo. No puedo pasarme el día sufriendo un calentón permanente solo por respirar el desodorante de este hombre a cada paso que doy.

Después, me tomo mi tiempo para disfrutar de un buen café. Lo que he bebido en el tren no cuenta. Eso ha sido... un inciso. Un «algo» que marca un antes y un después en mi relación con él.

Bueno, relación tampoco es correcto, que solo nos hemos cruzado cuatro veces. Porque ¿de verdad quiero volver a verle? Sí, claro que quiero. Parece buen tipo. Pero ¿adónde me lleva esto? No sé si quiero pensar en ello ahora mismo. Tengo mucho trabajo por delante y aquí sentada no puedo seguir.

Dejo la taza en el fregadero y me dirijo a la habitación. Me paro en la puerta y abro mucho los ojos. ¡Este cuarto está lleno de cajas! Sí, Amaya me dijo que lo había recogido todo y que podía dejarlo en el trastero, pero se le olvidó comentarme que tenía que sacar todo esto de aquí... En fin. Me pongo manos a la obra, pero me doy cuenta de que no voy a llegar muy lejos. Tengo muchas cualidades, pero la de la fuerza no es una de ellas. Ahora mismo es cuando me encantaría que mi Wonderwoman fuera real y despejara esto de un soplido... Al final, con mucho esfuerzo, consigo sacar alguna caja al pasillo, pero no logro lo mismo con las que están encima de mi cama. Y eso es algo que estoy deseando hacer, porque necesito tumbarme. Solo son las once de la mañana, pero estoy muy cansada, me encantaría echarme un poquito, recuperar las fuerzas que me he dejado en el baño del tren.

¡Alto! Por ahí no puedo ir. Recuperar las fuerzas, a secas.

Bueno, pues si en mi habitación no puede ser, dormiré en el salón.

Busco una de las mantitas de sofá que me dejó Amaya la noche de la tortilla para taparme mientras me inflaba a ron miel. Me recuesto tratando de encontrar la mejor postura para descansar y cierro los ojos.

No es que yo sea de las que se duermen en cualquier parte. De hecho, tardo bastante en rendirme al sueño, ha de ser por eso que no consigo relajarme. Doy vueltas y vueltas y a mi cabeza solo acude una imagen. ¡Y no voy a decir cuál! Intento sacarla de mí, pero cuanto más me esfuerzo, más me cuesta.

Al final, me incorporo de mala leche y voy a buscar mi bolso. Recuerdo que he traído una carpeta con apuntes acerca de los pasos que debemos seguir para la implantación del estudio en el cole que nos han asignado. Es probable que consiga desterrar de mi cabeza algunas cosas si me concentro en un tema tan serio.

Imposible. Una inquietante voz trata de abrirse paso en mi cerebro. ¿Una? No, son dos voces las que intentan hacerse oír. ¿En serio? Escucho con atención, seguro que mis chicas están revolucionadas por lo que ha pasado en el tren y quieren decirme algo. Cierro los ojos y me concentro...

—¡Laura, por Dios!

Creo que la conversación con Sandra me ha dejado traumatizada, porque la estoy oyendo gritar: «¡El destino viene hacia ti! ¡El destino viene hacia tiii!». Me aprieto las sienes intentando encontrar algo de calma. Necesito descansar, de verdad. De pronto, Wonderwoman interrumpe la escalofriante profecía de mi amiga: «¿De qué te quejas? Tú has sido la primera en pedir jugar a este juego».

¡Mierda! Tengo que salir a la calle. Aquí dentro voy a volverme loca.

Me marcho a casa.

Después de dormir malamente en el sofá, es lo primero que pienso incluso antes de abrir los ojos.

Anoche intenté volver a mover las cajas para poder dormir en mi cama, pero no fui capaz. Así que, me tumbé todo lo larga que soy e intenté relajarme en los brazos de Morfeo. Pero no. No fue él quien me acogió en su seno. Casi me atrevería a decir que tuve el dudoso placer de encontrarme con Hades, en la forma de un indio de larga melena azabache, pintura de guerra en el rostro y montado en una serpiente gigante.

Y, esta vez, ni el bicho era blanco ni se enroscaba con delicadeza alrededor de mi cuerpo: me perseguía lanzando su bífida y mortal lengua sobre mí.

Huelga decir que no he descansado ni un poquito. Me he levantado de un humor de mil demonios.

Camino hasta la cocina, arrastrando los pies y odiando al destino, al oráculo y a todo el conjunto de los dioses griegos.

Preparo el café en la máquina de Nespresso de Amaya, y en cuanto el aroma llega a mis fosas nasales me siento mucho mejor. Soy una adicta a esta bebida. Lo declaro a los cuatro vientos sin ningún tipo de remordimiento. Y me revienta, la verdad, porque esto sí que es un topicazo que no puedo romper.

Mientras dejo que mi cuerpo comience a reaccionar tras el primer chute de cafeína, me arreglo y guardo mis cosas en el bolso. Aclaro la taza, meto las llaves de casa en el bolso y cierro la puerta del piso con un poco de buen humor en las venas. Tanto que me planteo si de verdad debo abandonar Madrid apenas veinticuatro horas después de haber llegado.

Miro hacia abajo y leo el mensaje del felpudo de May: «Lárgate». Lo compró después de cortar con su medio limón, pero a mí acaba de darme el último empujón que me faltaba para volver a mi casa.

No me veía capaz de aguantar más tiempo allí, en una ciudad que no es la mía y en la que, la única persona que conozco y que puede aguantar mis penas no está. Vale, no son penas, pero si hubiese podido hablar con Amaya, seguro que me habría sentido mejor y hubiera evitado el arrebato de cambiar mi billete de vuelta. Ahora estoy aquí, sentada en el tren, esperando a que arranque y pensando en qué momento decidí que no era buena idea quedar estos días con él. Total, ¿qué daño podía hacerme? Sí... Me refiero a Álex.

A ver, voy a aclarar un poco las cosas. No es que no quiera estar con él, rollo «valoro tanto mi

independencia que no quiero relaciones». No. Estoy convencida de que el estado ideal del ser humano es en pareja. O en tríos, que a mí lo del poliamor me parece genial. Cada uno que haga lo que quiera. El mío es en pareja. Considero que la convivencia con una persona tiene suficiente miga como para no querer añadir más y dejarlo ahí. Pero, si alguien quiere relacionarse con más gente, fenomenal. Por lo tanto, mi resistencia no es a tener pareja, ni siquiera a tener un amigo con derecho a roce. No. Mi problema es que ahora no es el momento y me da cierto pavor que por Álex me vea planteándome otra cosa. Ahora he de centrarme en el proyecto. A él he dedicado varios años de mi vida, incluidas un montón de horas de sueño. Por él he ingerido litros y litros de café y he consumido kilos de galletas de chocolate. ¡Que me he dejado la salud por el camino, hombre! ¿Cómo voy a querer ahora tirarlo todo por la borda? Bueno, no lo tiraré, claro. Tampoco es que no sea capaz de trabajar y relacionarme al mismo tiempo. Pero a una relación hay que dedicarle momentos. Sí, aunque sea solo una relación de sexo, que no se trata de dar por hecho que Álex quiere pasar el resto de su vida conmigo. Tiempo. Tiempo es lo que falta en mi vida.

Desde que vi la película *In time*, vivo obsesionada con la manera de comprar horas extras para mi día. Para mi existencia, en general.

Pues a lo que iba. ¿Cómo voy a repartirme entre mi vida laboral y mi vida social? Sí, vale. Todo el mundo lo hace. Pero es que yo no soy todo el mundo. Yo soy yo. Con mis rarezas. Y hasta que mi proyecto no esté consolidado, no me veo capaz de tener nada más en mi cabeza. Por no hablar del corazón...

En fin... El caso es que el tren arranca y yo vuelvo a casa.

Coloco los auriculares sobre mis orejas, selecciono mi lista de reproducción de viaje y cierro los ojos. Ya pensaré mañana... Pero apenas llevo dos canciones escuchadas cuando noto una presencia a mi lado. Por la manera en la que se ha sentado, diría que es uno de esos niñatos que no tienen respeto por nada ni nadie, pues se ha dejado caer en el asiento con tanta fuerza, que juro que el tren entero ha temblado.

«Aguanta, Laura, aguanta. No es el momento de empezar una bronca».

La última vez que lo hice, me tocó discutir con un tío medio tonto que hablaba por el móvil como si el que estuviera al otro lado sufriera de sordera aguda. Al final, el revisor lo invitó, con mucha amabilidad, a continuar su conversación en la plataforma central. Y eso que iba trajeado de la cabeza a los pies y hasta con la manicura hecha. Está claro que el hábito no hace al monje...

Respiro hondo, muy hondo, con la intención de calmarme... Y abro los ojos de golpe.

—¡Venga ya!

No he podido evitarlo. Un aroma demasiado conocido se ha colado hasta la suela de mis zapatos.

Mi compañero de asiento sonríe como si estuviera en un anuncio de pasta de dientes, de esas que recomiendan siete de cada diez dentistas. Que digo yo que ya nos podían decir qué aconsejan los otros tres, por si coincido con ellos, vaya. Pero ese no es el tema.

Me quito los auriculares de la cabeza en un movimiento brusco y lo miro con absoluta

incredulidad.

—¿Qué haces aquí?

Álex sigue sonriendo, tan pagado de sí mismo que me dan ganas de arrancarle la piel a tiras y hacerme con ella un tambor como el que tocaban sus antepasados. Yo solo quería un viaje de vuelta a casa tranquilo...

—No lo sé. Me he despertado esta mañana y he descubierto que el destino me tenía reservada una vueltecita en AVE.

Suspiro con exageración, haciendo todo el ruido que puedo para dejar bien claro que su respuesta no me ha hecho ni pizca de gracia.

—¿Has estado espíandome? ¿Me has seguido? ¿Has estudiado mis movimientos o algo así?

Álex me mira con la sonrisa pegada en la cara, pero no me responde. Está claro que mi desconcierto le divierte. ¡Pues mira qué bien! ¡Lo que me faltaba!

—En serio, puede que a ti esto te parezca tronchante, pero yo lo encuentro la mar de siniestro. Así que, harías bien en contestarme, porque estoy segura de que no te gustaría nada verme entrar en pánico. —Lleno mis pulmones de aire antes de continuar, convencida ya de que he llegado al punto de no retorno y voy a montar una escena en medio del tren—. ¡¿Cómo demonios sabías que estaba aquí?!

Ya está, ya lo he hecho. Me he dejado llevar por los nervios. ¡Es que es muy sospechoso, joder!

—Ya te lo he dicho, Laura. El destino...

—¡¿El destino?! ¡¿El destino?!

—Vale, vale, tranquila...

—¡No me digas que me tranquilice, Álex!

—De acuerdo, entonces te diré que sería aconsejable que bajaras la voz si no quieres que todos los viajeros se acerquen a ver qué te pasa...

Respiro hondo, le miro a los ojos proyectando en ellos toda mi mala leche y se lo pregunto una sola vez más. Si no me contesta, juro que llamo al revisor. Pero antes me lo como vivo.

—¿Qué... haces... aquí?

—Antes de que te lo explique, déjame aclarar una cosa: ni te espío, ni te observo, ni te persigo. No soy un perturbado ni tampoco un muerto de hambre. Sé controlarme y no, no estoy obsesionado contigo.

Intento buscar en su rostro algo que me indique con exactitud lo contrario a lo que dice... Pero no lo encuentro. De pronto me doy cuenta de que necesito respirar y reparo en que estaba conteniendo el aire. Vale, debo calmarme y recuperar el control sobre mí misma. Álex sigue esperando una respuesta.

—De acuerdo, te escucho.

Me mira con esos ojos rasgados, negros como el carbón, tratando de llegar a lo más profundo de mí... Mierda, estoy perdida. Si hace eso, estoy perdida...

—Laura, sé que habíamos quedado en dejar nuestro próximo encuentro al azar, y eso es lo que

pretendía. Bueno... a decir verdad, tenía intención de presentarme en Atocha cada lunes para ver si te veía bajar del tren...

Lo sabía... Y él también se da cuenta de que yo lo tenía claro, porque se ríe, ensanchando esos labios perfectamente delineados y mostrándome una blanquísima hilera de dientes... ¡Vale! ¡Hasta aquí! Si sigo centrándome en lo guapo que es, toda mi intención de mantenerme firme se irá al traste.

—Pero, resulta que un amigo me ha pedido participar en una sesión de fotos y he de reunirme con él al mediodía. Cuando he llegado al andén, me ha parecido verte de lejos subiendo al tren. Y, ¡bingo!, tras pasearme por un par de vagones, te he encontrado. Fin de la historia.

Ya... fin de la historia.

«Pues vaya con el destino, podía haber ideado algo más elaborado».

Mis chicas se sienten profundamente desilusionadas. Creo que se esperaban una declaración de amor en la que los ancestros de mi indio le hubieran mostrado una imagen de nosotros envejeciendo juntos, con un montón de bisnietos alrededor escuchando las historias del abuelo hopi...

Para, para, para... Ni de coña. Como he dicho antes, yo solo quería un viaje tranquilo de vuelta a casa. Así que, por lo que a mí respecta, el destino debería haberse quedado cazando gamusinos o jugando a la petanca. Lo mismo me da, pero olvidándose de que existo.

—¿Y bien?

Ah, sí. Álex. Está esperando una respuesta. Debo abandonar esto de dejarme llevar por mis pensamientos con tanta facilidad.

—¿Bien qué?

Necesito un poco de tiempo para volver al tren y bajar de las nubes...

—¿Me crees?

Su expresión es seria. Parece que sí me está diciendo la verdad...

—Bueno, debo...

—Oye, tío, estás sentado en mi sitio...

Y ahí está. El famoso «jovencito» carente de modales que *el destino* me tenía reservado como compañero de viaje.

—Te invito a un café —me susurra mi indio muy cerca de mi oreja.

Música para mis oídos... No me lo pienso dos veces y sigo a Álex hasta la cafetería del tren, como los ratones al flautista de Hamelín.

—Eso es. Lo suyo sería reformular la relación entre las personas, la sociedad y el medioambiente, potenciando las comunidades ecológicamente sostenibles.

Álex lleva un rato explicándome qué le impulsó a hacerse ecologista. Lo sencillo sería pensar

que, al ser un indio, está conectado con la Madre Naturaleza. Pero eso, además de simple, es un topicazo de los grandes. Por lo tanto no. El motivo tiene mucho más peso que eso: es un buen ciudadano que se interesa por cuestiones medioambientales.

—Lo que dices tiene todo el sentido del mundo, Álex, pero no es tan fácil.

—Ni tan difícil —me rebate.

La gente nos mira. Otra vez. Entiendo que no es muy habitual encontrarse a un par de personas hablando de estos temas en medio de un viaje en AVE, y que, quizás, lo normal sea escuchar temas de negocios, familiares y hasta alguna discusión de pareja. Pero tampoco somos dos babuinos feroces moviendo nuestros rojos y pelados culos en las narices de los demás. Que empiezan a ponerme nerviosa ya con tanta miradita y tanto cuchicheo... Y es que este es el problema de nuestra sociedad, que el tema del cambio climático le importa a muy poquita gente y miran mal a todo aquel que se preocupa por el planeta, que hay muchos que piensan que son los que vienen detrás los que tienen que apechugar con el tema. Claro, como ellos ya han vivido... ¡De verdad! ¡Es que me enciendo solo de pensarlo! De pronto, la voz de Álex se cuele entre mis pensamientos. ¡Ya se me ha ido el santo al cielo otra vez!

—Entonces, ¿qué dices? ¿Te apuntas?

—¿Qué? Sí, sí. Claro. Cuenta conmigo.

¡Un momento! ¿Qué acaba de ocurrir?

—Lo pasaremos bien, ya verás. Acabaremos cansados y sudorosos, te lo garantizo, pero también satisfechos y contentos. Y eso es lo que cuenta, ¿no crees?

Cri, cri. Cri, cri. Cri, cri.

Ninguna de mis chicas es capaz de encontrar un hilo que nos traiga de vuelta a la realidad. No tengo ni idea de a qué acabo de comprometerme, pero esto que me ha dicho tiene que ver con sexo. Apostaría la cabeza...

¿En qué momento hemos dejado de hablar de conciencia medioambiental y hemos decidido quedar para...? ¿Para qué exactamente?

—Eh... Álex... —Vale, me toca ser sincera y decirle que no he escuchado ni una sola palabra de su fantástico plan—. Verás, tengo que decirte que no sé...

—Oh, venga. No te puede resultar tan difícil. Además, no tienes nada que temer, no estaremos solos.

Abro los ojos como platos.

—¿Cómo que no?

—Mujer, no pretenderás que todo recaiga sobre nosotros, ¿verdad?

Mierda, lo he preguntado en alto.

—Pues, la verdad, Álex, no lo sé. No veo por qué deberíamos tener público.

—¿Cómo que público? Solo me faltaba que se quedaran mirando y no participaran. Eso sí que no, todo el que venga tendrá algo que hacer. Estas cosas se disfrutaban mucho más cuanto más gente haya. Vale, no te voy a negar que a veces me he encontrado con grupos más pasivos de lo habitual,

que necesitan que se le diga a cada paso qué deben hacer, pero jamás he visto a nadie que se quedara mirando de brazos cruzados. ¿Por qué querrían unirse a nosotros entonces?

—Eso digo yo. ¿Por qué querrían unirse? ¿Y por qué querrías tú que se unieran?

Ya está. Ya lo he dicho.

Álex me mira extrañado, y no le entiendo, la verdad.

—Laura, ¿de verdad quieres hacer esto?

No me da tiempo a contestar. Anuncian una parada y Álex me informa de que es la suya. Coge su mochila, que ha permanecido en el suelo entre sus piernas todo este rato, y se la echa al hombro. Debe darse prisa, así que, como hace un rato que ha pagado nuestras bebidas, me da un beso en la mejilla y se aleja prometiendo que me llamará para darme los detalles.

Y aquí estoy yo, plantada en medio de la cafetería, sintiendo el calor de sus labios indios, que me prometen momentos de sudor, cansancio, satisfacción y felicidad... en grupo.

Recojo mi bolso de Mary Poppins y me dirijo a mi asiento. Wonderwoman parece que brilla con una luz especial.

«Tú sí que eres lista», pienso mientras atravieso los vagones. «Acabas de imaginarte una orgía con Thor, el Capitán América y Ironman».

¡A ver cómo salgo de esta!

Capítulo 7

— ¡Eres mi *ídola*, Lau!

Sí, por extraño que parezca, he llamado a Sandra. Una cosa así solo puedo compartirla con ella.

—No, Sandra. Solo te lo cuento porque necesito desahogarme con alguien y sé que tú no me juzgarías. Pero ten claro que no voy a llevarlo a cabo.

—Pero ¿cómo que no? ¿Eres consciente de lo que te estás perdiendo? El sexo en comunidad es sumamente enriquecedor.

—Sandra, déjate de comunidades y de redes y de orgías tántricas. No voy a hacerlo. Ahora mismo te llamo como... no sé... como mi psicóloga, tan solo para que me escuches.

Silencio... Creo que se ha enfadado.

—De acuerdo, pues como tu psicóloga entonces. Cuéntame, ¿qué te atormenta?

Suspiro... Sé que me he sentido muy desesperada para hablar con ella. Pero no tenía otra opción.

—No me atormenta nada, pero me decepciona que un tipo como él sea de los que van proponiendo por ahí a todo el que se encuentra que se una a su círculo sexual.

—Vaya... no sabía yo que tuvieras esa impresión de mí...

La he cagado. Voy de mal en peor.

—Oye, no me estás ayudando nada...

—No, tú eres la que te estás complicando la vida. ¿Dónde está el problema? ¿Qué te está ofreciendo? ¿Sexo? Vale, ya sabes qué tal te fue con él. ¿Te apetece probar algo nuevo? Adelante. ¿No quieres llegar a ese punto? Díselo. Arreglado. ¿Alguna duda más?

Visto así, resulta sencillo...

—No...

—Bien, me alegro de haberte servido de ayuda como profesional.

Se ha enfadado. Normal...

—Oye... lo siento. Siento haberte hablado así, pero es que me he quedado un poco noqueada con su propuesta. Estábamos hablando de ecología y de pronto me sale por ahí...

—Bueno, Lau... Es que a mí me da la sensación de que es un chico muy intenso, al que no le gusta perder el tiempo. Si ya habíais agotado ese tema, pues a otra cosa ¡y listo! De todas formas, la próxima vez asegúrate de aclarar las cosas antes de que se baje del tren. ¿Cuándo dices que

habéis quedado?

¡Mierda! Una alarma suena en mi cabeza.

—¡Joder, Sandra! Dijo que me llamaría.

—¿Y dónde está el problema?

—En que no hemos intercambiado los teléfonos...

Menuda caca de semana... Llevo días intentando quitarme a Álex de la cabeza. A Álex y a su propuesta. A Álex, a su propuesta y al hecho de que no tenemos manera de comunicarnos, salvo esperar a que el destino, al que puse a parir hace poco, tenga a bien juntarnos otra vez, obviando el hecho de que me metí con él.

Menos mal que es domingo y mañana vuelvo a viajar. Una tila doble me tengo que preparar esta noche si quiero descansar algo, porque esta duda me está matando. Si no me hubiera dejado llevar por mis pensamientos, habría podido responder en el momento... a lo que sea que me planteaba. O no... ¡Vete tú a saber! Y, ahora, a ver cómo le digo que me repita la proposición...

Intento pasar las horas que quedan hasta la noche lo mejor que puedo, así que me entrego de lleno a la tarea de grabar un nuevo vídeo para mi canal de YouTube: el niño y su educación, esa eterna desconocida.

Sí. Estoy ansiosa. Lo sé. Y estoy convencida de que el resto del vagón también se ha dado cuenta e intuyen que algo me pasa. Puede que sea porque hoy voy disfrazada de mapache. Y no. No se trata de la nueva fiesta temática de la universidad. Yo no me apunto a esas cosas. La facha que presento esta mañana es cortesía de un nuevo desplante de Morfeo. Ayer no acudió a nuestra cita y me pasé toda la noche esperando su aparición. Que si dónde estás que no te siento, que si por qué tardas tanto en llegar, que si voy a contar ovejas hasta que vengas, que si cuento de cien a cero y seguro que cuando llegue a ochenta habrás venido... De ahí pasé a maldecirle, a acordarme de todos sus ancestros y descendientes, a jurarle que no le necesitaba... Total, que si tenía una mínima posibilidad de que se apiadase de mí, la eché por la borda cuando le amenacé con desmembrarlo si lo volvía a ver...

Y así me encuentro esta mañana, simulando ser la hermana gemela de la novia cadáver de Tim Burton.

He desplegado mi arsenal de nuevo, pero no he esperado a que el tren se ponga en marcha para empezar a comer. No llevamos ni diez minutos de viaje y ya me he terminado la bolsa de galletas de chocolate y mi termo se ha quedado vacío.

«Vale, tranquilízate, Laura. Vamos a analizar la situación con calma».

En realidad, no es para tanto. Tal y como dijo Sandra, debo responder a mis preguntas una a una. Vamos allá.

Cuestión uno: ¿Qué me ha ofrecido? Sexo. Bien. ¿Quiero repetir? Mmm... Claro, ¿por qué no? Estuvo increíble y a nadie le amarga un dulce.

Vale. Cuestión dos: ¿Me apetece probar algo nuevo? Uf... Esto es más difícil de contestar... Creo que no. No niego que una aventura como la que imagina Wonderwoman sería digna de ser vivida, pero, seamos realistas. ¿Cuántas posibilidades tengo de que mis compañeros en este juego puedan competir con Álex? Pocas, por no decir ninguna.

Un momento, que me estoy embalando. ¿Por qué doy por hecho que serán todo hombres? Habrá más mujeres, seguro. ¿Puedo con eso?

¡Ay! ¡Me estalla la cabeza! ¿A quién quiero engañar? Yo no estoy hecha de esa pasta, y, además, un terrible dolor de cabeza se ha adueñado de mí. Debería dormir un poco.

—Disculpe, señorita.

De acuerdo, Morfeo se está vengando por todo lo que le dije anoche.

Abro los ojos con lentitud, tratando de controlar mi fatídico estado de ánimo, y descubro que es el revisor del tren el que se dirige a mí.

—¿Sí?

—¿Le importaría decirme su nombre?

—¿Perdón?

—He de entregar una nota a la señorita que se sienta en este lugar, pero primero debo asegurarme de que sea la persona correcta.

Empiezo a cortocircuitar. Lo noto. ¿De verdad todos mis viajes en AVE van a ser así de surrealistas el resto de mi vida?

—Laura...

Respondo con algo de temor. Me siento como la finalista de algún programa de la tele, de estos en los que si fallo la respuesta pierdo toda la pasta que he ido acumulando reto tras reto. ¡Qué tensión!

El revisor sonrío. ¡Yupi! Suelto el aire que he ido conteniendo en mis pulmones. ¡Paso a la siguiente prueba!

—Perfecto. Y, ahora, ¿podría decirme cuántos asientos suele reservar en sus viajes?

Me sudan las manos. ¿Se refiere a los de ida? Porque si es así, la respuesta correcta es cuatro; pero si me pregunta por el viaje de vuelta, he de contestar uno. ¡¡¿Qué hago??!!

—¿Cuatro?

En esta ocasión, este amable señor que se parece a Jordi Hurtado, consulta algo anotado en el folio que esconde en su mano derecha. ¿Habré fallado?

—Muy bien.

De verdad, se me va a salir el corazón por la boca. Sea quien sea el remitente está claro que

soy yo quien ha de recibirla. Que me la dé ya y me deje leer esa maldita nota, que no puedo más.

—Última pregunta: ¿puede decirme el nombre de alguna tribu india que conozca?

Abro los ojos como platos.

—¡Álex!

—No, lo siento. —El revisor parece apenado. Apuesto a que se lo estaba pasando bomba con todo esto—. No es la respuesta correcta. Lamento haberla molestado.

Pero qué...

—¡Hopi! ¡Hopi!

Estoy gritando desde mi asiento, lo sé, porque veo que se aleja y tengo que impedirlo. Pero me importa una mierda. Mato a Álex. Lo juro. Y al maldito Jordi Hurtado como no se dé la vuelta y me dé lo que es mío, así que salgo al pasillo y me planto detrás de él.

—¡Hopi es el nombre de la tribu india que lleva escrito en ese jodido papel!

De acuerdo, he perdido todo rastro de glamur. Pero después de tener pinta de haber salido de un *afterhour* zombi lo mismo me da la imagen que esté dando ahora.

El revisor se da la vuelta y me sonrío de oreja a oreja.

—Exacto, señorita. Aquí tiene su nota.

Se la arranco de las manos y, como si fuera una yonqui de las cartas, abro el diminuto sobre con manos temblorosas. Es el premio gordo y estoy a punto de descubrirlo. Veamos qué contiene...

—¿Un número de teléfono? ¿Eso es todo? ¿En serio?

Paseo mi mirada por el resto de los compañeros de vagón. Están tan desilusionados como yo. Igual realmente habían creído que se trataba de un concurso de la tele y que, de un momento a otro, algún presentador cañón iba a hacer su aparición y me iba a regalar un viaje alrededor del mundo para dos...

Arrastro los pies hasta mi asiento y planeo mil formas de torturar al condenado indio...

«Bueno, ¿no era esto lo que necesitabas para poder hablar con él?».

Sí. Las chicas de mi cabeza han decidido que este es un buen momento para comunicarse conmigo.

Está bien... Pero primero miro hacia un lado y hacia el otro por si se hubiera escondido en algún lugar y se hubiera confabulado con el revisor para hacerme llegar la nota mientras él se troncha de risa con mi reacción. Sin embargo esta posibilidad me parece demasiado mezquina incluso para él. Aunque debo preguntarle cómo lo ha hecho...

Pero, pensándolo bien, creo que lo llamaré cuando llegue al piso de May. De pronto, un inmenso cansancio se está apoderando de mí... Me alegro de verte, Morfeo.

La cabezadita que me he echado en el tren me ha devuelto a la vida. Y el tazón de café que me he preparado al entrar en casa de Amaya, y del que ya sola queda la mitad, también. Mientras llegaba

hasta aquí, he tenido tiempo para pensar en lo que voy a decirle: voy a rechazar su propuesta de orgía. No es eso lo que busco, y si esto es lo que él quiere, pues habrá que dejar las cosas claras cuanto antes.

Venga, Laura. Al toro, por los cuernos. Pero voy a hacerlo sentada, por si acaso. Tomo el móvil y marco su número. Álex responde al primer tono y su profunda voz de locutor de radio parece querer llenar el silencio que reina en el salón de casa.

—Álex, soy yo.

Es cierto, cabía una ínfima posibilidad de que el teléfono no fuera el suyo. Y he acertado, así que, doy por hecho que él también me ha reconocido.

—¡Laura! Me alegro de que no haya sido tan difícil encontrarte.

—Difícil, no sé. Pero supongo que el resto del vagón ha de agradecerte los minutos tan animados que han pasado. Les has hecho el viaje muy ameno.

No puedo enfadarme con él. Su risa es tan contagiosa que acabo por vencer mi reparo.

—Bueno, pero al final hemos conseguido contactar, que es lo importante. Me bajé tan deprisa del tren la última vez que no caí en que no tenía tu número hasta que ya fue demasiado tarde. Quería haberte dado más detalles de lo que haremos el próximo día, porque te noté un poco rara, la verdad. Pero no tenía forma de hacerlo.

—Respecto a eso... Me gustaría hablar contigo.

—Sí, claro. Cuéntame.

—Bueno, creo que es mejor que hablemos cara a cara...

«¡Qué dices!». Todas mis chicas se han asustado. Tienen razón, si se lo digo por teléfono, me ahorro un mal trago.

—Ok, por mí no hay problema. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

Vaya, ya no hay marcha atrás. Quedaría fatal, y por hoy ya he hecho bastante el ridículo.

—Bueno, hoy lo tengo libre. Si te viene bien...

—Perfecto. Dime dónde y voy para allá.

—Te mando la ubicación. Ahora te veo.

Y cuelgo sin esperar una respuesta.

Mientras viene, llamo a Amaya para preguntarle dónde está. Me ha extrañado llegar a casa y no encontrarla. Parece que lo que su prima Olga tenía era una apendicitis un poco complicada, y Amaya va a quedarse unos días más con ella.

—No te preocupes, May. No hay problema. Tómate el tiempo que necesites.

Hablamos unos minutos más y cuelgo. No sé dónde vive Álex ni cuánto tardará en llegar, pero no quiero que me pille a mitad de una conversación telefónica. Para matar el tiempo hasta entonces, hago un último intento de despejar mi cama. Sí, a pesar de que le dije a mi nueva compañera de piso que no fui capaz de dormir en mi habitación, he visto que la situación sigue igual. Al final, con mucho esfuerzo, consigo bajar las cajas del colchón, pero lo he empeorado todo: ahora, el camino hasta la puerta se ha convertido en una carrera de obstáculos, porque mis

fuerzas no dan para más. Y, claro, todo lo que he logrado ha sido a ponerlas alrededor de mis pies. De sacarlas al pasillo, ya ni hablamos.

Después de arriesgar mi integridad física, consigo salir de la habitación y decido dedicarme a algo menos peligroso: busco el ordenador, lo coloco en la mesa del comedor junto a mis apuntes, la libreta para anotaciones que siempre va conmigo y los bolis de colores, y lo enciendo. Mientras espero a que la pantalla me dé la bienvenida, caliento agua, por si a Álex le apetece tomar un té. Sí, estoy en todo, yo soy así de buena anfitriona. Solo espero que no se enfríe demasiado de aquí a que llegue... Y, ya que estoy, hago lo mismo con mi café que, durante la aventura en mi cuarto, se ha quedado helado.

Cuando ya tengo el proyecto preparado en la pantalla del ordenador para empezar a trabajar, suena el timbre.

—Soy Álex.

¡Qué rápido ha llegado! Abro la puerta y espero a que salga del ascensor.

—Por aquí —le digo para que se oriente. Es una soberana chorrada, puesto que no hay ninguna otra puerta abierta, pero verlo aparecer de nuevo, esta vez con la cazadora de moto puesta y el casco debajo del brazo, me ha impactado un poco—. Pasa.

Pero él no lo hace. Se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla. Es la segunda vez que lo hace y, lo cierto es que me gusta. Pero hay algo que debemos aclarar, así que me giro e inicio la marcha, dejando que sea él quien cierre la puerta. Me sigue por el pasillo, mientras intento sacar el tema que quiero tratar sin ser demasiado brusca.

—Bueno, supongo que ya sabrás qué es lo que necesito decirte.

Hemos llegado al comedor y me doy la vuelta para ver su reacción. Pero soy yo la que me he quedado muda. De un brazo lleva colgada la cazadora de moto, que se ha quitado en un abrir y cerrar de ojos, y en la otra mano sujeta el casco. No, no estoy flipando porque me hubiera olvidado de este dato. Lo recuerdo a la perfección: indio, ecologista y motero. Y puede que aficionado al sexo en grupo... Lo que pasa es que esta pose, así tan relajada, tan confiada, tan... lejos del tren, me ha impresionado más de lo que me esperaba.

Se ve que llevo callada más tiempo del que cabría esperar, porque Álex levanta una ceja animándome a seguir.

Carraspeo un poco.

—No te lo dije el otro día porque me pilló tan de sorpresa que no tuve tiempo de reaccionar. —Me doy la vuelta y le acerco la taza de té, como si fuera lo habitual en estos casos—. Me ha costado encontrarlo. Amaya es de café, como yo. Pero algo había por ahí. Espero que te guste.

Me siento en el lugar en el que me espera mi taza. Descafeinado esta vez, por Dios, que a este ritmo podría morir de sobredosis.

Álex, con absoluta ceremonia, coloca su cazadora en el respaldo de la silla y deja el casco sobre la mesa, algo alejado de nosotros.

—Gracias, estaba a punto de prepararme uno cuando me has llamado. A ver, cuéntame qué es

eso que tanto te asusta. Porque es evidente que es así.

En este punto, mi indio se sienta absolutamente recto, apoyado en el respaldo, con los brazos cruzados, pero sin soltar la taza. Sus ojos me miran serios, aceptando que, al menos para mí, la situación es un poco incómoda. Y, como no hay motivos para esperar, me lanzo de lleno.

—No me veo haciendo una orgía.

Álex abre mucho los ojos. Está claro que le he sorprendido. Además, no dice nada. Levanto una ceja, como hace él, invitándolo a intervenir.

—Vale...

¿Eso es todo? Uf, se ha desilusionado, lo noto, porque si eso es todo lo que tiene que decir...

—Llevo toda la semana pensándolo. Le he dado mil vueltas a la idea y hasta lo he consultado con una amiga psicóloga que, por cierto, es mucho más abierta de mente que yo, pero no he llegado a verlo claro. Lo siento. —Me estoy poniendo muy nerviosa y, cuando eso ocurre, no soy capaz de parar de hablar hasta que me interrumpen, y me doy cuenta de que he llegado a ese punto—. Siempre me he considerado una persona moderna y no tengo por costumbre juzgar los gustos de los demás. Entiendo que en el sexo todo vale siempre que todo el mundo esté de acuerdo, pero, lo siento, eso no va conmigo. Y me parece fantástico que tú no lo veas como yo, eres libre y adulto para hacer lo que mejor consideres, pero, si esa es la idea que tienes para que sigamos viéndonos... Mi respuesta es no.

Y hasta aquí. Para no seguir hablando como un papagayo, me lanzo de cabeza a mi taza de café y me parapeto tras ella.

Álex me mira muy serio. Lleva un rato escuchando, no ha hecho ninguna pregunta, tampoco algún gesto que indique si me sigue o no. Empiezo a preocuparme. No sé si es su neurona, que está echando humo, o si su espíritu indio está consultando a sus ancestros...

Cuando ha terminado de hacer lo que sea que estaba haciendo en su cabeza, deja la taza en la mesa, de la que no ha bebido ni un solo trago, y respira despacio, como si se estuviera preparando para lo que dirá a continuación.

—Creo que es un argumento muy válido y respetable. Pero no veo cómo has llegado a la conclusión de que yo quiero que nuestras citas se lleven a cabo en ese tipo de contexto.

Ahora me toca a mí quedarme a cuadros. ¿De verdad no sabe de qué le hablo? Ay, que me parece que he metido la pata.

—Esto... pues... tú, el otro día, me lo propusiste en el tren... ¿no es cierto?

De pronto abre mucho los ojos, me mira con fijeza e irrumpe en carcajadas. Y aquí es cuando me entero de que me he equivocado de lleno. ¡Madre mía! ¿Y dónde me meto yo ahora?

Álex se limpia las lágrimas y se da cuenta de que yo, lo único que quiero es mimetizarme con la silla en la que estoy sentada.

—Perdóname, Laura, pero estoy tan sorprendido que me cuesta creer que estés hablando en serio... Por favor, dime en qué momento pensaste que recoger los plásticos de la orilla de un río es el mejor marco para llevar a cabo sexo en grupo.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf! Me estoy dando de tortas mentalmente. Lo confieso.

—Pero dijiste que acabaríamos sudorosos y cansados y... —Me callo de golpe. Acabo de darme cuenta de lo ridícula que estoy sonando—. ¡Mierda! Me despisté un momento y cuando volví a prestar atención a la conversación, fue eso lo que oí. Creí que...

Álex no me deja continuar.

—Don *Creíque* y don *Penséque*...

Punto para él. Concedido. Ahora toca reírme de mi propia estupidez, es lo mejor.

—Bien, pues, si no te importa, cuéntame de nuevo de qué va eso de limpiar el río. Y prometo que esta vez voy a escuchar cada una de tus palabras.

Y eso es lo que hago. Parece que se trata de colaborar con alguna asociación ecologista que, de vez en cuando, organiza batidas de este tipo. Hay muchos voluntarios, de esos que yo pensaba que serían nuestro público antes de creer que serían los otros componentes de la orgía, y, de verdad, al final del día acabas hecho polvo, pero realizado. La cita es el sábado por la mañana.

—Entonces ¿qué? Ahora que eres consciente de lo que te estoy proponiendo, ¿aceptas unirse a nosotros?

—Acepto.

Álex sonríe, acerca la taza a sus labios y bebe despacio, mirando al infinito. O ha conectado con su interior de nuevo o los vapores del té le han achicharrado el cerebro. De cualquier forma, no me atrevo a interrumpir sus pensamientos.

Bueno, sí. Sí me atrevo. Tanto silencio de pronto me está matando. Además, este es un buen momento para saber más cosas de él.

—¿Cómo te ganas la vida?

Es que me pierde la lengua, lo sé. Pero veo una tontería andar con rodeos si lo que busco es una respuesta clara y concisa.

—Ya te lo dije: soy motero.

—¿Y desde cuándo eso es una profesión?

—Desde que lo digo yo. —Como hace un rato, levanto una ceja y lo miro dándole a entender que me falta algún dato más—. Soy piloto probador de motos. Pero me suena demasiado serio. Por eso siempre digo que soy motero. Lo cual, además, es verdad. Aprovecho cada oportunidad que tengo para hacer rutas con mi moto. Me gusta montar con tranquilidad, sin la presión que exige mi trabajo, disfrutando de lo que veo y de donde estoy.

—Puedo entenderlo. Y, si viajas en moto, ¿qué pintas desplazándote en tren?

—Solo vivo aquí de lunes a viernes. Los fines de semana me voy de la capital. Necesito el contacto con el campo.

—Vaya... Recuerdo que no hace mucho me has comentado que Madrid es una ciudad fantástica.

—Sí. —Sonríe como si le hubiera pillado en una falta—. Pero no para vivir. Al menos, desde mi punto de vista. Tiene lugares maravillosos y mucha historia en cada rincón, pero si no pudiera largarme de aquí cada fin de semana, acabaría desquiciado.

—Te entiendo. A mí también me cuesta vivir en una gran ciudad. Prefiero los lugares más tranquilos y con menos habitantes. Es probable que no tengas acceso a todos los servicios, pero ganas calidad de vida.

—Exacto. Y esa es una de las razones por las que me preocupa el cambio climático. Cada vez hay menos sitios en los que uno pueda tener una buena calidad de vida, como dices. No se trata solo del coste de las cosas, sino del aire que uno respira, del agua que bebe, de los alimentos que ingiere... De todo.

—Ya —confirmo—. De lo que le estamos haciendo al planeta. —Lo miro sorprendida. Me cuesta mucho encontrar gente que comparta esta preocupación por el medioambiente. Salvo entre los estudiantes, y no todos, parece que este tema es infantil, inmaduro... No sé. No es algo que salga en medio de una charla entre amigos—. Me preocupa que los chicos más jóvenes no estén recibiendo este tipo de información, y eso es algo que quiero subsanar. En eso es en lo que se basa el proyecto de investigación en el que estoy trabajando. Oye, ¿podrías ponerme en contacto con alguien de la asociación? Quizá podríamos incluir actividades muy específicas de recuperación del entorno por la zona en la que está ubicado el cole. Empezamos justo en tres semanas y aún tenemos tiempo de incluir algunas cosas.

Al momento, me emociono con el tema y empiezo con la tormenta de ideas tan característica en mí. Si algo se me mete en la cabeza, le doy mil vueltas hasta que llego a un punto de no retorno: bien porque ya lo tengo claro, bien porque no hay forma de sacarlo adelante.

Después de un buen rato, hemos llenamos folios y folios con ideas para que pueda presentar a los responsables. Mejor ir con un proyecto claro que con un puñado de vagas explicaciones. Tenemos un montón de fotos aéreas del lugar sacadas de internet, información específica de la geografía de la zona en todas sus vertientes, del contexto social del centro... Todo lo que nos ha dado tiempo hasta que empezamos a tener hambre. O, más bien, hasta que un espantoso rugido ha surgido del interior de Álex, sacándonos de lleno del enfrascamiento en el que nos hemos metido.

Lo miro sorprendida y, ante su apuro, empiezo a reír y ya no puedo parar. Álex se une a mis risas y, al final, cuando se nos pasa la tontería, vuelve a mirarme de esa manera que me pone tan nerviosa.

Me levanto de un salto. Hay que pasar a otra cosa antes de que esto vaya a más, sin embargo, no consigo moverme del sitio, más que nada porque no sé qué quiero hacer. Cojo las tazas y me voy a la cocina, a ver si por el camino se me ocurre algo. No me preocupo en saber si Álex me sigue. Cuando las estoy dejando en el fregadero, reconozco el momento exacto en el que entra en la cocina porque su olor lo envuelve todo.

—¿Puedo invitarte a comer?

No lo sé. ¿Puede? ¿Debo aceptar? ¿No se supone que íbamos solo a aclarar las cosas?

Me doy la vuelta y me apoyo en la encimera, cruzándome de brazos, como si así pudiera protegerme de él, que está esperando la respuesta como si fuera el último número del cartón para conseguir un bingo. ¿Qué pasa? Esa es justo la cara que tiene en este momento. Nada de

romanticismo. Solo expectación.

—Bueno, tengo que comer en algún sitio, de todas formas. —Igual no es la respuesta que está esperando, o igual sí. No lo sé. No he dicho nada que no sea verdad—. Voy a por mi bolso y nos vamos.

—¿Tienes alguna cazadora? Es peligroso viajar en moto sin ir bien tapado. —No entiendo muy bien lo que quiere decir, y mi cara debe reflejarlo, porque enseguida me lo aclara—: Si nos caemos, es de agradecer que entre el suelo y tu piel haya algo más. Por el casco no te preocupes, siempre viajo con uno de sobra.

No tengo mucho más que añadir, así que paso por su lado, esta vez sin quedarme atascada, y vuelo al momento con mi bolso y una cazadora vaquera. Tendrá que servir, porque, dadas las fechas en las que estamos, no tengo nada más a mano.

Capítulo 8

Nunca le hubiera supuesto una moto así. Jamás. En mi imaginación, él conducía una grande, monstruosa, de esas gordas que tienen un inmenso depósito de gasolina y se conducen tumbado. O casi. Pero no; una vez más, me sorprende.

Esto que tengo delante es una de esas motos que están hechas para disfrutar del camino. O, al menos, a mí me lo parece. No tengo ni idea de motos, por lo que no voy a entrar en detalles. Solo diré que te sientas casi con el culo en el suelo, pero llevas las piernas estiradas hacia adelante. Solo le faltan las llamas naranjas a los lados. Hasta lleva las bolsas esas con tachuelas a ambos lados del asiento.

Me encanta. No puedo decir otra cosa. Álex es un motero de la cabeza a los pies, como esos que salen en los programas americanos, barbudos, con barrigas de aquí a Marte y chalecos sobre torsos desnudos. La diferencia es que esta la lleva mi indio, que tiene los gramos de grasa justos en el cuerpo y viste una camiseta ajustada que ni el más chulo de los chalecos de cuero podría quedarle mejor.

Y creo que se ha dado cuenta, porque ha observado atentamente mi reacción y ahora sonrío de oreja a oreja, del todo satisfecho con el escrutinio al que acabo de someterle. Me tiende, al mismo tiempo, un casco lleno de símbolos indios, o eso creo yo, muy parecidos al tatuaje que lleva en el brazo. El suyo es igual que el mío.

—Sujétate bien —me dice justo antes de arrancar, mientras afianza mis manos sobre su abdomen.

Ya, lo que quieres es que te toque, corazón. A mí no me engañas. Dudo mucho que vayamos a alcanzar la velocidad de la luz. Más bien vas a llevarme de paseo.

Y no me equivoco. Un ratito después salimos del jaleo del centro de Madrid.

—¿Cómo vas?

¡Joder! ¡Menudo susto me he pegado! Menos mal que no vamos deprisa.

—¡Mierda, Álex! Esto se avisa.

—¿El qué? ¿Que llevo intercomunicadores?

—No, que los Reyes son los padres. ¿Tú qué crees?

—Perdona, creía que lo dabas por hecho.

—Don *Creíque* y...

—Sí —me corta—, ya, ya lo sé.

Silencio. A esto no voy a contestar.

—Entonces ¿estás cómoda?

Muchísimo, tanto que no me bajaría de aquí. Pero esto no lo digo. Esto me lo guardo para mí.

—Sí, voy bien. Lamento no entender mucho de motos, no puedo alabarte por la elección, ni darte conversación en este punto.

Y lo digo de verdad. Me encantaría poder hablar de este tema con él.

—Bueno, no te preocupes. Si te gusta, podemos repetir la experiencia.

¿Experiencia? ¿A cuál de todas las que hemos vivido se refiere?

—No puedo prometerte nada. —Así soy yo. No me comprometo a menos que lo tenga seguro. Y con él, ahora mismo no pondría la mano en el fuego por una cosa así—. A ver qué tal transcurre el día.

Al final, llegamos a un agradable restaurante, situado en la falda de una montaña. No, no estamos en los Alpes, es solo la sierra de Madrid, y sí, aquí hay muchas montañas, así que estaremos en alguna de ellas.

—¿Habías estado antes aquí?

—No me suena.

Se quita el casco, pero sin bajarse de la moto. Yo sí desciendo. Necesito cerrar un rato las piernas. Ya, suena fatal, pero es así. No estoy acostumbrada a estas cosas. Igual en otro tipo de moto... pero así no. O puede que sea lo mismo. No tengo ni idea, la verdad.

Me quito el casco y se lo tiendo. Como no sé qué tengo que hacer con él, lo miro esperando su reacción... que no es otra que esbozar una sonrisa a la que yo no encuentro explicación. Un momento: me mira la cabeza, o el pelo, para ser exactos. ¡Ay, Dios! ¿Qué ocurre?

—¿Pasa algo?

—Bueno... se me olvidó decirte que no es muy aconsejable viajar en moto con el pelo suelto.

Acabo de quedarme muerta. ¿Qué pinta se supone que tengo? No me da tiempo a reaccionar, porque Álex tira de mi brazo y me pega al depósito de la gasolina. Por fortuna, alcanzo a poner mi casco como escudo protector entre los dos, antes de que se haga con él. El suyo cuelga del manillar. No sé muy bien por qué lo he hecho. O sí: quizá porque temo un contacto tan directo con él. Claro, que ahora lo que urge es que lo suelte para que pueda descubrir qué leches ha pasado con mi pelo.

—Si me lo das, lo guardo en la bolsa.

Es un ofrecimiento trampa. Lo sé. Si hago lo que me dice, ya no tendré con qué protegerme. Pero no tengo muchas alternativas, y estoy loca por arreglar, de acuerdo a la forma en la que me ha mirado, el nido de pájaros que llevo en la cabeza. Así que acabo cediendo. Y acierto. Aunque tampoco hace falta ser muy inteligente para hacerlo.

—No sé por qué estás tan tensa. No voy a comerte.

Pues a eso no puedo responder, porque yo tampoco tengo ni idea. ¡Si más de lo que ha ocurrido

en el tren ya no puede pasar! Vamos a ver. Yo tengo que tomar una decisión, porque no tiene sentido que esté así todo el día.

Inspiro, suelto el aire muy despacio y trato de relajarme. Y Álex lo nota, porque sonrío y parece que se tranquiliza también, entonces le devuelvo el caso y, mientras lo guarda, aprovecho para descubrir mi espantosa imagen en el espejo de la moto: ni uno solo de mis cabellos lisos ha salido indemne al viaje. Entre el viento generado por la velocidad y el roce con la tela del casco, luzco una preciosa melena encrespada... ¿Y ahora qué? Wonderwoman acude en mi ayuda: «Tira de trenza». Y eso hago, como si no estuviera a punto de sufrir un colapso por este revés que no esperaba, me recojo el pelo lo mejor que puedo y actúo como si no pasara nada. El resultado no es fantástico, pero sí aceptable.

Álex, que no ha dicho nada en los últimos segundos, pone una mano en mi cintura y me indica el camino:

—Anda, vamos a buscar una mesa, que estoy canino.

Hemos comido tanto que me veo incapaz de pegarme otro viaje en moto. Necesito caminar, dar una vuelta. Me siento como el lobo del cuento de *Los siete cabritillos*. Voy a reventar, literalmente. Sin embargo, Álex está como una rosa. Y es normal. En su cuerpo hay sitio suficiente para todo lo que nos han servido. Pero no en el mío. Sin embargo, yo no tengo freno. Cuando algo me gusta, no paro hasta que se termina. Y así me pasa, claro.

Justo cuando esta reflexión se instaura en mi cabeza, levanto los ojos y me encuentro con la mirada de Álex.

«Y este, ¿cuánto te gusta?». Wonderwoman llevaba mucho tiempo callada...

Pues bastante, la verdad. Me gusta bastante.

Empiezo a sentir calor, demasiado. Y no por la temperatura, aunque hace un día estupendo para andar y este pueblo tiene mucho encanto. Se lo comento a mi compañero y le parece bien, así que tomamos uno de los senderos que sale del restaurante y, de paso, aprovecho para relajarme un poco.

Álex tiene una conversación muy entretenida y una profesión muy poco común. Por lo que se ve, ha probado motos de todos los estilos; en unos casos para hacer comparativas en alguna revista y, en otros, tan solo para mejorar el diseño trabajando en alguna compañía. Y el tío tiene ya tanta experiencia que es probador *freelance*. Sí, tal cual. Yo no lo había oído en mi vida, pero aquí está él para demostrarlo.

Me gustaría poder entender más de este tema, así podría intervenir en la conversación e intercambiar opiniones. Pero no hay manera. Aunque no parece molestarle; más bien está encantado de poder ilustrarme.

Es hora de volver a casa, y a mí me apetece menos que un claustro en plena época de

evaluación, pero no nos queda otra, por lo que emprendemos el camino en sentido contrario y llegamos a la moto ya cuando empieza a refrescar. El viaje de vuelta lo hacemos en silencio, sin sobresaltos auditivos, y cuando entramos en el barullo de la capital, tenemos que reducir la velocidad. Para Álex este debe ser el momento perfecto para dar un paso más, porque coloca una de sus manos sobre las mías mientras conduce la moto con la otra.

No me molesta, al contrario. Esta pequeña excursión ha calmado un poco mis nervios y disfruto de los minutos que quedan hasta que llegamos a mi portal, y, a pesar de que mis manos están heladas por el contacto con el aire, entran en calor al instante, solo con sentir su roce.

Esto empieza a preocuparme. Y ya no es cuestión de tensión sexual no resuelta. Me pregunto si debería consultarlo con Sandra, que está un poco obsesionada con esto de las almas gemelas y todo eso, pero, entre todas las especialidades que tiene, cuenta también con la de terapeuta matrimonial. Que sí, que no tiene nada que ver con lo que necesito en este momento, pero lo mismo, entre una cosa y la otra, puede orientarme.

Esta vez los dos nos hemos bajado de la moto y estamos frente a frente. ¿Y ahora qué? ¿Nos despedimos hasta mañana?

—Bueno... —«¿Tomamos la última en mi casa?» me resulta tan típico que la descarto según me viene a la cabeza—. Muchas gracias por la comida.

De pronto, empieza a tocar todos los bolsillos de su cazadora, buscando algo que, visto lo visto, no encuentra.

—¿Qué te falta?

—El teléfono. No lo encuentro.

—La verdad es que no recuerdo haberte visto con él desde que hemos salido de casa. Creo que no lo has utilizado en todo este rato.

—¿Te importa que suba a tu casa para comprobar si está ahí?

En otras circunstancias pensaría que es una excusa barata, pero en este momento no me lo parece.

—No, claro. Vamos.

Inicio el camino y, según llegamos al piso, va directo al comedor.

—Me lo había dejado aquí. Gracias.

—Bueno, ahora que lo pienso, tengo que pedirte un favor...

De nuevo, levanta una ceja con gesto de incredulidad. Empiezo a acostumbrarme a esto.

—De verdad... Resulta que la habitación en la que voy a dormir tiene unas cuantas cajas en el suelo, demasiado pesadas para que yo las mueva. No sé qué concepto tiene Amaya de mí, pero pretendía que las sacara yo sola. La semana pasada solo conseguí bajar algunas de la cama y esperaba que, en este tiempo, Amaya las sacara de aquí. Pero no ha sido así. Justo antes de que vinieras esta mañana lo he vuelto a intentar, pero apenas he conseguido mover dos o tres. Así que había dado por hecho que dormiría en el sofá, pero ya que estás aquí...

—¿Y por qué no duermes en la cama de tu amiga?

Al momento, pongo cara de horror. ¡Este chico no sabe lo que dice!

—¿En el mismo lugar que ha compartido con su exnovio durante cuatro años?! Ni de coña.

Álex suelta una pequeña carcajada y, muy a mi pesar, todas las chicas de mi cabeza se ríen como unas bobas, provocando una pequeña reacción en mí. Empiezo a pensar que este chico tiene que entrar en *mi red*.

—Después de ti.

Le llevo hasta la puerta de mi habitación y le dejo que compruebe por él mismo que no le miento.

Un silbido de sorpresa es lo único que sale de su boca y se gira hacia mí.

Ahora soy yo quien alzo una ceja.

—Te lo advertí. Ni siquiera soy capaz de llegar a la cama.

—Otra opción es que te lance por encima de ellas.

Y según lo dice me coge en brazos y me muestra su intención de cumplir su palabra.

El tío me ha levantado como si fuera un peso pluma. Que lo soy, no hay duda, pero tampoco hay que aprovecharse de mí de este modo. Sin embargo, no le pido que me baje. Me gusta estar así.

Y a él también. Lo notamos los dos. Vuelven a saltar chispas, esto no hay quien lo pare, lo estoy viendo.

—Álex, necesito que me quites las cajas...

—Lo sé...

Pero no me baja, no deja de mirarme a los ojos.

—Y estaría bien que fuera antes de la hora de dormir...

Suspira. Este chico suspira mucho. Y yo no hago más que respirar su olor. Una y otra vez, una y otra vez... Me nubla el pensamiento...

—Está bien, pero esto no puede quedar así, Laura.

Tengo los pies en tierra firme, pero mi cabeza sigue en las nubes.

Se quita la cazadora y la deja con descuido en el suelo. Acto seguido, empieza a sacar cajas de la habitación, apilándolas a lo largo del pasillo. Mientras, yo solo puedo observar cómo se mueve y admirar la facilidad con la que lo hace. Apenas diez minutos después, la habitación está despejada y el acceso a mi cama, libre de obstáculos.

Ya está. Todo ha terminado demasiado pronto. Ahora es cuando se va.

—Gracias.

Recoge su cazadora y la coloca sobre su hombro. Se dirige a la salida sin que yo le invite a hacerlo. Está claro que no es necesario. La magia del momento se ha perdido y ahora mismo no tiene sentido recuperarla.

Al pasar por el espejo que hay en el pasillo, desvío mi mirada y contemplo mi reflejo: la trenza que me hice antes de comer ha sobrevivido a duras penas. Si estando de esta guisa, aún ha intentado un acercamiento, una de dos: o este chico no ve bien de cerca, o realmente tiene interés...

Cuando llega a la puerta se para, se da la vuelta y, sin previo aviso, me pega a él.

Va a besarme otra vez, estoy segura. Pero no tengo claro si voy a ser capaz de resistirme.

—Tú y yo tenemos que estar juntos. Lo sé. Y voy a demostrártelo.

Me suelta tan rápido como me ha cogido y desaparece de mi vista, escaleras abajo. Total, ¿qué son cinco pisos para un tipo de su envergadura?

Cierro la puerta despacio. Tengo que asimilar qué es lo que ha pasado hoy. Hace apenas un mes mi vida era la mar de sencilla y, algo más de cuatro semanas después no sé qué hacer con ella.

Ya, vamos a ver. No es tan trágico. ¿Dónde está el problema? ¿En que un tío de casi dos metros que está más bueno que comer con los dedos quiere pegarse a mí por el resto de su vida? ¿Que, además, ha accedido a ayudarme con el proyecto que llevo años intentando ejecutar y no he tardado más que una mañana en convencerlo? ¿Que por fin voy a poder realizarme profesionalmente? Vale. Sí, todo es precioso y estoy a punto de vomitar nubes de algodón de azúcar de tanta felicidad como me embarga. Pero no, no es tan fácil de asumir.

Bueno, como mínimo tengo que informar a Amaya de la nueva idea para el cole, pero no me apetece hablar con nadie. Así que le mando un mensaje. Me siento en el sofá y planeo pasarme las próximas horas pegada a la pantalla del televisor, no en vano es el mejor invento de la historia para dejar de pensar.

Un buen rato después, cuando empiezo a sentirme dormida, me doy cuenta de que es hora de irme a la cama. Una cama que, gracias a Álex, ahora es accesible. Una luz en el teléfono me indica que tengo un mensaje. No sé muy bien si quiero que sea suyo o no, por eso lo abro con temor. Es Amaya. Le parece fenomenal contar con algo más.

Me voy a la cama. Mañana será otro día.

Capítulo 9

Hace un día de perros. De perros sarnosos y piojosos, además. No me apetece ni un poquito salir de la cama. Me duele el estómago de la comilona de ayer y presiento que mi humor solo puede ir de mal en peor.

Sí, lo mejor es que me quede en la cama.

Aunque debería salir a conocer mi nuevo barrio, pero es que me encuentro taaan perezosa...

Paso. Me quedan muchos días por delante para hacerlo. Además, llevo mucho tiempo sin vacaciones, y hoy puede ser un buen momento para empezar a tomarme unas.

Decidido. Me tapo la cabeza con la colcha y trato de seguir durmiendo.

Pero ¿a quién pretendo engañar? Yo no estoy hecha para remolonear. Soy una chica activa y, una vez me he despertado, tengo que levantarme.

Lo primero que saco de la cama son los pies. Sí, así soy yo. La gente normal se destapa y se sienta en el borde del colchón. Yo no. Yo saco los pies. Es el mejor modo de atemperarse sin sufrir la diferencia de grados. No lo he leído en ningún sitio ni me lo ha recomendado ningún médico. Lo sé por experiencia propia y punto. Así que, eso, justo eso, es lo que hago. Espero unos segundillos y luego me destapo por completo. Lo que yo decía: el mejor método.

En cuanto mis pies tocan el suelo, mi cerebro se pone en modo trabajo y me exige lo único que me despierta de golpe: un café. Sí, para una persona como yo, que adora romper los tópicos, tener esta necesidad es el colmo de los colmos. Pero bueno, yo elijo lo que quiero romper y lo que no. Y este he decidido mantenerlo intacto.

Cuando estoy a punto de dar el primer sorbo, recibo una llamada. Descuelgo sin mirar la pantalla y contesto con tono lastimero.

—Buenos días, bombón. ¿Sabes qué día es hoy?

No me da tiempo a quitarme el teléfono de la oreja y, sin poder evitarlo, escucho lo que sé que viene a continuación:

—Martes, día de suerte.

¡Bingo! Es Sandra. Estaría bien que fuera Amaya. O incluso Álex. Pero no, es Sandra, y no sé si mis niveles de serotonina son lo suficientemente altos a estas horas como para escuchar a mi amiga.

Sé que cada vez que hablo de ella da la impresión de que no la aguanto. Y no es eso, la quiero

con locura. Pero es que es como la miel: un poquito es una delicia pero, si te pasas, acabas empachado.

—Hola, Sandra.

—En vista de que no has leído el wasap, me encuentro en la obligación de llamarte y darte la información de viva voz: aquelarre dentro de dos semanas en Soria.

Colapso. Mis circuitos empiezan a fallar y mis chicas van explotando una a una. Paf, paf, paf... Una nubecita blanca ocupa cada uno de los lugares donde antes había neuronas.

—¿Lau?

—No puedo, Sandra.

—¿Perdoonaaaa? —Es una de sus expresiones favoritas cuando dices algo que la descoloca.

—Estoy en pleno proyecto, necesito los fines de semana para la mudanza y debo estar a tope para ese lunes.

—¿Qué pasa ese lunes? Ah, no me lo digas —«Si no me das tiempo, ¿cómo te lo voy a decir?»—. Es el día que te encuentras con tu churri en el tren del amoor. Por lo que deduzco que has aceptado unirse a su grupo sexual.

Dejo caer mi cabeza contra la mesa. No me acostumbro a Sandra. De verdad que lo intento pero, cuando creo que ya no puede sorprenderme más, consigue romper mis esquemas.

—Ni es mi churri, ni es el tren del amor, ni lo que me proponía era hacer una orgía.

Silencio al otro lado de línea. Se ha quedado de piedra... Decido contarle lo ocurrido, antes de que recobre el aliento y me salga con cualquier historia de las suyas.

—Ya, imagino cuánto te ha decepcionado que Álex no haga ese tipo de cosas. La verdad es que limpiar la ribera del río no suena tan excitante.

Y según me suelta esto, comienza a reírse con ganas. Para cuando Sandra termina de burlarse de mí, mi humor ha mejorado apenas un poco.

—Es que eres la monda, Lau. Solo a ti te pasan estas cosas... Entonces, ¿cuándo habéis quedado?

—Pues la batida es el sábado por la mañana...

—¡Anda! Resulta que hace un momento me has dicho que no podías venir al aquelarre porque necesitas los fines de semana para terminar con la mudanza...

—Sí, bueno, pero no es lo mismo un solo día que marcharme del viernes al domingo.

Intento razonar con ella, pero sé, de antemano, que tengo esta batalla perdida.

—Mira, en otras circunstancias trataría de convencerte, pero hoy no tengo tiempo. Está a punto de venir una pareja a la consulta que cree que se adora pero, en realidad, se odia. Tengo que intentar que rompan y que cada uno continúe su camino.

Sí, al revés te lo digo para que me entiendas...

—A lo mejor estás equivocada y han acudido a terapia de pareja porque lo que quieren es arreglar sus problemas. ¿Te has planteado alguna vez que eso es lo que busca la gente en las consultas normales?

—Cariño, ya sabes que yo no soy normal. Hoy en día hay muchos libros de autoayuda para eso. Y más baratos. Si vienen a mí, esto es lo que encontrarán. —Y yo creía que mi autoestima era alta...—. Te dejo. Te recojo dentro de dos viernes a las cinco donde siempre... ¿O seguirás en Madrid?

—No, no. Seguramente vuelva a casa el jueves por la tarde para terminar de cerrar el alquiler con el casero, pero...

—Perfecto, entonces. —No me deja continuar—. Aunque te llamaré antes, para que me cuentes qué tal te fue la orgía, digo la batida. ¡Besines!

Se acabó. Esta ha sido toda mi conversación con ella. Y sé que no tengo nada que hacer. Si no me presento el viernes, es capaz de convocar a su *red* al completo para buscarme por toda la geografía española.

—Martes, día de suerte...

Arrastro cada sílaba como si me pesara un quintal la lengua. Así me siento.

Son las siete de la mañana y ya estoy lista. He quedado con Álex en media hora, pero tengo tantas ganas de hacer esto con él, que me he levantado antes de que sonara el despertador.

Estos días hemos hablado mucho por teléfono, pero apenas nos hemos visto. Habíamos quedado para salir a comer el miércoles pero, en el último momento, canceló nuestra cita. Y si digo que no me molestó, estaré mintiendo como una bellaca. Así que me lo ahorro. Tuvo que marcharse corriendo a Granada para hacer una prueba de una moto y escribir después sus impresiones para no sé qué revista. Y como ser autónomo es lo que tiene, no se pudo negar. Pero ayer por la noche me llamó para asegurarme que esta mañana pasaría a recogerme.

Estoy sopesando si tomar otro café en menos de cuarenta minutos es perjudicial para mi salud o no, si aumentaría mis posibilidades de infarto, como dicen, pero el aviso de un mensaje entrante en mi teléfono me impide ceder a la tentación de la caféina. Es Álex, dice que ya está abajo, pero que me espera el tiempo que haga falta porque sabe que ha venido demasiado temprano. Pues se va a llevar una sorpresa. Sin molestarme en contestar, me hago con mi cazadora y mi mochila y voy a su encuentro. He dicho mochila, sí, la he cambiado por mi bolso de Mary Poppins porque no lo veo adecuado para esta excursión, por mucho que me fastidie.

Desde el interior del portal puedo verlo. Está apoyado en la moto, con esa expresión relajada en el rostro, sus largas piernas cruzadas a la altura de los tobillos y con los pulgares apenas metidos en los bolsillos delanteros de su gastado pantalón vaquero.

«Aprovecha para recrearte la vista sin que se dé cuenta, para variar». Es Wonderwoman, reprochándome en la distancia mi falta de tacto las últimas veces que me he quedado embobada mirando. La he dejado en casa, colgando del bolso, y puedo entender que no le haya gustado nada quedarse sin excursión. Así que sí, ralentizo mis pasos y lo observo a placer hasta que llego a la

puerta. La verdad es que sus rasgos indios son tan marcados que no sé por qué me sorprendí la primera vez que me lo dijo. «¡Cachis! ¿Por qué se cortaría el pelo?». Tengo que preguntárselo.

—¡Buenos días!

Sí, he salido de mi escondite. No se trata de perder la media hora que llevo de ventaja espíandole a través del cristal.

—Hola, Laura. Pensaba que aún tardarías en bajar.

Mientras me acerca el casco con una mano, con la otra consigue agarrarme de la cintura y pegarme a él. Lo del casco ha sido una maniobra de distracción, está claro. Pero bueno, no me resisto, yo también te he echado de menos, indio.

—¿Lista para llegar al final del día sudorosa y satisfecha?

En otra ocasión me habría reído de su chiste, pero el tío me ha soltado la frase muy cerca de mi oído y, la verdad, no sé si es una broma o si hay algún doble sentido en ella...

—Solo si lo que has planeado lo merece.

Álex se separa de mí, me sonrío de esa forma tan especial y se pone el casco. Se sube a la moto y, antes de bajar la visera, añade:

—No te defraudaré. Tienes mi palabra.

Vale. Y, ahora, ¿qué se supone que debo hacer yo después de esta declaración de intenciones? Pues ponerme el casco también —sobre el pelo convenientemente recogido— y dejar de mirar ese cristal ahumado que le cubre los ojos y desde el que está observando mi reacción atentamente.

Con las piernas como gelatina, me acomodo en el asiento del acompañante y le rodeo con firmeza la cintura.

—Cuando quieras.

La verdad es que ha sido una experiencia divertida y he conocido gente maja, pero lo que más me ha gustado ha sido la disposición de la responsable de la asociación, Ángela, ante mi propuesta para colaborar con el centro educativo asignado al proyecto. Aún tenemos que darle vueltas a un par de puntos, así que nos mantendremos en contacto.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido la experiencia orgiástica?

La voz de Álex por el intercomunicador me saca de mis pensamientos... y me produce risa.

—Espectacular. Te confieso que no me la esperaba así para nada.

—Entonces ha cumplido tus expectativas...

—Y con creces, además. Podemos repetir cuando quieras.

—Vaya... no sé si reírme o echarme a temblar. Ahora en serio, ¿de verdad creías que podía ser capaz de proponerte algo así?

Sé a qué se refiere, por supuesto, pero decido hacerme un poco la loca.

—¿Algo como qué?

—Como un encuentro sexual a tres bandas. O a cuatro, o a cinco... o a todas las que te habías imaginado.

Vale, a él también le gusta ir al grano.

—Pues, para serte sincera, me extrañó un poco. Pero tampoco nos conocemos lo suficiente como para descartar nada a la primera.

—Ya, pero tanto te asustaste que has tenido que hablar con tu amiga, la psicóloga.

—Hombre, es que has de reconocer que, así de primeras, y sin saber mucho de ti, podía parecer una proposición un tanto... digamos indecente.

—Sí, en eso tienes razón. Y es algo que deberíamos ir solventando. Me gustaría quedar contigo más veces, Laura, ya te lo dije en su día y te lo repito una vez más. Si esta nueva propuesta te parece más decente, por supuesto.

Sonrí como una boba dentro del casco. Sí, me parece una idea fantástica.

—En principio, es lo bastante inocente como para que pueda permitirme tomar una decisión sin tener que consultarlo con mi terapeuta.

—¿Qué te parece esta misma noche, para cenar?

—Uh, me encantaría. Pero, la verdad, tal como me prometiste, he acabado agotada y ahora mismo solo puedo pensar en una larga ducha caliente y dormir doce horas seguidas.

Álex tarda unos segundos en contestar...

—Sí que has tardado poco en rechazarme...

—En serio, no puedo con mi vida. —Y no le miento. Siento que cada parte de mi cuerpo pesa cinco toneladas—. Pero podemos quedar mañana para desayunar.

Desde mi posición detrás de él, me doy cuenta de que mueve la cabeza en un gesto negativo.

—Vaya, mañana me marcho temprano de Madrid...

No contesto. ¿Para qué? Acabo de quedarme tan chafada que estoy tentada de mandar todo al infierno y salir a cenar con él esta noche, a pesar de saber que seré una nefasta compañía...

—Tranquila, *unangwa*, encontraremos la forma.

¿U qué? ¿Qué me ha dicho? A punto estoy de soltarle el consabido «tu padre, por si acaso», pero me muerdo la lengua a tiempo. No creo que se haya metido conmigo, más bien parece lo contrario.

—Perdona, Álex, pero no te he entendido.

No me responde. Por el contrario, recorre los últimos metros en silencio hasta que logra aparcar la moto entre dos coches, justo enfrente del portal de mi casa, y para el motor.

Me bajo con cuidado. De verdad, tengo la sensación de que me voy a romper de un momento a otro.

—¿Te encuentras bien? Sí que va a ser cierto eso de que no puedes con tu vida...

—Oye, no te rías... No estoy acostumbrada a agacharme y levantarme tantas veces en un solo día... Puede que la última vez que lo hiciera fuese en la guardería, cuando jugaba al corro de la patata...

Le tiendo el casco con la mano derecha y observo cómo se quita el suyo... Una diminuta rama se le ha quedado enredada en el pelo que, ahora, lleva un poco más largo. Yo creo que se lo está dejando crecer... Las puntas de los dedos me queman por quitársela. Y no, no es porque necesite tocarle, que ese es otro topicazo que leo en todas las novelas de amor o veo en todas las películas románticas: el prota retirándole un mechón de pelo a la chica, el prota colocando un bello tirabuzón detrás de la oreja, el prota quitando una mota de polvo que solo ve él del pelo de la compañera... Hasta he tenido que soportar que el prota retire una mancha de mayonesa de la comisura de la boca de la chica después de que esta le arreara un bocado a una grasienta hamburguesa y, no contento con eso, se chupara el dedo... Como si eso fuera romántico... ¡puaj!

A lo que iba... Me queman las puntas de los dedos por mandar la dichosa ramita a tomar por saco por el simple hecho de que es algo que no debería estar ahí. Y sé que Álex me está hablando, pero no puedo prestarle atención. Lo único que tengo en mi cabeza es la imagen de la rama y la idea de que tengo que quitársela. De verdad, tengo que hacerlo, me está poniendo enferma... Es como cuando entras en casa de alguien y ves que tiene los cuadros torcidos. No me puedo resistir. Al final, siempre acabo poniéndolos derechos con disimulo. ¡Dios! Me está costando la vida ignorarlo...

De pronto, veo que Álex inclina la cabeza hacia mí, como si fuera a embestirme, tal y como hice yo en el tren.

—Adelante.

—¿Cómo?

—Sea lo que sea lo que le pasa a mi cabeza, por favor, adelante. Arréglalo.

—No, si...

—Llevo un par de minutos hablándote y me he dado cuenta de que no me estás prestando atención. Al menos no a mis palabras, porque mi cabeza la has estudiado a la perfección.

De acuerdo. De un manotazo mando la rama a freír espárragos. Uf, ya me siento mucho mejor, no así Álex que se frota el lugar exacto donde ha recibido mi caricia.

—Perdona, no quería ser tan brusca. Es solo que tenías una rama en el pelo...

No contesta. Tan solo guarda mi casco en la bolsa y me atrae hacia él.

—Te llamaré, *unangwa*.

Me da un ligero beso en los labios, se coloca su casco y se incorpora a la circulación de Madrid.

Tengo que preguntarle por el significado de esa extraña palabra.

Me encantaría seguir su moto con la vista, hasta que desaparezca al final de esta larga avenida, pero las piernas no me sostienen. Y sería genial que fuera por el efecto que Álex tiene sobre mí. Sin embargo, en esta ocasión es porque estoy agotada. Simple y llanamente. Me subo a casa.

Es viernes por la mañana y nos hemos reunido, solo durante tres horas, en la universidad con el grupo de trabajo para evaluar cómo han ido las primeras tomas de contacto con el centro. Empezamos de lleno en veinte días y no queremos dejar nada al azar.

—Vamos, no lo niegues, Laura. Ya no hay vuelta atrás con el chico este.

Esta es May. Como no es tonta, aunque tampoco hace falta ser muy lista para darse cuenta, se ha enterado de que ese personaje misterioso con el que hablo dos veces al día y que ya he hecho pasar por todos los miembros de mi familia, es el mismo. O sea, Álex.

—¿Qué chico?

—A ver, déjame pensar... Creo que ya solo te falta resucitar a tu bisabuelo y decirme que es él quien te ha llamado hace ya más de media hora.

Tiene razón, a mi bisabuelo, por mucho que lo quisiera, jamás le diría lo mucho que me gusta montar con él en su moto. Y justo eso es lo que Amaya me ha escuchado decir cuando se ha acercado a mí para avisarme de que mi café estaba más frío que el culo de un duende, cuando estaba hablando con él durante el descanso. Y ya no puedo disimular más.

—Está bien... Luego te lo cuento.

—Dame tu palabra.

Levanto la mano y hago la señal de los scouts. Nunca he sabido con exactitud qué significa, pero siempre me ha parecido tan solemne que, el mero hecho de utilizarlo en vano me pone más nerviosa que cuando el cura del cole nos decía que una mentira nos llevaría de cabeza al infierno.

—¿*Jau*?

A Amaya le debe de ocurrir lo mismo. Lo de no entender su significado, quiero decir, porque si no, no me explico que me salude levantando la mano y mostrándome la palma, como los indios. Será lo primero que le ha venido a la cabeza. Verás cuando le cuente que ha acertado de lleno...

—No, mujer. Quiero decir que me comprometo a decirte la verdad.

Me sigue mirando con los ojos muy abiertos.

—Como los scouts...

Repito el gesto. Nada, no le suena.

—Da igual, en casa te pondré al día.

De camino a casa, le voy contando la historia. Y me pregunta lo inevitable:

—¿Tienes una foto?

La miro como si le hubieran salido cuernos en la cabeza.

—Pues no.

—Bueno, aunque sea una de Facebook.

La miro más sorprendida aún.

—No sé si tiene de eso.

—¿Instagram?

De acuerdo, paremos esto antes de que vaya a más.

—May, no sé si Álex tiene redes sociales, pero sabes de sobra que yo no las utilizo.

Parece contrariada.

—Vaya... A ver, dime su nombre completo, que lo busco yo desde el mío.

«Calma, Laura, calma. La rara eres tú, no ella».

—Amaya, no conozco sus datos personales. Lo siento. No podrás ver cómo es hasta que volvamos a quedar.

Ahora sí que la he matado. No creo que pueda aguantar esta incertidumbre una semana más...

—Está bien, lo conoceré cuando lo subas a casa. —Ha sonado justo igual que una madre. Me tapo la cara con las manos disimulando la risa. Ni loca se lo diría—. Al menos podrás decirme si estás pillada o si estás *muy* pillada por él. Porque habláis demasiado, y eso solo puede significar una cosa.

Así es Amaya. Le encantaría que todo el mundo viviera emparejado. Su ruptura con el creador de patentes profesional la cogió del todo desprevenida, porque ella pensaba que sería para toda la vida. Y lo mismo le ocurrió con el anterior. Y con el anterior. Y con el anterior. Sí, es que mi amiga es muy enamoradiza.

—Quiere decir que nos lo pasamos muy bien cuando estamos juntos, que nos entendemos y que nos gusta quedar. Punto.

Bueno, en mi cabeza mis chicas pelean para hacerme entender que sí, que me gustaría tener algo más con él.

Mientras, Amaya levanta una ceja, signo inequívoco de que no se cree ni una sola palabra. Decido ignorar este hecho el resto del viaje y, por el contrario, saco mi libreta y mis bolis de colores y empiezo a escribir lo que meteré en la maleta: he confirmado mi asistencia al aquelarre.

Aquí estoy, un viernes a las cinco y media de la tarde, subida en el coche de Sandra y hablando de sexo. Sí, para Sandra cualquier momento es bueno para hablar de sexo. Ya sé que es un tema como otro cualquiera, presente en la vida de todo el mundo en mayor o menor medida. Pero cuando Sandra anda por medio, nada es tan *normal*. Está contándome su última experiencia social, que es como ella lo llama. Se ha adentrado en el sexo tántrico.

—Como te lo cuento, es algo sublime. Ahora bien, no todo el mundo lo consigue, ¿eh? Requiere un dominio espiritual de alto nivel. Si te parece, este fin de semana podemos hacer algo de meditación, que es uno de los pilares.

—Habrá que ver qué dicen el resto de las chicas, Sandra, que ya sabes cómo se toman esto algunas...

—Bueno, la meditación no beneficia solo a nivel sexual. En realidad, es básica para el día a

día. Yo hace un tiempo la practicaba antes de irme a dormir, pero es que cada vez necesito menos horas de descanso, así que ahora comienzo mi día a las cinco y media, con la meditación. Me da mogollón de energía.

Desde luego, si la vitalidad con la que la tía aguanta día tras día sin perder ni la paciencia, ni la sonrisa ni su rollo espiritual es gracias a la meditación, me voy a tener que pensar lo de apuntarme...

—Chica, estás tan mustia que hasta me das pena.

Bueno, la amistad es lo que tiene, ¿no? Que uno puede ser tan sincero como le plazca.

—Es que estoy muy cansada, ya te lo he dicho. Y pienso que este fin de semana podría aprovechar para hacer mil cosas.

—¿Ves? Lo que yo te decía: en los próximos dos días vas a meditar a tope.

En contra de todo pronóstico, el aquelarre ha sido todo un éxito. Como mínimo, hemos hecho risoterapia. Y meditación. Eso también.

El viernes, nada más llegar, Sandra se volvió loca creando un ambiente propicio para el chi, o para el cha, lo mismo me da, porque nos contagió a todas y nos puso a mover muebles, a abrir ventanas y a colocar sales y hierbas por toda la casa.

—Esta noche vamos a descansar fenomenal.

¡No te fastidia! ¡Si nos tuvo en movimiento casi dos horas! Pero en su defensa debo decir que, mientras las demás nos organizábamos para la ducha, se metió en la cocina y nos preparó una cena exquisita. Vaya por delante aclarar que nadie preguntó por los ingredientes; todas sabemos que en su dieta incluye cosas raras y, con el hambre que teníamos, los mismo nos daba comer carne que pienso para vacas. Eso sí, todo regado con un estupendísimo vino, que Sandra es de morro fino y eso no podía faltar.

Después de recoger y de dejarlo todo como los chorros del oro, comenzó el aquelarre en sí, y allí nos vimos todas, catorce chicas, con el ánimo demasiado subido y la adrenalina por las nubes, cantando y bailando en ropa interior en el patio de la casa. Nos quedamos tiesas, pero, tal y como dijo Sandra, fue una experiencia «revitalizante». Cuando mi amiga la eligió, tuvo cuidado en que la ubicación fuera de difícil acceso y lejos de miradas indiscretas. Y, por supuesto, nos recogió el móvil a todas según pisamos la casa la tarde del viernes y no nos los devolvió hasta el mismo momento de regresar. Así que no hay ni fotos ni vídeos para ilustrar ese momento.

El sábado, cuando nos levantó a todas a las cinco y media para meditar, nos la hubiéramos comido de desayuno si no hubiera sido porque ni fuerza teníamos para protestar. Entre el vino y el madrugón no fuimos capaces de otra cosa más que de obedecer. Lo mejor, o lo peor según se mire, llegó con el trago de agua caliente con limón que nos hizo beber inmediatamente después.

Sí, nadie se explica que con este panorama hayamos tenido tiempo para las risas, pero después

de desayunar empezaron las sesiones de terapia de grupo, de cotilleos, de consejos varios, de critiqueos, de confidencias, de planes de futuro... Según Sandra, debimos mover tanta energía femenina y entramos tan en conexión con la tierra y el universo, que esta mañana, cuando nos hemos marchado, ha cerrado la puerta con una enorme sonrisa en la cara y un «hasta las flores del patio tienen mejor color»...

Y aquí estoy, domingo por la noche, a punto de dormirme, planteándome si merece la pena levantarme mañana un ratito antes para meditar...

Capítulo 10

Me he pasado la última semana, desde que volví del aquelarre, madrugando para meditar. Sí. Tal cual. No a las cinco y media de la mañana, claro. Para eso hay que ser muy Sandra y yo no llego ni a «Sa». Pero he empezado con siete minutillos: dos para despertarme con tranquilidad, y, el resto, para ponerme en marcha. A ver, siendo sincera, lo único que hago es levantarme de la cama, cerrar los ojos y pensar en lo bien o mal que he dormido. ¿Qué? Para mí eso ya es meditar mucho a estas horas. Tengo que empezar por lo más básico. Ya me llegará el momento de conectar con el universo a otro nivel más «tántrico». Hoy por hoy, soy una triste soldado raso en este campo de batalla. Y tampoco es que tenga prisa por ascender, la verdad.

Sandra me ha leído las cartas. Sí. Tal y como lo cuento. No he podido evitarlo: entre los madrugones, los bailes casi en cueros a la luz de la luna y el vino de campeonato, en algún momento lo permití. Y me salió algo así como que la respuesta está en mi interior. Que digo yo que así le echo yo las cartas a quien se me ponga por delante, pero, en fin, no vamos a profundizar. El caso es que vale, la respuesta la tengo localizada. ¿Y la pregunta? Porque no sé qué he de preguntarme.

—¿Puedo sacar otra carta para saber dónde buscar la pregunta?

No le sentó nada bien. Creyó que me estaba riendo de ella. Tanta psicología y luego no entiende una cuestión tan simple como esa...

Pues nada. Con la duda volví a casa.

Y aquí estoy, de nuevo sentada en el tren camino de Madrid —ya no me quedarán muchos viajes más por hacer— para una nueva sesión con mi grupo, con la diferencia de que esta será por la tarde. Durante la mañana estarán en el centro, comentando con el claustro la incorporación de las salidas medioambientales a nuestro estudio... y yo no voy. No, señora. No, porque Amaya tiene mucha más mano izquierda que yo y, como esta modificación surgió con posterioridad a la presentación del proyecto, cabe la posibilidad de que se presenten demasiadas dudas. Y ella es la idónea para resolver este tipo de situaciones sin perder los nervios. Así que hace unos días quedamos en que de esto se encargaría ella.

No he hablado con Álex aún. Él ha pasado los últimos días en Barcelona, trabajando, y no sabía cuándo terminaría, así que ni hago el intento de buscarlo por el tren, puesto que seguirá en la Ciudad Condal.

De pronto, la curiosidad se apodera de mí y abro una pestaña nueva en mi navegador y tecleo en el buscador «indios». Y ahí me quedo. Lo borro. ¿Por qué buscar en internet una información que puedo obtener de primera mano? Pues porque no puedo esperar. Y ya está. Escribo de nuevo «indios» y, al momento, *san Google* me aporta un sinfín de opciones: americanos, rojiblancos, tabajara, apaches, siux, navajos, hopi. Eso es, indios hopi. Me paso el resto del viaje investigando sobre ellos en la red y descubro que fueron quienes formularon una de las grandes profecías de la humanidad. Al momento, recuerdo las últimas palabras de Álex antes de marcharse, aquel día que me ayudó a despejar la habitación en el piso de May: «Tú y yo tenemos que estar juntos».

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies. Cierro el ordenador de un manotazo.

Viernes, día de suerte. ¡Por fin! ¡Día de suerte porque se acaba la semana y vuelvo a casa para terminar con la dichosa mudanza! A casa, a mi casa. No a la de Amaya. Aún tengo cosas que empaquetar y enviar a Madrid. Espero que sean las últimas. Necesito instalarme en un lugar definitivo, tantas idas y venidas me tienen frita. Despertarme y no saber dónde estoy me empieza a pasar factura. Por eso, no me queda otra que terminar la mudanza este fin de semana.

Me he pasado los últimos cinco días encerrada entre cuatro paredes, bien en la universidad, bien en casa de May. Pero no he tenido tiempo de salir a tomar el aire ni un solo minuto. Y estos dos días que me esperan en mi piso no pintan mejor. Por un momento estoy tentada de organizar una salida con las chicas, pero desecho la idea con rapidez porque necesito cada migaja de la energía que me queda para terminar todo. Una vez que me instale en Madrid, podré organizar mi vida con un poco más de precisión y quizá, solo quizá, tenga algún huequillo para despejarme.

Pero estoy contenta. Muy contenta. El lunes comenzaremos a trabajar con los chicos, así que las cosas empiezan a rodar y, de momento, todo parece ir bien. Solo echo en falta hablar con Álex. Lo último que sé de él es un mensaje que me mandó el martes, diciéndome que apenas tenía cobertura en el lugar en el que se encontraba, pero que me avisaría tan pronto estuviera de vuelta... Y nada aún.

Me coloco los cascos, selecciono mi lista de reproducción favorita y disfruto del viaje en tren.

A los pocos minutos, la música de mi teléfono se interrumpe por una llamada entrante. Es él.

—Hola, Laura.

—¡Hola, Álex! Ya tienes cobertura, por fin... —Sí, tengo una capacidad de deducción que ya la quisiera Watson.

—Sí, ya vuelvo a estar en el mundo civilizado. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, llegando a Madrid.

—Y yo en el tren, volviendo a casa.

—Creía que ya te quedabas por aquí...

—Sí, bueno, aún me quedan cosas por recoger.

—Podemos quedar el lunes, si quieres, para desayunar. Y así nos vemos por fin después de... de no sé cuánto. Pero un montón.

—De acuerdo. Si quieres te aviso cuando esté en casa de Amaya y nos vemos allí.

—Perfecto. Laura... Me alegro de estar de vuelta.

Y hasta aquí. Ha colgado. No he podido despedirme. Tampoco sé qué hubiera sido capaz de decirle.

«Te echo de menos». La respuesta acude a mi cabeza como un fogonazo y, durante unos segundos, me quedo de piedra. Pero, al momento, todas sonreímos. Sí, todas: mis chicas, Wonderwoman y yo. Porque es cierto: lo echamos de menos.

¿Lunes, día de suerte? Cruzo los dedos. Tengo ganas, muchas ganas, de que así sea.

Me he arreglado a conciencia. Vamos a volver a vernos después de dos semanas. Sí, parece una soberana chorrada, puesto que llevamos mucho tiempo así. Pero esto es diferente. Algo ha ido surgiendo en mi interior con respecto a él. Sería una locura en circunstancias normales, porque tampoco nos conocemos tanto, pero, sin embargo, me da la sensación de que encajamos bien. Me gusta lo que sé de él, me siento cómoda cuando estamos juntos y no se puede negar que existe atracción.

De todas formas, estoy decidida a darle una oportunidad a lo que sea que se está forjando. ¿Qué puede fallar? Cuento con la aprobación de Sandra y su universo particular, y Álex proviene de una estirpe de videntes. ¿Qué posibilidades tengo yo, una simple mortal sin más poder que el de hacer callar a una clase de primaria con solo mover un dedo, de enfrentarme a ellos dos? Ya, se me está yendo la pinza. Estoy diciendo estupideces. Mejor empiezo a recoger la mesa, que estoy llegando a Madrid.

Me he levantado antes de tiempo, así que espero en la plataforma central. Me obligo a mirar a cualquier lado, excepto a la puerta del baño. Nunca creí que diría algo así, pero el recuerdo de lo que pasó ahí dentro acelera mis pulsaciones y tiñe de color mis mejillas. Los que están a mi alrededor no pueden ni imaginárselo. Menos mal.

Estamos entrando en la estación y el tren va perdiendo velocidad. Empiezo a contar el tiempo que falta para llegar a casa y poder ver a Álex. Las puertas se abren y la gente comienza a descender, a mi juicio, con demasiada pachorra, tanta que me dan ganas de empujar a todo el que está delante de mí y pasar por encima de sus cuerpos como si fuera uno de los jinetes del Apocalipsis. ¡Qué lentitud, por Dios!

Por fin me toca a mí. Agarro mi bolso con fuerza y desciendo del tren tan rápido como puedo, cada segundo cuenta y no quiero perder ni uno solo. Mientras recorro los últimos metros que llevan hasta la salida, busco mi teléfono móvil. Si le aviso ya, es probable que llegemos los dos

al mismo tiempo. Vuelvo a mirar al frente, a punto de traspasar las puertas que dan acceso al vestíbulo de llegadas... y me quedo parada antes de cruzar. Está aquí. Álex ha venido a buscarme a la estación. De pronto, noto cómo de mis ojos salen corazones de colores, la gente se convierte en dulces cupiditos disparando con su arco a diestro y siniestro, la impersonal voz de la estación se transforma en una maravillosa canción que proclama las delicias del amor... Y el señor que está detrás de mí me empuja sin ningún miramiento haciéndome a un lado para salir. Con razón. No puedo reprocharle nada.

Avanzo, como si flotara, hasta donde me espera Álex y, unos centímetros antes de alcanzarle, su olor sale a mi encuentro, como si pretendiera seducirme por si se me ocurriera la loca idea de cambiar de rumbo y no llegar hasta él.

Estoy sonriendo como una boba. Lo sé. Pero no me importa, porque en esto estamos compitiendo los dos. Y le queda taaan bien esa sonrisa idiota... Dicho desde el cariño, por supuesto. Combina de maravilla con su cazadora de cuero, colgando de su dedo corazón sobre su hombro derecho. Al momento, mis ojos se sienten atraídos por el tatuaje de su brazo, que asoma más de lo normal por debajo de su camiseta blanca. Hoy lleva unos vaqueros negros, desgastados, que se ajustan a la perfección a sus piernas. Sin embargo, sobre las botas oscuras se abren un poco más, permitiendo que solo se vean las puntas de estas.

Ya no puedo acercarme más. Me encantaría, palabra, pero este no es el lugar.

—Buenos días —le digo en cuanto me detengo a su lado—. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Contra todo lo que esperaba, me agarra de la mano y, tras darme un beso en la mejilla, comienza a andar hacia la salida de la estación, sin dejar de mirarme. Y, aunque me quedo con las ganas de un recibimiento más apasionado, me dejo llevar, feliz como estoy de volver a verlo antes de lo que imaginaba.

—No podía esperar a que me llamas. —Seguimos sonriendo como idiotas. Con seguridad, mañana me dolerá la cara, pero no me importa lo más mínimo—. ¿Quieres que te lleve el bolso?

¡Horror! ¡No! ¿Cómo se le ocurre? Este bolso es una extensión de mí. Mi vida entera está aquí dentro. ¡Ni de coña!

—Te lo cambio por el casco.

Me paro en seco. ¿Quién ha dicho eso? Miro a Wonderwoman, un brillo nuevo la rodea, deseosa de pegarse de nuevo a Thor. Nunca creí que un icono del feminismo como ella fuera a claudicar tan deprisa.

«Eh, que el amor no tiene nada que ver con esto. Además, tu hombro derecho está más cerca de tu cadera que de tu cuello». En eso tiene razón. He de empezar a llevar menos peso.

En fin, esto sí que es una prueba de amor verdadero. No sé cómo lo logro sin desmayarme, pero acabo llevando un casco negro plagado de simbología india, mientras mi hopi carga con un inmenso bolso gris perla, con un mensaje en letras blancas que reza «Dreams always come true»[1]. La perfecta imagen del amor, lo sé.

Llegamos a la moto y no nos queda más remedio que soltarnos. Guarda mi bolso en la maleta,

pero antes saco de él una cazadora. No es que diera por hecho que vendría a buscarme, aunque lo parezca. Más bien es que acabamos de entrar en el mes de octubre y nunca se sabe con el tiempo... Sí, soy una chica previsora. Me tiende el caso que siempre lleva de más y nos subimos los dos. Sé dónde debo poner mis manos. Estoy ansiosa por emprender el viaje.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—A las nueve y media he de estar en la universidad.

Sin embargo, la dirección que toma no es la de la casa de Amaya.

—¿Dónde vamos?

Me puede la curiosidad. Me encantan las sorpresas, a pesar de todo, pero me cuesta vivir sin saber...

—A mi casa.

Bueno, tampoco me parece mal.

Apenas diez minutos después, llegamos a un edificio vanguardista, de estos llenos de cristal por todas partes. Álex aminora la velocidad y se detiene frente a una pared de espejo. Del bolsillo de su pantalón saca un mando a distancia y la pared resulta ser una puerta de garaje, que se abre hacia arriba. Entramos directamente a lo que parece ser el salón de la vivienda, con suelo de hormigón pulido y paredes de ladrillo visto.

Acabo de flipar un poco. Este tipo de viviendas solo las había visto en la tele. Lo que yo decía, Álex está lleno de sorpresas...

Despacio, aparca la moto junto a la pared, detrás de uno de los sillones de cuero negro que ocupan el centro de la estancia. Cuando me bajo y me quito el casco, la puerta de acceso se acaba de cerrar y compruebo que, a través de ella, se puede ver la calle con facilidad.

Creo que es el momento de mi vida en el que más estoy alucinando. Sin duda.

—¿Vives aquí?

—Solo de forma temporal. El piso es de un amigo mío que se pasa la mayor parte del tiempo fuera de España. Cuando viene, se queda en su apartamento de siempre. Como puedes imaginar, llegamos a un acuerdo: yo necesitaba alojamiento, y él, alguien que cuidara de este lugar mientras está en el extranjero.

—¿Así, sin más? ¿Ni alquiler ni nada?

—No, a pesar de que lo he intentado varias veces. Dice que con que lo cuide, es suficiente.

Sigo flipando. ¡A mí no me ocurren esas cosas! Yo vivo en un pequeño apartamento de alquiler, por el que cada año pago más. Con mucha luz, eso sí, muy céntrico y muy mono, pero sin ascensor. Menos mal que es un segundo. En más de una ocasión he pensado en buscar algo mejor, incluso comprar mi propia casa, pero a mi día ya le faltan bastantes horas, como para perder los pocos minutos de relax que me quedan en andar visitando inmuebles...

—Vamos, no tenemos mucho tiempo.

Recoge mi casco y lo deja en el asiento de la moto, mientras me da la mano y me guía al fondo de la vivienda, donde una cocina decorada en blanco y acero recibe toda la luz del sol de un gran

ventanal situado a la izquierda. Justo en frente, y en medio de la zona, una isla, blanca también, hace las veces de mesa y de cocina, con una gran campana extractora sobre ella.

Los cubiertos están ya dispuestos, como si hubiera dado por hecho que no me iba a negar. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Escoge el sitio que quieras. Estás en tu casa.

Como aún estoy en estado de *shock*, me siento despacio en una de las sillas altas y lo observo mientras se mueve por el espacio.

En algún momento, durante mi inspección, se ha quitado la cazadora. Yo hago lo mismo y cuelgo la mía del respaldo de mi asiento. Álex se aleja unos pasos de la isla y se acerca a la nevera de dos puertas, de donde saca una jarra con zumo de naranja, que deposita frente a mí.

Mientras abre uno de los armarios, me informa:

—Zumo de papaya.

Casi me pongo a dar palmas de alegría. No sabía cómo decirle que el zumo de naranja me sienta como un tiro. ¿Podría considerarse esto como otro mito desmontado? Nada de naranjas para el desayuno.

Mientras lo sirvo en los vasos, Álex prepara un par de tostadas calentitas y las deja en la mesa, también.

—¿Mantequilla, mermelada, aceite...?

—Aceite y sal, por favor.

Asiente y lo pone a mi alcance. Al momento, el olor a café lo llena todo, mientras un ligero silbido me da un susto de muerte: una hervidora se calentaba cerca de mí, sobre la vitrocerámica, y yo ni me había dado cuenta. Reacciono y la retiro del fuego. Mientras Álex sirve el café en mi taza, yo hago lo mismo con el agua, dejándola caer con suavidad en su taza sobre el filtro del interior, preparando su té. Después, devuelvo la hervidora a su sitio y me siento, esperando a que él se una.

Sigo en una nube, la verdad. El día no ha podido empezar mejor.

—Cuéntame, ¿qué tal está yendo el proyecto?

—Pues empezamos justo hoy —respondo, alegre—. Así que es imposible saber si va a funcionar o no, pero toda la comunidad educativa está muy emocionada con él. Amaya y el director tuvieron una reunión el lunes pasado con los padres para resolver las dudas que pudieran tener, tras incorporar las actividades medioambientales, y parece ser que preguntaron hasta hartarse. Eso me gusta, indica que están interesados.

—¿Tú no estuviste?

—No. —Me mira levantando una ceja—. Decidimos que, en principio, yo me quedo en la universidad, al frente de cualquier problema que pueda surgir. Nos reuniremos de vez en cuando, por las tardes, para comentar qué tal ha ido todo.

—¿No quieres volver a las aulas?

Me encojo de hombros mientras doy un pequeño mordisco a mi tostada. Meneo la cabeza en un

gesto negativo.

—De momento, no. Además, nunca me he ido de ellas. Doy clases en la universidad. Y dirigiendo este grupo de investigación, no se puede decir que no esté con ellos, allí en el cole.

Mmm... este zumo está divino.

—Sí, es otra manera de ejercer la docencia. Oye, se me ocurren más actividades que podrías hacer con los chicos. Si quieres podemos comentarlas y, si te parecen bien, se lo puedes contar a Ángela.

Me gusta que muestre tantas ganas de incorporarse al proyecto. Verlo involucrado en algo tan mío consigue emocionarme.

—¿No quieres hablar con ella tú directamente?

—¡Qué va! Me ha pedido que colabore con su asociación desde dentro, y siempre me he negado. Puede que se moleste...

Puedo entenderlo. Se me ocurre una cosa al instante:

—¿Quieres venir a la universidad y te muestro todas las ideas que tenemos?

Ahora es él quien parece emocionado.

—¡Claro! Me encantaría ver tus dominios. —Mira su reloj de pulsera, se limpia con la servilleta, se levanta de la silla y camina despacio hacia mí—. Pero antes, saludémonos como es debido.

No me da tiempo a pensar nada más, salvo que estos besos solo se ven en las películas. Y los echaba taaanto de menos...

Capítulo 11

Evidentemente, ha sido entrar en la universidad con él y todas las miradas se han posado sobre nosotros. Y no, no es por mis pelos tras el viaje en moto, que esta vez me he asegurado de hacerme una coleta bien firme que, además, casa estupendamente con el aire de profesionalidad que me gusta transmitir en el trabajo. Lo que pasa es que la diferencia de estatura entre ambos es tan grande que es probable hasta que resulte cómico. Pero es lo que hay. Hoy no llevo puestos mis tacones, así que aún se notan más los centímetros que nos separan.

Entre un murmullo de comentarios, llegamos a mi despacho, entramos y cierro la puerta. Tenemos cosas de las que hablar. Hoy no puedo dejar abierto.

Sí, solo es porque tenemos que dar forma a algunas ideas. Por nada más. Es probable que una escena de sexo tórrido sea lo que pega en este momento, y yo estoy más que dispuesta a ello, para qué engañarnos. Pero no. El trabajo es lo primero.

Más de dos horas después, tenemos muchísimas cosas claras. Álex ha estado ideando acciones para que pueda plantear a Ángela y, la verdad, es que son muy buenas.

Tengo el tiempo justo para invitarle a un *delicioso* té de cafetería de universidad y poco más. Hoy debo dar una clase al grupo del niño pijo y los viajes a los Alpes.

—¿Quieres que te recoja cuando acabes y vamos a dar una vuelta? Te vendrá bien despejarte.

¡¡Sí!!

—Me encantaría, pero en algún momento he de quedar con Amaya. Además, mis cosas llegarán esta tarde al piso y quiero terminar de instalarme cuanto antes.

Su decepción es comparable con la mía. Tanto que estoy a punto de mandar mi sentido de la responsabilidad a paseo.

—Vaya...

—Pero podemos hablar esta noche y vernos mañana. Me ha encantado el desayuno.

Le acompaño hasta la salida.

—¿Estaría muy mal que te diera un beso de despedida?

—No creo que a nadie le importe, excepto a mí. Por muchas ganas que tenga, prefiero que no. No me parece el lugar adecuado.

¡Joder con mi madurez! ¡Negarme a mí misma un placer así...! Pero puedo sobrevivir a esto, lo sé.

Lo entiende, porque sonrío, me guiña un ojo y se despide por encima del hombro:

—Espero tu llamada.

No me muevo del sitio hasta que desaparece por la carretera. Ese momento en el que se sube a la moto, se pone el casco y arranca es un gusto para la vista. Y después de todo lo que he rechazado hoy, ¿cómo voy a perdérmelo?

Es viernes y Álex y yo hemos quedado para cenar. Va a ser nuestra primera cita. La primera en toda regla, quiero decir. Porque el desayuno en su casa, aunque fue una maravilla, no se puede considerar una cita como tal.

En un principio, barajé la opción de quedar en el sitio, pero me parece del género idiota desaprovechar la oportunidad de montar con él en la moto. No veo ningún motivo importante para renunciar a algo tan inofensivo y que me reporta tanto placer. En serio. Una puede ser muy mujer y muy independiente. Pero no veo cómo eso puede estar reñido con permitir que la vengán a buscar a la puerta de casa y darle un gusto al sentido del tacto. Que nos estamos volviendo locos ya, que la gente no sabe diferenciar una cosa de la otra. Cada día estoy más convencida.

Pues eso, que estoy terminando de arreglarme y mi mayor problema reside en el pelo. ¿Cómo leches se supone que voy a mantener una facha mínimamente decente para entrar en donde sea después de haberme puesto un casco? Puede resultar una cuestión banal para alguien que está acostumbrado a ello, pero después de los pelos que se me quedaron las dos veces que he montado en la moto, tengo serias dudas y no soy capaz de decidirme. La trenza despeluchada puede valer para un día de campo, pero ¿para salir a cenar por la noche?

—¡Amaya!

—¡¿Qué?!

—¡¿Tienes idea de lo que puedo hacer con mi pelo?!

—¡¿Si te lo dejas suelto?!

Sí, estamos gritando. La casa no es muy grande, pero cada una estamos en una punta y no tenemos la intención de dejar lo que estamos haciendo para hablar como personas normales.

—¡Se me va a enredar con el casco!

—¡Pues hazte una coleta!

—¡No voy a llegar peinada al restaurante!

—¡¿Y un semirrecogido?!

—¡¿Para despistar a la gente?!

Sopeso esta última idea: total, si los pelos no están ni fuera ni dentro de una coleta, ¿quién puede adivinar si voy o no peinada?

Sigo haciendo pruebas delante del espejo, pero no me convence.

—¡No lo veo, Amaya!

—¿Quieres que te lo corte?!

Vale, Amaya pasa de mí, me está contestando por inercia. Y me he cansado de gritar, además.

Decido recogerlo en un moño bajo y meter un cepillo en mi bolso. Y no, esta vez no llevo el de Mary Poppins. Ese es solo para los viajes y la vida diaria. Cuando salgo lo cambio por otro más cómodo y llevo lo justo en él: llaves, monedero y teléfono. En este caso, me las tengo que apañar para meter también un cepillo. No pienso arriesgarme a parecer el Rey León.

Aunque tampoco debería preocuparme, porque no vamos a un restaurante al uso. Vamos de tapeo. Ya, me he comido demasiado la cabeza por una tontería. Pero yo soy así. Con el atuendo no me he vuelto tan loca: vaqueros, botas de lona, camiseta de tirantes y jersey holgado. Y una cazadora para el viaje. Eso me quedó claro en su día. Bueno, vale, y porque las noches ya son frescas.

Recibo una llamada perdida. Álex está abajo. Me despido de mi compañera y salgo corriendo.

Cuando llego a la calle, me está esperando apoyado en la moto, con los dos cascos y unas gafas de sol con cristales ahumados, a pesar de que la noche se nos va a echar encima en unos minutos. Viéndolo así, no me importa pasar a los postres ignorando el plato principal. Pero tampoco es cuestión de saltarnos la primera cita formal.

El paseo por las calles de Madrid es bastante corto y me quedo con las ganas de disfrutar un poco más, pero no me quejo. Mi estómago hace rato que demanda algo de comida, así que lo primero es lo primero.

Para ser un viernes, no nos ha costado mucho encontrar un sitio libre en el lugar que hemos elegido, y nos hacemos con una mesa alta para dos, al lado de una de las ventanas del local.

La conversación transcurre con una naturalidad asombrosa, el ambiente es relajado y la complicidad va aumentando.

—Y dime, ¿cómo ha llegado un indio americano a Madrid? Es algo de lo que nunca hemos hablado...

—Uf, es una muy larga historia.

—Bueno, yo no tengo prisa, ¿y tú?

—No, la noche es joven, dicen.

Bebe un pequeño trago de su refresco y se recuesta un poco en la silla.

—Según parece, aunque no es del todo seguro, el primero de mi familia en llegar lo hizo tras la conquista de lo que hoy es Nuevo México por los españoles, allá por el mil quinientos y algo. Un matrimonio, como tantos otros a los que hicieron prisioneros, acabó sirviendo en Sevilla, en la casa de un cura. A partir de ahí, descendiente tras descendiente, y aquí estoy yo.

—Igual es un poco más complejo de lo que aparenta. De todas formas, aunque tu cantidad de sangre india haya descendido con el tiempo, está claro que sigue siendo un porcentaje significativo, dado que algo fue lo que te llevó a investigar. ¿Tus rasgos, quizá?

—Pues sí y... pues no.

Ante mi cara de asombro, no le queda otra que darme una explicación más profunda.

—Empecé a interesarme por mi genética en el instituto, con los famosos guisantes de Mendel. A partir de ahí, ya no pude parar. En un momento determinado, bastantes años después de la llegada de mis antepasados a Sevilla, encontré una referencia que abría la puerta hacia esta vía de Nuevo México, y algún documento asociado que recoge los primeros relatos hopi que cayeron en mis manos.

—¿En serio?

—Palabra. Y no me resultó nada fácil, te lo aseguro. Hay un montón de huecos que no he conseguido rellenar, pero, habiendo encontrado un solo antepasado procedente, de un modo u otro, del otro lado del charco, ya no puedo decir que no tengo sangre indígena.

Estoy alucinando, no porque alguien haya dedicado... ¿cuánto? ¿Meses?, ¿años?, tanto tiempo de su vida en buscar de dónde viene, más bien porque, seamos sinceros ¿qué posibilidades hay después de que no sé cuántas generaciones que han vivido en España te quede una sola gota de sangre de allí? Se lo pregunto sin tapujos.

—Atendiendo a los estudios, uno puede remontarse sin problemas quince generaciones atrás y aún tendría un uno por ciento de probabilidad de heredar algún rasgo. En mi caso, visto lo visto, algo más. El test, como te dije, no hizo más que confirmar lo que ya sabía.

Muerta me quedo, de verdad.

—¿No tienes por ahí algún antepasado noble o algo así? Sería interesante.

Suelta una carcajada.

—Estaría bien, pero no lo creo. Recuerda que hablamos de la España de hace cinco siglos. En algún momento, más pronto que tarde, el hombre blanco se encargaría de mostrar su supremacía dejando su huella genética en alguna de mis antepasadas...

—Es una forma muy sutil de hablar del abuso...

—Sí, cierto. Pero me has entendido. Así que, si en mi sangre hay alguna gota de la clase alta, no ha quedado constancia de ello en lo que he podido averiguar.

—¿Y eso importa? Quiero decir, ¿te molesta no poder llenar esas lagunas?

Antes de contestar, se inclina sobre la mesa y me mira a los ojos.

—¿Y a ti? Ahora que sabes un poco mejor quién soy, ¿te afecta?

Espero que no esté hablando en serio. Acaba de ofenderme. Bastante, además.

Me echo hacia atrás, en la misma medida en la que él se ha acercado. Confío en que le quede claro mi rechazo.

—¿Así es como crees que soy?

Mis ojos echan chispas, lo sé, lo noto. Y estoy segura hasta de tener la cara roja, a punto de explotar por la indignación.

Vuelve a apoyarse en el respaldo, relajado, y sonrío.

—No. Sé que vas mucho más allá de eso. Pero tú has preguntado primero.

Vale, tengo que calmarme. No sé por qué estoy a la defensiva. Es él y su forma de mirarme, la complicidad que hay entre los dos, lo rápido que crecen mis sentimientos por él sin darme tiempo

a digerirlos...

—Curiosidad, simple y llana. No puedo evitarlo. Si algo me interesa, no paro hasta que consigo toda la información posible.

—¿Y qué es lo que te interesa en este momento? ¿La historia de mi vida? —Hace una pausa antes de continuar—: ¿O yo?

Me ha lanzado el guante, y con todo el descaro del mundo. Pero me lo ha lanzado a la cara y me ha dado de lleno.

—Las dos cosas.

Sonríe. Tenía muy claro que le contestaría eso, puedo leerlo en sus ojos. ¿Cómo no lo va a saber? Lo llevo escrito en la frente con luces de neón. Con toda la seguridad del mundo, vuelve a inclinarse sobre la mesa y, esta vez, yo hago lo mismo. Álex hace a un lado los platos de la cena y, en su lugar, me tiende su mano derecha, abierta, con la palma hacia arriba. No dudo ni un segundo y junto la mía a la suya. Sí, Sandra, amiga: nuestros universos han conectado.

—¿Te apetece ir a bailar?

La noche está resultando ser mejor de lo que esperaba. Hemos aparcado cerca de un pequeño bar de copas, decorado al más puro estilo del oeste americano. Me hace gracia la elección. Sí, por lo de un indio entre vaqueros. Sigo a Álex al interior del local y, al entrar, me quedo sorprendida del ambiente que hay allí: un montón de gente vestida de tejano, incluidos los sombreros, bailan al ritmo de música country.

Al llegar, varias personas saludan a Álex tocándose el ala del sombrero, tal y como he visto hacer mil veces en las películas. Estoy convencida de que he ingerido en la cena algún tipo de droga que me está haciendo alucinar. Sin tiempo para reponerme del *shock*, nos acercamos a la barra.

Álex habla con confianza con el camarero y luego me pregunta qué quiero tomar.

—¡Y yo qué sé! —Me aventuro a mostrar mi ignorancia en el tema—: ¿Qué se toma en estos sitios? ¿Zarzaparrilla? Eso es lo que piden en las películas...

A pesar de que lo digo de coña, el tipo de la barra se lo toma al pie de la letra y se apresura a servirme una.

De acuerdo, esto no tiene sentido. ¿De verdad este es el chico que conocí hace un tiempo en un AVE con destino Madrid? Ante mi cara de alucinación, Álex tiene el buen tino de darme explicaciones.

—Hay muy pocos lugares en España en los que puedas encontrar sitios así, si descontamos el parque temático del oeste americano de Almería. Lo descubrí de casualidad, hace años, y vengo siempre que necesito quitarme el estrés o cuando me apetece un plan tranquilo.

—¿En serio? ¿Un indio de pura cepa, o al menos con alguna gota de sangre india en la venas,

metido en un bar de vaqueros? A mí me parece que lo que te mola es vivir al límite.

La carcajada de Álex se ha oído por todo el local. Estoy segura.

—¿Y por qué no?

—¿Y por qué sí?

De verdad, es que parece que me he metido en un túnel del tiempo o algo así, no dejo de observar a los bailarines en la pista, dándolo todo al ritmo que suena por los altavoces. Álex se da cuenta y lo interpreta erróneamente.

—¿Sabes bailar country? ¡Vamos!

¿Pero qué dices? Entro en pánico en un momento. Lo único que sé de este tipo de música son los pasos del bailecito del *No rompas más* que se hizo famoso por formar parte de una prueba de un *reality* de la tele. Y no creo que pueda sacarme de este apuro, la verdad.

El caso es que no tengo opción. Antes de darme cuenta, alguien me ha plantado un sombrero en la cabeza y Álex se ha colocado detrás de mí para guiarme con sus brazos. Y con sus piernas. Y con su pecho. Y con su aliento sobre mi cuello... Al final me tropiezo, verás.

Al terminar la noche, casi tres horas después, he descubierto que el country es un baile muchísimo más caliente que la lambada. Palabra.

Pero esta cita ha sido una gozada. Ahora mismo pienso en Sandra: por mucho que le hablen las cartas, seguro que ninguna le ha mostrado a un indio vestido de vaquero.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta Álex justo antes de subir a la moto.

—Estoy disfrutando muchísimo, de verdad.

Nos hemos incorporado a la circulación en apenas unos segundos.

—Te dije que podía enseñarte fantásticos lugares en Madrid.

Sonrío.

—De ninguna manera podía imaginar que te referías a esto. Ha sido toda una sorpresa.

Álex acelera un poco más para incorporarse a la autovía: eso quiere decir que me lleva a su casa.

—Pequeña, yo estoy lleno de sorpresas.

Capítulo 12

Estoy nerviosa. No es que vaya a ser nuestra primera vez juntos, pero, en cierto modo, así es. Me digo que tengo que dejarme llevar, disfrutar del momento, aprovechar cada segundo; sentir, solo sentir... Pero las chicas en mi cabeza están tan revolucionadas como yo. Oigo a algunas haciendo planes a corto plazo. Otro grupito piensa en qué pasará después. Unas pocas están asustadas en un rincón, deseando salir corriendo porque esto se escapa a su control...

¿Me estaré volviendo esquizofrénica?

Álex dirige la moto a su lugar, detrás del sillón, y espera a que me baje. Lo hago, pero estoy como un flan. Mis piernas tiemblan más que las de la novia de Popeye. Esto no puede salir bien.

Me tiende la mano para que le dé el casco y, al descuido, me roza los dedos. Pero yo sé que ha sido intencionado. Todo esta noche está siendo deliberado con él. O no. ¡No lo sé!

«¿Queréis dejar de pensar? ¡Me estáis volviendo loca!».

Él ya está a mi lado, apoyado en el respaldo del sillón, imitando mi postura. Trata de adivinar el punto exacto de la pared en el que he fijado mi vista, creyendo, supongo, que estoy concentrada en algo de lo que hay allí. Pasa un brazo por mis hombros y no puedo evitar mirarle a los ojos.

—¿Por qué me has traído aquí?

—¿Hubieras preferido otro lugar?

—No has contestado a mi pregunta.

—Tú tampoco.

Este chico es imposible. ¿Dónde queda el tipo de los primeros días en el tren, que hablaba poco, que desaparecía a la primera de cambio?

—No, lo sé. Y no lo haré hasta que me respondas.

—Está bien —suspira. Vale, esto sí lo reconozco en él—. Quiero dormir contigo y despertarme a tu lado. —¡Bang! En una competición de indirectas muy directas estaríamos empatados. Levanto una ceja, como hace él cuando algo le resulta irónico, increíble o demasiado obvio—. ¿No pretenderás que te devuelva a casa al amanecer, como en los cuentos de princesas?

—En ese tipo de cuentos las princesas están en su cama casi antes de que anochezca. Y eso, en esta historia, ya no puede ocurrir.

—Ya. Y las princesas tampoco montan en moto ni beben zarzaparrilla.

Me río, no puede ser de otra manera. El momento de tensión ha pasado. Eso es lo que ocurre

con Álex, que todo resulta fácil. Como diría Sandra, todo fluye.

—Te toca responder —me dice, y me repite la pregunta por si la hubiera olvidado—: ¿Hubieras preferido estar en otro lado?

No dudo ni un solo segundo.

—No se me ocurre ningún otro sitio en el que pudiera estar mejor.

Sonríe. No me extraña, no todos los días le dicen a uno este tipo de cosas. Y, de pronto, tira de mis hombros hacia atrás y, sin que pueda evitarlo, acabamos los dos tumbados en el sofá, con la cabeza colgando del asiento y las piernas apoyadas en el respaldo, mirando al techo de la vivienda.

—¡Podías haberme avisado! Qué susto me has dado.

Y es verdad. Tengo el corazón en la boca. Yo estaba convencida de que me iba a besar ante mi muy sincera declaración y, en su lugar, me ha tirado sobre el sofá con poca o ninguna delicadeza. Ya, es que a veces me paso de romántica...

No me contesta. Por el contrario, apaga las luces con un mando a distancia que hay sobre la mesa de centro —no tiene más que alargar el brazo por encima de su cabeza para alcanzarlo— y, al momento, unos pequeños puntos de luz empiezan a brillar en el techo, como lejanas estrellas en la noche.

—Esta es una de las cosas que menos me gusta de Madrid: si quieres ver un cielo limpio después del anochecer, has de irte a la sierra. Y no es algo que se pueda hacer cada día. Por eso puse estas pegatinas ahí. Mira, esa es la constelación de Orión.

Sigo la punta de su dedo mientras me señala el comienzo y el fin de la misma.

—¿Ves esas tres estrellas tan juntitas? —No son estrellas, ya lo sé. Son papeles que brillan en la oscuridad, pero me dejo llevar por su voz—. Es el famoso cinturón. Según mis antepasados, de allí vinieron unos seres superiores que les salvaron de tormentas de fuego y hielo. Gracias a ellos consiguieron sobrevivir y por eso la veneran tanto.

—¿Y a tu amigo no le importa que hayas puesto eso en su casa?

—No, le da igual. De hecho, me dio vía libre para cambiar todo lo que no me gustara. Lo único que le interesa es que esté habitada. Es su creación, no soportaría verla cerrada, pero tampoco quiere que cualquiera viva aquí. Así que a los dos nos beneficia esta situación. Además, es la única modificación que he hecho.

Después de la aclaración, sigue hablándome de sus raíces. Me encanta escucharle contar historias. Lo mismo me da si son ciertas o inventadas, pero tiene una voz poderosísima para las narraciones. Sigo atenta, durante un buen rato, a todo lo que me dice sobre el resto de puntos luminosos que están sobre nuestras cabezas. Pero ya no aguanto más.

—Álex, no sé qué pretendes teniéndome tanto tiempo en esta posición, pero si sigo un rato más así, es probable que nuestro primer despertar juntos sea sobre una cama de hospital.

Me incorporo al momento y siento un ligero mareo, por lo que me recuesto en el sofá esperando una pronta recuperación.

—Para mí, esto es habitual, pero podías habérmelo dicho antes. —No hay rencor en su voz, solo sorpresa—. ¿Quieres un vaso de agua?

¿Agua?

—¿Como los futbolistas?

Ahora sí que me mira sin entender.

—Sí, cualquier cosa que pase dentro de un terreno de fútbol se soluciona con agua. El agua milagrosa, lo llamo yo. ¿Guardas de eso en la nevera?

Se ríe. Este chico tiene una capacidad maravillosa para reírse por todo. Es genial. O eso creo.

—No, es agua del grifo. A secas. Pero está buena.

—Entonces no es necesario. Gracias.

Se está quitando las botas. Ahora me está quitando las mías. A mí me parece perfecto. Es hora de ponernos cómodos, porque son las cinco de la mañana y no creo que me quede energía para mucho más. De pronto, se sube en el sillón y trata de hacerse un hueco entre mi espalda y el sofá.

—¿Qué haces?

—Trato de colocarme detrás de ti.

—Pues espera, que me muevo un poco.

—No, no te preocupes. Si quepo... —Se empeña en encontrar una postura, pero yo no lo veo claro—. Mira, es muy fácil. Yo pongo este brazo por aquí y tú apoyas la cabeza. Ahora paso una pierna por debajo de las tuyas, y esta otra por encima... Espera que me subo un poco más.

Nada claro, de verdad. Me empiezo a acordar de la escena del rompecabezas humano en el baño del tren. Ahí lo dejo...

Álex sigue intentando encontrar una posición cómoda. ¿Pero este chico no tendrá una cama, como todo el mundo? Con la estatura que tiene, ha de ser mejor que la de los hoteles, seguro.

—¡Ya está! ¿Ves? No era tan difícil. Y mira qué bien estamos aquí. Solo era cuestión de acoplar nuestros cuerpos.

Y acoplados estamos. Eso sin duda. Como las piezas de Lego que, una vez que las pones, cuesta la vida separarlas. Que yo tan contenta, de verdad. Pero es que, como nos movamos un pelo, nos caemos. Fijo.

—Relájate, Laura. Estás muy tensa.

Sí, más que John Nieve en una reunión de caminantes blancos. Pero no lo puedo evitar.

Intento cerrar los ojos y disfrutar, pero es que no es fácil. Álex ha empezado a besarme el pelo con suavidad, mientras con su mano acaricia mi abdomen. Podría hacer lo que me pide, seguro que podría, pero esto es un deporte de riesgo y yo tengo todas las papeletas para quedarme estampada en el brillante hormigón pulido del suelo del salón.

—Álex.

—¿Mmm?

—¿Y si nos vamos a la cama? Seguro que hay más sitio para los dos.

—Me parece una idea fantástica. Vamos.

Sí, eso digo yo. Vamos. Pero ¿cómo? Me voy a caer. Cuento con ello. Muy despacio, sujetándome al brazo que rodea mi cintura, bajo un poco las piernas hasta estar segura de haber encontrado un punto de apoyo para los pies y, entonces sí, trato de incorporarme de la manera más segura posible. En cuanto he conseguido levantarme del sillón sin caerme, Álex se pone a mi lado, me coge de la mano y me guía por la casa.

Este espacio tan diáfano es una maravilla. Según él, esto era una antigua fábrica, sobre la que se construyó más tarde el edificio. En un principio esta planta baja estaba destinada a locales comerciales, pero al final, decidieron darle otro uso. Un tipo con mucha pasta encargó al amigo de Álex el proyecto de rehabilitación, pero, en plena explosión de la burbuja inmobiliaria, se quedó sin un euro para pagar. Así que el pobre arquitecto recibió como pago esta lujosa casa.

A la derecha del salón, entre dos de las columnas que sujetan este apartamento, se abre el dormitorio principal, con una descomunal cama en el medio. Lo que yo decía: mejor que las de los hoteles, con cabecero de piel incluido. Justo detrás, un vestidor que ocupa la pared, casi de punta a punta.

No tengo tiempo para observar más. Bueno, no tengo ganas. Álex está prestando toda la atención a mi cuello y mis chicas empiezan a desconectarse, una a una. Su mano en mi cintura, por debajo de mi jersey de punto azul, envía pequeñas corrientes eléctricas por toda mi espalda, generando un delicioso escalofrío que me hace temblar de anticipación. Mis dedos han cobrado vida y se introducen por debajo de la camiseta, ansiosos por tocar su piel. Pero no me conformo con esto. No solo quiero tocar. Tengo cuatro sentidos más y necesito utilizarlos todos. Sandra siempre me ha dicho que soy muy sensorial. Será eso. O no. Me da igual. Tengo que sacar a mi amiga de mi mente, cosa que no me cuesta mucho cuando Álex me quita el jersey. Al separarnos me doy cuenta de lo mucho que tiene que inclinarse sobre mí para besarme, así que, como solo hay un lugar en el que la estatura no tiene importancia, le llevo de la mano hacia la cama, se deja caer en el borde del colchón y yo me siento sobre sus piernas.

Mucho mejor, ahora estamos en igualdad de condiciones y mañana no me sentiré culpable si amanece con dolor de espalda.

Pero me sobra su camiseta. Quiero volver a ver ese tatuaje al completo y parece que Álex me ha leído la mente, porque se deshace de ella, sin prisas, dándome tiempo para observar sus movimientos. Y lo hago, ¡vaya si lo hago! No tengo intención de perderme ni uno solo.

Me encantan sus hombros, tan fuertes... Paso mis manos por ellos, pero tengo la necesidad de besarlos y no pierdo más tiempo. Además, tengo claro a cuál me dirijo primero. Recorro cada línea del tatuaje con los labios, como si este trozo de piel fuera a tener un sabor diferente. Y, para mí, así es. Estos segundos se convierten en uno de los momentos más eróticos de mi vida, quizá magnificado por el efecto que su olor tiene sobre mí. Estoy del todo mareada por el placer y actúo sin pensar, tan solo movida por mi deseo. Quiero explorar cada parte de su cuerpo sin prisas, sin presión. La curiosidad se adueña de mí y me prometo no negarme ni un poquito del manjar que se me ofrece en bandeja.

Lo empujo con suavidad para que se recueste sobre el colchón y así, tumbado para mí, descubro algo que llama mi atención. En su pecho, justo sobre el corazón, un círculo dividido en cuatro partes y, en cada una de ellas, un punto situado en el centro.

Nunca me he sentido atraída por los tatuajes, pero con Álex adquieren un nuevo significado porque, estoy convencida, esto también tiene que ver con su historia, y estoy loca por conocerla. Loca por saber más de él. Pero no ahora. En este momento, mi locura tiene que ver con su piel, con su cuerpo, con el hombre que me está permitiendo disfrutar con todos los sentidos.

Durante un rato más, me recreo con su torso, con sus brazos, con su cuello..., pero parece que ya no quiere seguir pasivo, porque se incorpora y, de un solo movimiento, suave pero firme, invierte nuestra posición. Álex acaricia cada parte de mi cuerpo que está al descubierto, las besa, las adora. Es una mezcla de pasión y ternura que empieza a licuar mi cerebro y ya no soy capaz de crear un solo pensamiento coherente más. Solo me quedan fuerzas para dejarme llevar y sentir...

Me despierta la luz del sol, que ahora mismo da de lleno en mi cara, y, con cada nuevo segundo de conciencia, una cálida sensación se va dejando sentir por todo mi cuerpo. Pero es el olor tan bien conocido lo que me provoca una feliz sonrisa. Sé dónde estoy y, lo más importante, sé con quién estoy.

Retazos de lo ocurrido durante las últimas horas van tomando forma en mi mente y, al mismo tiempo que trato de incorporarme, noto una agradable languidez en mis músculos.

Digo «trato de incorporarme» porque no consigo hacerlo del todo. Un enorme brazo me lo impide, aplastando mi cintura contra el colchón. Pero tengo la imperiosa necesidad de ir al baño y, por muy a gusto que me encuentre ahora, sé que estaré mucho mejor después de vaciar mi vejiga. Se me puede entender, ¿verdad? Estoy en ese punto al que los curas intentaban a toda costa que no llegaras, porque justo el después, decían, era un momento de tal placer que podía considerarse pecado. Muchos de los que hemos ido a colegios de curas y monjas lo sabemos. El resto... bueno, el resto se ha perdido afirmaciones así de contundentes.

Pues eso, que necesito levantarme pero ya.

Primero, intento quitarme el brazo de encima con delicadeza. No funciona. Después, pruebo a hacerlo con un poco más de fuerza. Tampoco. En mi tercer intento, lo llamo con suavidad, a pesar de que empiezo a perder la paciencia. Pero a la cuarta... a la cuarta he perdido los papeles, las formas y hasta las fuerzas para mantener cerradas las compuertas de mi vergüenza:

—¡¡Álex!!

¡Joder con el tío! ¿No se supone que los indios viven siempre alerta? Pues a este ya le habrían arrancado los pelos de la cabellera y de... lo que no es la cabellera. Si no fuera por el sonido que hace al respirar, no he dicho roncar ¿eh?, creería que está muerto.

—¡Por todos tus antepasados hopi, haz el puñetero favor de moverte que me estoy meando!

Fenomenal, cuando me ha llevado al extremo ha sido cuando se ha despertado. Cuando he perdido todas mis buenas maneras es justo cuando me oye. ¡Me importa un pito! No puedo más.

—Rodea el vestidor. El baño está justo detrás.

Ni las gracias le doy. Ahora lo único que tengo en mente es llegar a tiempo. Y que conste que no tengo incontinencia, pero me ha pasado igual que a los perros: es oír «a la calle» y ya se vuelven locos. Pues a mí me ha ocurrido lo mismo cuando Álex ha pronunciado «baño».

Salto de la cama con la misma agilidad que Spiderman, salvando obstáculos como si no existieran. Ni el mismísimo Flash podría igualarme en velocidad. Pero me quedo petrificada en la puerta, como si me hubiera mirado una gorgona. Perdón, en la *no puerta*.

¿En serio? Que no puedo aguantarme más, que no tengo el cuerpo para tonterías ni ganas para evitar hacer ruido...

—¿Dónde está la puerta?!

—En esta casa solo existe una puerta... y no es la del baño.

¡Malditos todos los arquitectos modernos que pierden el norte diseñando casas de mierda!

¡Y seguro que se quedó tan feliz el tipo!

—Voy a ir preparando tu café...

¡Dios! Acaba de ganar treinta puntos. ¡Le adoro!

—¡Gracias!

No me da tiempo a más. Si hubiera estado en mi casa habría suspirado de placer, dedicando este momento a todos los curas de mi infancia. Pero no ha sido así. He gemido para mis adentros, casi he llorado de alegría y he recordado cuando, de niña, competía con mis amigas para ver quién tardaba más en terminar. ¿Qué? Ya he dicho hasta la saciedad que estudié en un colegio religioso. Cuanto más te prohíben, más haces. ¡Y de esta hubiera ganado a todas las chicas de la clase por goleada!

Salgo un tiempo después siendo consciente de que no llevo nada encima. Así no puedo ir a desayunar. Trato de buscar mi ropa interior, pero no soy capaz de encontrarla por ningún sitio. Y, la verdad, enfundarme un vaquero sin nada entre él y yo no es algo que me llame lo más mínimo. Me planteo la posibilidad de ponerme solo el jersey de punto, lo cual hubiera sido una opción si fuera *kingsize*. Pero es de los cortos, así que lo descarto también.

—¿Álex?

—¡En la cocina!

Ya, lo sé. Fui capaz de entenderlo entre las brumas de mi urgencia.

—¿Te importaría prestarme algo para que pueda desayunar? No encuentro mi ropa interior.

Aquel sábado marcó un antes y un después en nuestra relación. Pasar casi veinticuatro horas juntos fue maravilloso y nos sirvió para conocernos más y mejor. Me explicó la historia de su tatuaje y,

como yo creía, tiene algo que ver con él. Resulta que la cruz representa los cuatro puntos cardinales, y los círculos, las cuatro primeras tribus de la humanidad. Para él, la circunferencia que lo rodea es la forma de aunar a todos los hombres y mujeres un comienzo idéntico. O dicho de otra manera: todos venimos del mismo sitio y, por tanto, todos somos iguales. Desde entonces ha transcurrido algo más de un mes y nos separamos lo menos posible. Y sí, empiezo a creer que, tal y como me dijo un día, tenemos que estar juntos. Por el momento, nos conformamos con buscar más ratos para nosotros, aunque no es tarea fácil. ¿Que por qué? Pues porque el proyecto está funcionando a la perfección y, muchas veces, después de terminar las sesiones en la universidad con el grupo de investigación, Amaya y yo seguimos dándole vueltas en casa. Empezamos a echar de menos hablar de otras cosas, y es que nos cuesta dejar aparcado el tema una vez finaliza nuestra jornada; aún hay mucho que hacer. Sin embargo, eso es justo lo que tenemos planeado para hoy: olvidarnos del trabajo.

Por eso, me voy a casa corriendo. Tengo que subir un nuevo vídeo a YouTube: mitos de la alimentación sana. Sí... Me van a comer viva, y nunca mejor dicho. Pero estoy hasta el gorro de los extremos: ni la barrita energética y el Actimel de turno, ni el bocadillo de tofu con pan de espelta y el zumo recién exprimido. Hay un mundo intermedio en el que el almuerzo para el patio del colegio tiene cabida. Insisto: nos estamos volviendo locos.

Y en cuanto acabe, sesión de peli y palomitas.

Álex y yo estamos planeando hacer una escapada. El destino no es relevante, pero ha de ser en tren. Sí, en el AVE. Es lo único que tenemos claro. En mesa para cuatro, por supuesto. Esta vez el gasto es compartido, así que la reservaremos completa. Hemos quedado esta noche para ver qué lugar nos atrae más. Mientras termino de arreglarme, decido llamar a Sandra, que la pobre hace tiempo que se tiene que conformar con mis wasaps. Le dije que estoy muy ocupada y que apenas tengo tiempo para hablar por teléfono, lo cual es del todo cierto. Empiezo a acusar el estrés, y eso que yo nunca he tenido de esto. Es muy probable que el cambio de una ciudad pequeña a la gran urbe me esté volviendo loca. Algo que, en un principio no se me hacía muy cuesta arriba, ahora me agobia. Menos mal que casi no me quedan horas al día para pensar en ello y que el programa va viento en popa, que si no...

Sandra responde al primer tono. Es como si me estuviera esperando. Brrr... me dan escalofríos solo de pensarlo.

—¡Lau! ¿Cómo estás, corazón?

Sí, ni una pizca de rencor en su voz. Si es que, en el fondo, es un amor.

—Bien, aún adaptándome. ¿Y tú?

—Siempre contenta, ya lo sabes. Cuéntame, ¿cómo te tratan en la capital? —Le hago un pequeño resumen y se da por satisfecha—. ¿Sigues con la meditación?

¡Mierda!

—No, me es imposible, la verdad. Ya te digo que no tengo tiempo para nada.

Pongo mi mejor voz lastimera, a ver si cuela.

—Bueno, no te preocupes. Hace días que he notado que tus *vibras* son un poco bajas, así que te estoy mandando energía desde aquí. ¿Lo has notado?

¡Pero qué voy a notar! Solo hay un tipo de vibraciones que siento desde hace un tiempo y, desde luego, no es ella quien las produce.

—No sé, puede ser, pero no estoy segura.

—¡Ay, te veo tan flojita! ¿Quieres que vaya un día a verte? Una amiga de la red tiene un grupo en Lavapiés, a veces quedamos para hacer recargas energéticas.

—¿Has venido a Madrid y no me has avisado, Sandra?

—¿A Madrid? —Parece sorprendida—. ¡Qué va! Quedamos solo de forma espiritual, a una hora, un día, y nos conectamos. Tan simple como eso.

Pongo los ojos en blanco. Con esta chica todo es «espiritual». Ya debería saberlo.

—Sandra, cariño, sabes que hace unos siglos te habrían quemado en la hoguera, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero esta vida la estoy viviendo en el siglo XXI, lo que me pasara en otro momento ya no debe preocuparme.

No tiene remedio. Ninguno.

—Bueno, si eres feliz así, no seré yo quien te diga lo contrario.

—Exacto. Y, ahora, háblame de tu indio.

Demasiado estaba tardando en preguntar. Eso, si no ha investigado ya en sus cartas.

—Álex, Sandra —le aclaro, para ganar tiempo. ¿Qué puedo contarle que no le dé pie a comentar cualquier cosa esotérica?—. Lo llevamos muy bien. Con calma, sin presiones de ningún tipo.

Lo sé. Esta respuesta vale tanto para una relación como para una receta de cocido.

—Me alegro mucho, es importante que vuestras energías tengan tiempo para acoplarse. ¿Quieres que le haga la carta astral?

—Pero, Sandra, en serio, ¿tú eres psicóloga o te estás pasando al lado oscuro?

—Lau, la información es poder. ¿Qué más da de dónde venga? De este mundo, del otro... Yo necesito saber. Adoro relacionarme, eso no te pilla de sorpresa a estas alturas, pero necesito conocer a la persona con la que lo hago. —Bueno, esto que dice es comprensible—. Cuanto antes reconozcamos por qué nos cruzamos con unos y con otros, antes podremos saldar nuestras cuentas. Es importante abandonar este mundo con la mayor parte de nuestras deudas pagadas.

Vale, esto ya no lo es tanto. Empiezo a pensar que con Sandra solo tengo dos opciones: o dejo que siga en su mundo de espiritualidad, o me creo todo lo que dice y empiezo a buscar respuestas. No sé qué me va a costar más, en serio.

Sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja y me agacho para calzarme.

—¿Quieres decir que Álex y yo nos hemos cruzado para devolvernos algo?

Me suena a chiste estar preguntando esto en alto.

—Sí. O no. ¿Quién sabe? Nadie conoce la misión que tenéis en esta vida. A lo mejor os habéis juntado para lograr algo...

La cabeza empieza a darme vueltas. Es hora de despedirme.

—Sandra, tengo que colgar. Ya voy con el tiempo justo.

—Vale, belleza, saluda a Álex de mi parte. Y piensa en lo que te he dicho. Te ayudará a elegir tu camino.

Suspiro.

—Vale. En cuanto tenga un hueco. ¡Besos!

—¡Besines!

Capítulo 13

Zaragoza. Al final vamos a visitar esta ciudad. El viaje en el tren no es largo y, sobre todo, Álex tiene que probar una moto el sábado por la mañana. No es mucho, serán un par de horas, tres a lo sumo. De vuelta en Madrid debe hacer un pequeño artículo comentando la experiencia y listo. Nada complicado, según él.

Así que, aquí estamos, ocupando nuestras cuatro plazas, sentados uno frente al otro. Mi inseparable bolso de Mary Poppins descansa a mi derecha. La mochila de Álex, a su izquierda. Y dos termos en la mesa: té y café. Es una tontería, sí, pero coincidimos en que esto no podría faltar.

Nuestras manos están unidas por encima del tablero. Es romántico, lo sé. Romántico y tierno. Para algunos sería hasta empalagoso. Pero nos importa nada y menos. Es nuestra aventura y nadie más está llamado a juzgarla, por lo tanto, el que tenga problemas con esto, que mire hacia otro lado.

De repente, me doy cuenta de que los ojos de Álex están centrados en mi bolso.

—¿Pasa algo? —le pregunto con cautela. No sé por dónde puede salir.

—Me estaba fijando en el llavero. —Levanto una ceja por toda respuesta. Está claro que esto lo he aprendido de él—. Nunca me dijiste qué fue lo que se enganchó en mi pantalón aquella vez.

Wonderwoman sonríe con malicia. Lo sé, lo presiento.

—Justamente eso. La argolla grande, en concreto.

Una sonrisa traviesa asoma a su cara.

—¿Y si repetimos la escena? Así, como al descuido.

Abro los ojos como platos. ¡Que hemos pasado la edad de hacer tonterías, por favor!

—¿No estarás hablando en serio? —Encuentro esta pregunta mucho menos agresiva.

—¿Por qué no? Además, estoy seguro de que podemos hacer que sea más viral que la anterior, sin esforzarnos ni un poquito. Se me ocurren un par de ideas...

—Olvidalo, Álex.

Mi indio suspira, de forma muy ruidosa, por cierto. No me puedo creer que lo estuviera diciendo de verdad. De un solo movimiento, se levanta de su butaca y sale al pasillo. Empiezo a ponerme nerviosa. No tengo ni idea de lo que puede estar pasando por su cabeza en este momento. Sin embargo, no hace nada peligroso. Tan solo deja mi bolso en el lugar que ha ocupado hace unos segundos y se sienta a mi lado.

—¿Sabes? Tengo muchas ganas de pasar estos días contigo. Serán... diferentes.

—¿Diferentes a qué? —No sé a qué se refiere.

—Diferentes en general. No serán como cuando estamos el fin de semana juntos, en mi casa. Esto son unas minivacaciones. Nuestras primeras minivacaciones juntos.

Su mano está sobre mi muslo y crea círculos con el pulgar por encima de mi pantalón. Es un movimiento inconsciente, involuntario, pero yo no soy inmune a su tacto.

—Sí, bueno, a pesar de que tengas que trabajar mañana.

No me quejo, en absoluto. Me apetece ver en qué consiste eso de probar motos.

—Espero que no te aburras mucho durante ese rato. —Los círculos sobre mi pierna ya no son tan inocentes, acabo de darme cuenta—. Si no te apetece verlo, puedes quedarte en la cafetería del circuito.

Su tono de voz ha disminuido un poco.

—No sé, tengo... curiosidad por verte... en acción.

Se inclina sobre mi oído y su mano se vuelve más atrevida.

—Eso ya lo has hecho antes.

Vale, este no es el tipo de viaje que tenía pensado. Necesito refrescarme. La temperatura empieza a ser sofocante.

—Álex... Necesito levantarme.

—¿Por qué? ¿No estás cómoda?

Su mirada es el vivo reflejo de la santidad. ¡Menudo morro tiene!

—Sabes de sobra a qué me refiero... —Asiente con un movimiento de cabeza, pero no retira su mano de mi pierna. Es más, se inclina sobre mi cuello y deposita un ligero beso—. No podemos seguir por este camino. Deja que me levante... por favor.

Se retira apenas un poco para que pueda salir, pero es imposible hacerlo si no paso por encima de él. Y está claro que no me lo va a poner fácil. De hecho, me reta con la mirada, como si estuviera diciendo «Pues a ver cómo sales, porque yo no me pienso mover de aquí.» Menos mal que el tren está casi vacío a esta hora y el pasajero más cercano está sentado cuatro filas más allá de nosotros. Tardo menos de un segundo en decidir que no quiero perder de vista sus movimientos mientras salgo al pasillo, así que paso mi pierna izquierda por encima de las suyas. Cuando lo tengo justo debajo y estoy a punto de pasar la pierna derecha para lograr mi objetivo, acaricia mis muslos, por la parte exterior ¡gracias a Dios!, de forma sugerente y trata de retenerme unos instantes.

Tenemos que separarnos ya, porque esto no nos lleva a ningún sitio.

—Indio testarudo y cabezón, déjame salir.

A estas alturas conoce de sobra este tono, por eso levanta las manos en son de paz y me deja libre.

Salgo a la plataforma central y entro derecha en el baño. Pero no llego a cerrar la puerta. Una mano fuerte me lo impide.

—¡Álex!

Mi grito no es de sorpresa. Lo juro. Es de pura frustración y rabia. Pero le da igual. Cierra la puerta detrás de él y me mira de esa forma que tan bien conozco. Estoy perdida.

—Aún tenemos tiempo hasta que llegemos a la siguiente parada. ¿De verdad no te apetece hacer esto?

Acabo de decidir que sí, que justo esto es lo que quiero hacer. Extiendo una mano detrás de él y cierro el pestillo. Mi mirada iguala a la suya. No sé cuánto queda hasta que el tren se pare. Destierro a todas mis chicas sensatas que gritan lo incorrecto de nuestra acción y me quedo con ese pequeño grupo alborotador que me vocea «¡Hemos venido a jugar!».

Pues juguemos.

La suerte está de nuestro lado y nadie está haciendo cola para entrar cuando salimos del baño. O igual han venido y se han cansado de esperar. No lo sé. Pero de pronto me asaltan las dudas de si hay alguna cámara en este lugar del tren. ¿Y si nos han visto? Peor aún: ¿y si ya nos vieron la otra vez y ahora vienen a buscarnos por reincidentes? Que sí, que era en otro tren, con otra dirección. Pero ¿y si nos grabaron y pusieron en alerta a todas las estaciones? Como si fuéramos un par de fugitivos, vaya. ¿Esto sería escándalo público? A ver, público, público no ha sido. Que no estoy tan colgada. Pero claro, el tren sí es un lugar público. ¡Dios! ¿Qué excusa podríamos poner si nos pillan? Uf, creo que, cuando consigo sentarme en mi lugar, estoy hiperventilando.

Álex vuelve a sentarse enfrente de mí y me mira del mismo modo que cualquier macho alfa orgulloso de su hazaña. Sí, puede que con amor también, pero eso ahora mismo es secundario.

Además, Wonderwoman me mira desde el llavero con el ceño fruncido. ¿Y a esta qué le pasa ahora? Vale, acabo de pasar un momento maravilloso con mi no menos maravilloso acompañante. Y sí, he descubierto algo fantástico en la mirada de Álex. Pero yo solo soy capaz de pensar en lo débil que he sido... ¿Será eso? De un manotazo le doy la vuelta y la quito de mi vista.

No quiero hablar del tema. Yo también tengo parte de culpa en esto, así que prefiero morderme la lengua. Agarro mi termo y le doy un trago a mi café. No, no me quemo. De las experiencias desagradables aprendo rápido. ¡No soy tan tonta! Lo miro por encima del recipiente y no me esquiva. Me enfrenta.

—¿No estarás enfadada conmigo?

—No, contigo no. Estoy enfadada conmigo misma.

—Venga, no seas tan dura.

—Álex, estaba intentando comportarme como una persona madura, no como un animal en celo.

—No puedes negarme que ahora te sientes mucho mejor que hace un rato.

¡Claro que me siento mejor! ¡Se me ha bajado el calentón si es a eso a lo que se refiere! ¡Bien lo sabe él!

—Pues sí, claro que puedo. De hecho, lo hago: no me siento mejor.

Se inclina sobre la mesa y me dice bajito:

—Prometo esforzarme más esta noche.

No lo pienso dos veces y le tiro el tapón del termo a la cara. Por descarado.

No llego a darle, claro. Lo ha cogido antes de que le golpease. Sonríe y me lo devuelve. Hace amago de levantarse otra vez.

—¡Ni te muevas! Tú ya no te levantas de ahí hasta que lleguemos a Zaragoza, ¿me oyes?

Se lleva un par de dedos a la frente y se cuadra.

—Lo que usted mande, señora.

Automáticamente se relaja y empieza a hablarme de la maravilla de moto que probará mañana... Este chico es indomable...

Lo estoy pasando fatal. No sé si quiero repetir esta experiencia. Al principio, cuando he visto a Álex vestido con el traje de la moto, me ha parecido el hombre más sexi del mundo. Siempre he tenido debilidad por los uniformes, no sé por qué. Bueno, puede que esta vestimenta no sea un uniforme en sí, pero es identificativo de una profesión, ¿no? La Sandra psicóloga lo analizaría en profundidad y me diría algo relacionado con la autoridad; la parapsicóloga pensaría que tiene algo que ver con mi karma. Yo solo pienso que me gustan y no le doy más vueltas.

Pues eso, que Álex en ese mono me ha provocado muchísimo. Como sabía dónde iba a estar, me ha saludado antes de ponerse el casco, subirse a la moto y escuchar las indicaciones del equipo que lo acompaña. Y hasta ahí ha llegado mi tranquilidad. Después de eso he estado a punto de morir de un infarto unas quince veces, y parece que esto no ha terminado aún.

Miro el reloj y solo ha pasado media hora. En serio, no me veo capaz de aguantar otros noventa minutos. Las pruebas no solo consisten en velocidad, también le estoy viendo hacer frenadas bruscas, derrapes, virajes... y mil cosas más que no me gustan ni un pelo.

Cada vez que termina alguna de ellas, vuelve al punto de partida para reunirse con el equipo y, supongo, comentar la experiencia o recibir instrucciones. Y vuelta de nuevo a la pista.

Intento concentrarme en el ordenador, en el documento en el que estoy trabajando, y evito mirar lo que sucede más abajo, pero aún no he aprendido a cerrar los oídos...

Me suena el móvil un rato después. Es Álex.

—Vamos a hacer un descanso. ¿Quieres tomar un café con nosotros?

—No, gracias. Creo que prefiero quedarme aquí, adelantando trabajo. Así podréis hablar de la prueba con tranquilidad.

—Como quieras. La segunda parte la realizaremos tras el descanso, pero será más corta que esta.

—Me quedo más tranquila, la verdad.

Lo digo con ironía, claro.

—¿No te ha gustado? Está todo muy controlado. No hay nada que temer...

No estoy para nada de acuerdo, pero tampoco tiene mucho sentido rebatírselo. En este tema, sabe más que yo.

—Bueno... digamos que mi concepto de experiencias fuertes no se parece en nada a eso que has estado haciendo.

Álex se ríe al otro lado del teléfono.

—Te tengo que dejar. ¿Dónde nos vemos?

Lo pienso un momento.

—Creo que pediré un taxi para volver al hotel. ¿Nos vemos en la cafetería?

—¡Hecho! En un rato me reúno contigo allí.

Nos despedimos, me levanto y me voy. Ojos que no ven...

Capítulo 14

Por fin estoy en la cafetería del hotel, relajada, sin sufrir un segundo más por ver a Álex jugarse la vida encima de una moto. Vale, puede que no sea para tanto, pero yo lo he sentido de esta manera.

Acomodada en un mullido sofá, justo bajo la luz del sol que entra por una de las ventanas, recibo una llamada de Amaya. Quiere saber qué tal me está yendo el fin de semana... Me resulta raro. Así que se lo pregunto sin rodeos:

—May, ¿todo bien?

Lo que yo me temía: hay algo más. Me cuenta que no ha vuelto a saber nada de su ex.

—Mira, cariño —le suelto el apelativo despacito. Es mi manera de darle a entender que lo que viene a continuación no le va a gustar—, ahora que estás bien, que todo ha pasado y que has retomado tu vida, te lo tengo que decir: ese hombre, por no llamarle nada más peyorativo, es un parásito. Has vivido cuatro años con un chupóptero.

—Jolín, Laura, pues para no querer faltar, te has quedado a gusto.

—¡Qué va! Si de verdad quisiera desahogarme te diría muchas más cosas.

Bebo un traguito de la copa de vino, que he solicitado mientras espero a Álex, para morderme la lengua. Porque ganas de decirle cuatro cosas más no me faltan.

—Tienes razón, pero me cuesta soltar lastre. He encontrado algunas cosas tuyas esta mañana en el trastero, cuando he ido a hacer limpieza.

—Pues tíralo todo, sin mirar. Si fuera mi amiga Sandra te diría que lo pusieras todo en un recipiente ignífugo y le prendieras fuego. Según ella, este elemento es un símbolo de limpieza o algo así, como para empezar una nueva etapa... No sé si me convence, pero puede que funcione. ¿Por qué no lo intentas? Además, si algo sale mal, vendrán los bomberos. Igual es una forma de alegrarte la vista...

Justo en ese momento Amaya pega un grito, interrumpiendo mi lógica aplastante, pero no me da tiempo a preguntarle el motivo por el que se ha alterado tanto, porque ella interviene antes:

—Laura, lo estás leyendo, ¿verdad?

—No, May. ¿El qué?

—¿No tienes el ordenador a mano?

—No, lo he dejado en la habitación.

—Pues ya estás tardando en leer el correo.

—De acuerdo, te cuelgo y lo miro desde el móvil.

Y lo hago sin esperar una respuesta de su parte. En cuanto lo leo, solo hay una persona con la que quiero compartir mi alegría:

LAURA_12:30

Hola, indio guapo. Tengo una fantástica noticia: nos invitan a viajar a Bruselas para exponer los primeros resultados de nuestro proyecto ante la Comisión Europea. En breve se pondrán en contacto con nosotros para aclararnos en qué consistirá todo.

ÁLEX_12:31

¿En serio?! ¡Enhorabuena! Esto tenemos que celebrarlo. En media hora terminamos y voy para allá.

Suena el teléfono de nuevo y contesto sin mirar quién llama.

—Hola, belleza.

Es Sandra, sí, pero su voz no suena como siempre; esto me preocupa. Me enderezo en la butaca y me pongo alerta. Si Sandra no está animada, es que el fin del mundo se acerca.

—Hola, Sandra. ¿Estás bien?

Tarda un poco más de lo habitual en responder.

—Me estoy quedando sin energía, cariño... No alcanzo a conectar con el universo...

¡Ay, Dios! ¡Que se me va a morir!

—Sandra, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa? No me asustes, por favor.

—Miguel, el mecánico... El que me arregló el coche hace un año o así. ¿Lo recuerdas?

No, no lo recuerdo, pero empiezo a preocuparme.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Ha abandonado mi red, dice que somos todos una panda de pirados...

No puede seguir hablando y se echa a llorar.

Debería cabrearme por el susto que me ha dado, pero entiendo que, para ella, un hecho como este es casi tan terrible como la muerte. Peor, porque la muerte no es el final, es el principio. Que lo dice Sandra, no yo.

—Tranquila, Sandra, tranquila. —¿Qué le digo yo ahora?—. Será que este no era su camino... Igual... igual no era esto lo que tenía que aprender en esta vida. O lo mismo ya ha cumplido su deuda...

¡Menos mal que soy una chica con recursos!

—Lo he pensado, Lau. —Se suena la nariz de forma ruidosa al otro lado del teléfono—... Pero es la primera vez que me ocurre esto. Es como si... como si hubiera perdido un paciente en la mesa de operaciones.

Sí, Sandra es muy dramática cuando quiere. Pero es que ella es así. Lo siente todo a lo grande.

—Corazón, yo no soy psicóloga, no sé qué puedo decirte para ayudar en este instante.

Me siento muy mal.

—Nada, en estos momentos solo necesito sentirme escuchada y llorar. Las lágrimas son una manera de limpiarnos. En cuanto termine, será como si me hubiera dado una ducha en profundidad.

—Ah, bueno, pues entonces tampoco es tan grave—. Y tú, ¿qué tal? ¿Y tu indio?

—Yo muy bien. Estoy esperando a mi indio, como tú dices, en la cafetería. Está terminando de probar una moto. Yo me he vuelto al hotel porque mi corazón no podía aguantar la tensión de verlo en peligro cada dos por tres.

Silencio. Un segundo, dos, tres.

—Esto es... extraño.

—No, nada de eso, Sandra. Si tú hubieras visto lo mismo que yo, también te pasaría. Es de locos el trabajo que tiene. No sé si podré quedarme tranquila cada vez que se vaya a hacer esto.

—Sí, he empezado a hablar sin detenerme. Se ve que mis chicas han activado el modo paranoico-esquizofrénica y ya no puedo parar—. En cada curva creía que iba a dejarse los sesos en el suelo. Y yo me pregunto ¿por qué hay que probar una moto hasta ese extremo? ¿No vale con saber si es ergonómica, eficiente a nivel ecológico y si tiene una conducción suave? ¿No es eso lo que buscaría un conductor responsable? Ay, Dios, Sandra... Que lo pienso de nuevo y vuelvo a quedarme a punto del infarto...

—Ya... Me refiero a que es extraño porque la última vez que hablé contigo no estabas tan «pillada», según tus propias palabras. Y yo venga a decirte que mi energía os notaba juntos para los restos de los restos, y tú venga a negar la mayor... ¿Qué tienes ahora que decir, amiga?

—Pues... que hace tiempo de eso y que, desde entonces, nos hemos conocido mejor... No sé, Sandra...

—Bueno, el amor es algo maravilloso. Así que, dime ¿estás tranquila y confiada?

Buena pregunta.

—Pues la verdad es que no lo sé. Ahora que lo he dicho en alto no sé cómo me siento. Asustada, supongo. Este es el punto en el que debería plantearme a qué lugar me lleva esto, ¿no? Ya no tengo edad para andarme con rolletes de unos meses y olvidarme. Debería decidir si quiero algo serio o no...

Lo dejo en el aire, a ver si Sandra, en su infinita sabiduría cósmica y espiritual, puede aportar algo de luz a mi oscuridad.

Uy, parece que yo también me he dejado llevar...

—La vida no está para buscar respuestas, Lau. La vida es para disfrutarla y encontrar enseñanzas a cada paso. Este es tu camino, tu aprendizaje. Yo no puedo hacer más que informarte...

Sí, esta es Sandra. Mi pequeño Yoda particular.

—¿Quieres que organicemos un aquelarre el próximo fin de semana y equilibramos nuestra aura? Lo necesitamos, nena, no te niegues.

Lo pienso un segundo. Solo el tiempo justo para recordar lo bien que lo pasamos la otra vez.

—¡Hecho! Pero no sé dónde vamos a localizar un sitio para tanta gente en menos de una semana. Que la suerte de encontrar casa para catorce, como en la última ocasión, no creo que se repita...

—Es cuestión de pedir al cosmos. ¡Déjalo en mi mano! Además, dependiendo de dónde encuentre la casa, lo mismo nos podemos ir juntas desde Madrid. He descubierto un nuevo juguete sexual que es la bomba...

Y... así es como Sandra ha vuelto a entrar en contacto con el universo. A través del sexo. Su problema ya está solucionado. Ya veremos qué pasa con el mío...

Apenas un minuto después, mi móvil vibra con una nueva notificación de WhatsApp:

Sandra creó el grupo «Aquelarre sanador».

Y al segundo siguiente:

Sandra te añadió.

Y entonces se desata el pandemónium. Un sinfín de mensajes comienzan a colapsar mi teléfono y, quince minutos después, el grupo de WhatsApp está que arde. Tenemos muy pocos días para ponernos de acuerdo y concretar cuántas vamos a ir. Yo he hecho algunas averiguaciones por internet y, como mínimo, si Sandra viene a Madrid, ella y yo tenemos el transporte asegurado. He intentado convencer a Amaya, pero creo que se ha asustado un poco. Lo mismo es preferible que conozca a mi amiga en otro ambiente que no se parezca a una fiesta de brujas. Tendré que organizar algo más adelante.

Como nadie se pone de acuerdo, aparto el teléfono y me desentiendo de los planes. Sé que en menos de media hora tendré cientos de mensajes por leer y la conclusión será la misma: nada. Así que, me pongo cómoda y disfruto de la noticia mientras espero a Álex. Mi chico está a punto de llegar y tenemos algo que celebrar...

El viaje a Zaragoza, exceptuando el momento del circuito, ha sido estupendo. Hemos disfrutado al máximo de este tiempo juntos, recorriendo sus calles y haciéndonos fotos en cada rincón.

Frío también hemos pasado un rato, pero bueno, no nos ha costado nada encontrar la forma de entrar en calor.

El trayecto de vuelta también ha transcurrido sin sorpresas ni sobresaltos... de ningún tipo, y ahora estamos cada uno en nuestra cama, separados...

Cada vez me gusta menos que esto ocurra. En un momento determinado, Álex me soltó que lo natural es que me mude con él, pero no lo veo claro. Hay muchas cosas que tengo que tratar con Amaya y que discutimos al llegar a casa, después de las reuniones con el grupo. Es un tiempo precioso que nos ahorra mucho trabajo después. Si no fuera así, tendríamos que trasladar estos

momentos a... a no sé cuándo, porque ya no nos quedan casi horas libres. Al fin de semana, probablemente. Y no, eso sí que tengo claro que no va a pasar. Los sábados y los domingos no hay trabajo que pueda quitarme los ratos que pasamos juntos Álex y yo. Por eso, lo pongo en una balanza, y creo que lo más sensato es lo que estoy haciendo, aunque en el fondo una parte de mí quiera aceptar lo que me mi indio me pide.

Por otro lado, la voz de Sandra no deja de martirizarme y no paro de oír en mi cabeza que la vida es para disfrutarla. Y yo lo que quiero es hacerlo junto a Álex. Cada día lo tengo más claro.

Pero es una decisión difícil. La convivencia no suele ser fácil y yo llevo mucho tiempo ya viviendo sola. Tengo mis manías, mis formas de hacer las cosas... y supongo que Álex también. ¿Y si lo intentamos y no funciona? ¿Y si se estropea esto que estamos comenzando?

Cierro los ojos e intento dormir, aunque en mi cabeza ahora mismo hay una auténtica batalla campal: de un lado, las chicas incondicionales a mí, a mi trabajo, a la razón, a dejar las cosas como están; de otro, las que se han declarado fervientes seguidoras de mis sentimientos, de mi corazón, las que anhelan descansar cada noche abrazadas por un indio grande, con un par de tatuajes geniales y tan amoroso como un osito de peluche... a pesar de que yo odie los osos de peluche. Este enfrentamiento promete ser largo y yo tengo sueño. Veremos mañana quién ha ganado.

Pues al final me he levantado en tablas. Así que he decidido dejar la cuestión para más adelante. Esta mañana tenemos que comunicar al resto del equipo que viajaremos a Bruselas y hemos de decidir quiénes lo harán. No podemos presentarnos allí todos. Lo debatiremos, por supuesto, pero lo más sensato es que el grupo lo conformen un maestro, un representante de los alumnos y otro de los padres, un par de miembros de los que iniciaron el proyecto con Amaya y conmigo, y una de nosotras, claro.

A punto de entrar en el aula donde nos reunimos, me doy cuenta de que estoy nerviosa. Va a comenzar el viaje por el que llevo tantos años luchando. Horas y horas de insomnio, de preocupaciones, de cabreos y de sentimientos encontrados por fin van a verse recompensadas.

Siento un pequeño tirón en el corazón y noto que me sudan las manos. No sé si estoy sufriendo un momento de pánico o uno de desbordante emoción, pero no puedo dejar que esto me desestabilice. No ahora que voy a comunicar a mi equipo la gran noticia. Se merecen este momento. Nos merecemos este premio. Y, de verdad de la buena, que un montón de niños se verán beneficiados. Un gran grupo que integrará la sociedad del mañana llevará nuestra impronta. Un montón de chavales...

«Para, Laura. Ni eres Martin Luther King ni vas a salvar el planeta».

Sí, así soy yo, cuando me emociono música épica suena en mi cabeza, me veo con la melena al viento, resurgiendo de una nube de polvo que se va desvaneciendo bajo mis pies, dándome el

aspecto de la salvadora de la humanidad... Wonderwoman en estado puro...

Me paso de vueltas, lo sé.

—Jefa, ¿entras o qué?

La música épica acaba de ser sustituida por el chirriar de un disco de vinilo rayado. La puerta de nuestra sala tiene un cristal transparente en el centro y todo mi equipo ha debido de verme ahí, totalmente pasmada, con la mano en el picaporte, la puerta entornada y sin decidirme a entrar.

Carraspeo para aclararme la garganta.

—Sí, claro, Bruno. Tengo algo que deciros.

Tras sentarme en la silla que me corresponde, les doy la noticia sin rodeos. No me gusta perder el tiempo en estos momentos y, al fin y al cabo, la espera no lo haría más interesante. Así que lo suelto a bocajarro, pero todos me miran sin dar crédito... Si es que le dije a Amaya que fuera ella quien diera la noticia cuando llegara esta mañana, que lleva con ellos desde hace una hora. Pero no, quería esperar a que yo terminara mi clase para hacerlo público... Menos mal que mi compañera interviene e irrumpe en aplausos, rompiendo la tensión que se ha creado. Entonces sí, el aula se convierte en un festival de besos y abrazos y acabamos celebrándolo en la cafetería de la universidad.

Miro a mis compañeros y veo sus rostros felices: algunos, comparten por teléfono la noticia; otros, insisten en hacerse fotos para inmortalizar el momento...

Amaya choca su taza de café con la mía.

—Lo logramos, Lau.

Cuatro días después estoy en un tren, con Sandra, de camino a Soria y escuchando la maravillosa vida sexual de mi amiga con su nuevo aparatito. Según ella, es un auténtico quitapenas y cree que debería probarlo. Pero, en mi caso, para dejar fluir todo el estrés que estos últimos años de intenso trabajo han generado.

—Es un modo como otro cualquiera de liberar tensiones, Lau. Además, este no hace daño a nadie. Mira.

Abre su bolso y me obliga a echar un vistazo. Levanto la cabeza y la observo tratando de adivinar qué tiene mi amiga en su mente.

—¿Y todo esto ha pasado por el control de equipaje del AVE y no han saltado las alarmas?

—No, ninguna. No infringen ni una sola de las normas de seguridad vigentes y, además, si fuera por mí, serían un bien de primera necesidad.

Cierra su bolso, muy digna, y mira al frente levantando la barbilla, desafiando al mundo a que le lleve la contraria.

—¡Sandra, llevas ahí material para organizar un tapersex en toda regla!

—No tengo intención de organizar nada. Solo pretendo ilustraros en el tema, y convencersos de

que hay otros modos de descargar adrenalina lejos de la agresividad verbal que tanto os gusta utilizar.

Sigo mirándola anonadada.

—La violencia solo genera más violencia, Laura. Necesitamos mucha más paz en este mundo para poder ser libres en nuestra siguiente vida.

Y sí, con este panorama es con el que llegamos a nuestro destino, un buen rato después.

—¡Mira! ¡Ahí están! —le digo.

Y Sandra, como siempre, todo discreción, empieza a gritar al grupo de chicas que nos esperan a la salida de la estación, para dirigirnos todas juntas a la casa. Ha prohibido a la avanzadilla entrar antes que ella: tiene que realizar *el ritual*.

—Vamos, vamos, que me muero de impaciencia por enseñaros lo que llevo en el bolso.

Cualquier cosa que Sandra quiera enseñar genera muchísima expectación. Todas las seguimos sin rechistar y con el buen humor hasta los topes.

Capítulo 15

El fin de semana con las chicas ha sido... intenso. E instructivo.

Tal y como Sandra me anticipó, nos iluminó con mil y una maneras de descargar todo tipo de estrés mediante el sexo. Pero... antes tuvimos que conectar con la energía femenina que llevamos dentro... Sí, tal cual.

Resulta que la primera noche tuvo lugar un eclipse de luna y el universo nos brindaba una ocasión especial para cerrar un ciclo y comenzar una nueva etapa. Por lo que se ve, era el momento propicio para vibrar y dejar fluir la energía pensando en lo que queremos dejar atrás...

Así que, dicho y hecho. Tras una fantástica cena orgánica y respetuosa con la Madre Tierra, y unos cuantos vinitos, Sandra tomó la palabra como si estuviéramos en una terapia de grupo:

—Queridas y poderosas mujeres, unamos, bajo el influjo de este eclipse lunar, nuestras energías para limpiarnos y purificarnos, descubriendo juntas el poder de nuestra sexualidad... Presentémonos ante nuestras hermanas y entreguémonos a ellas...

Prometo que, por un segundo, tuve miedo de que mi amiga hubiera perdido del todo la cabeza y planeara una sesión grupal de autoexploración, allí, en mitad de un pueblo perdido de Soria, con un frío de tres pares y ante la atenta mirada de toda la fauna y la flora del lugar... Pero no. Para mi tranquilidad, solo se trataba de hablar sobre nosotras mismas, nuestros problemas y nuestras alegrías. Aunque claro, tras comprobar todo el arsenal armamentístico-sexual que Sandra guardaba en su bolso, se nos empezó a ir de las manos y acabó pidiendo por internet —con su móvil, claro, porque resulta que la tía nos los requisó a todas pero ella no se deshizo del suyo, y esto es algo de lo que tendremos que hablar para el próximo aquelarre, por supuesto— no sé cuántos juguetitos sexuales para cada una de nosotras, que serán entregados en su destino durante los próximos días. Eso sí, atendiendo a nuestras particularidades psicológicas. Que mi amiga es, ante todo, una grandísima profesional...

Y hoy, tras llegar a Madrid a las mil, despedirme de Sandra en el vagón y descender al andén, he recibido el mejor aliciente para asegurarme de que todos esos lastres de los que me despedí en el aquelarre no vuelvan a mí: un indio me ha venido a recoger.

—Despierta, *unangwa*, o perderás el avión.

La voz de Álex consigue, a duras penas, sacarme del sopor en el que me encuentro.

Es martes, día de suerte. Y hoy estoy más convencida de ello que nunca. Partimos hacia Bruselas y, como debí de darle a la luna más energía de la recomendada —cosas de ser una novata en esto de las energías cósmicas—, desde que llegué el domingo por la noche no he conseguido descansar en condiciones.

Vale, puede que el afán de Álex por demostrarme que nuestro destino es estar juntos tenga algo que ver. Reconozco que traté de poner mil excusas a cada uno de sus razonamientos, solo por el simple hecho de asegurarme de que es el paso acertado. Sin embargo, en lo más profundo de mí sé que esto es justo lo que quiero: acostarme y levantarme con él cada día del resto de mi vida. Así de intenso. Al final, y solo por hacerme la dura un poquito más, me dormí anoche con una promesa a medias en los labios:

—Solo dame tiempo para que ponga cada cosa en su lugar.

Y así, esta mañana, me levanto de la cama con un maravilloso beso de buenos días.

—Álex, en algún momento habrás de aclararme qué me estás llamando.

—Ok.

Lo miro sentada en el borde de la cama y levanto una ceja, tal y como le he visto hacer en multitud de ocasiones, pero no añade nada más. Sabe perfectamente que no me gusta esperar.

—¿Y?

—Y el café se te está enfriando.

Según termina de decirlo, se da la vuelta. Solo lleva puesto un pantalón de pijama de algodón, negro, de pernera ancha y largo hasta los tobillos. Al marcharse a la cocina lo hace metiendo las manos en los bolsillos y ofreciéndome la espectacular vista de su espalda. El pelo, que ya le ha crecido casi hasta los hombros, se mueve de forma cadenciosa al ritmo de sus pasos. Se me hace la boca agua y, una vez más, me pregunto cuál de mis chicas ha convencido a las demás de que no puedo tomar una decisión hasta que vuelva...

—Es una palabra hopi, ¿verdad?

No puedo resistirme a recibir un mínimo de información. Y él, antes de desaparecer de camino a la cocina, asiente con la cabeza.

—Verdad. Pero no me puedo creer que aún no lo hayas buscado en Google.

A punto he estado un montón de veces, pero, por alguna extraña razón que desconozco, puede que fruto de la misma chica rebelde de mi cabeza, me he opuesto a ello.

—¡Prefiero que me lo digas tú! —Levanto un poco la voz para hacerme oír, porque no ha esperado a escuchar mi motivo y ha salido ya de la habitación.

Como no obtengo respuesta, salgo corriendo detrás de él y, de un salto, me subo a su espalda. Es un acto infantil, lo sé, pero me encanta hacerlo. Por encima de su hombro, me guiña el ojo y continúa caminando hasta depositarme en uno de los taburetes de la cocina.

—De acuerdo. Solo dame tiempo para que ponga cada cosa en su lugar.

Acabamos de bajar del taxi que nos ha dejado en el aeropuerto Adolfo Suárez. Álex coge mi maleta de cuatro ruedas, esta vez llena de ropa, y me ofrece la mano que le queda libre, con la palma hacia arriba. Al segundo, me cuelgo mi inseparable bolso del hombro y entrelazo mis dedos con los suyos y, así, cruzamos las puertas de entrada. Tengo una sensación agrídulce que me cuesta aceptar por lo que significa. Evidentemente, de un lado está la alegría de que por fin ha llegado el gran momento por el que Amaya, el resto del equipo y yo hemos trabajado tanto. Pero, por otro, Álex y yo vamos a separarnos por cinco días.

Sí, no es mucho, lo sé. Ni me voy al fin del mundo. Pero es nuestra primera separación desde que esta relación que hemos comenzado ha tomado tintes más serios. A ver, que estamos en la fase empalagosa, hombre. Que esto es lo que tiene que ocurrir, ¿verdad?

Bueno, para ser sincera, tengo que admitir que también sé que a la vuelta habré de tomar una decisión. Una vez que el proyecto ya está presentado y camina solo, aunque hay que seguir trabajando en él, ya no requerirá que nos juntemos tantos días. Tan solo las reuniones ordinarias que quedarán estipuladas a la vuelta. Supongo que, a partir de ese momento, podré organizarme mucho mejor y llevaré un horario más regular... Vamos, que se me acabarán las excusas para seguir viviendo con Amaya y no hacerlo con Álex.

Y me aterra. Es una soberana tontería, además de una reacción inmadura por mi parte. Pero, en serio, me da miedo que todo se vaya al garete...

No puedo pensar más. Ya a lo lejos veo el mostrador de nuestra compañía y me parece reconocer en la cola a los integrantes del grupo que viajaremos, ya preparados para facturar. En cuanto nos unamos a ellos tendré que presentar a Álex. ¿Y qué voy a decir? Mis chicas empiezan a revolucionarse porque no sabemos cómo hacerlo... ¿Mi novio? ¿Mi pareja? ¿Mi chico? La más sensata de todas, Wonderwoman, acaba de soltarme una colleja y no puedo más que agradecersele. Estaba a punto de colapsar por una tontería... Lo achaco a la falta de sueño y avanzo con pasos seguros hasta ellos.

—Buenos días a todos. —Luzco mi mejor sonrisa y me lanzo de cabeza, sin soltar la mano de mi hopi—. Chicos, este es Álex, mi novio.

¡Ole yo! Acabo de matar a todos mis demonios de un solo golpe. Toda una declaración de intenciones. ¡Bien por mí!

Me giro para informar a *mi novio* del nombre de mis acompañantes... y me encuentro con unos ojos negros, profundos como una noche sin luna —sí, tal cual. Puede que suene poético, pero ahora mismo da un poquito de yuyu—, que me miran asombrados.

—Álex... ellos son... Manuela y Miriam, Javier, Bruno y Nadia...

Vale, ¿qué está pasando aquí? ¿He metido la pata?

Todos se saludan con mucha amabilidad, pero Álex no me suelta. Ha llegado mi turno y, tras recuperar mi mano para poder facturar, al tiempo que un montón de mis chicas empiezan a

comerse las uñas, provocando así que yo esté a punto de entrar en pánico, completo los trámites frente al mostrador y salgo de la fila para unirme al resto del grupo.

Álex me sigue, busca mi mano y vuelve a agarrarla, pero no dice nada. Tampoco muestra la más mínima señal de estar molesto por cómo lo he presentado. O contento. Ya puestos me da igual cómo se sienta, pero yo necesito saber qué pasa por su cabeza.

Llegamos al control de pasajeros... Vale, aquí es donde nos despedimos. Como los demás han venido solos, no tienen que decirle adiós a nadie, salvo a ¿mi novio?, que les desea buen viaje. Supongo que habrán pensado que es mejor dejarnos intimidad en este momento, porque no me esperan.

—Bueno...

Escueto, sí, pero es que no sé qué decir.

—Laura...

—¿Sí?

A punto estoy de colocarme las manos sobre la cabeza y tirarme al suelo en posición fetal, para minimizar el daño de la bomba que se va a estrellar contra mí.

Sin embargo, nada tan catastrófico sucede. Álex rodea mi cara con sus manos y me sonrío, feliz, justo antes de darme un beso de película.

—Te echaré de menos, *unangwa*. Avísame cuando llegues.

—¿Todo bien?

Ya, es una pregunta estúpida, sobre todo teniendo en cuenta que no deja de sonreír, pero es que no entiendo lo que está ocurriendo. Primero me mira raro y, ahora, la mar de contento...

—Todo perfecto. Las cosas empiezan a ocupar su lugar...

Un éxito. Nuestro viaje a Bruselas ha sido todo un éxito.

Las sesiones han ido de maravilla. La intervención de Manuela, la madre, ha sido brillante. Y la de Miriam, nuestra alumna, también. La pobre estaba tan nerviosa que le ha costado hasta tres veces encontrar las fuerzas para comenzar a hablar. Encima, saber que se estaba grabando todo no la ha ayudado en absoluto. Pero es una chica valiente y, al final, lo ha hecho muy bien. Y Javier, el representante de los profesores, lo ha bordado y ha estado la mar de acertado comentando el gran cambio de actitud de los alumnos después de unos meses trabajando según este proyecto, así como la fantástica evolución académica de los dos grupos y el alto grado de implicación de las familias. A Bruno, a Nadia y a mí nos ha tocado la parte más técnica, la más fea, pero al terminar todo el mundo ha quedado muy satisfecho.

Así que, al concluir nuestro propósito aquí, tenemos un subidón que no nos cabe en el cuerpo.

Hemos quedado en tomarnos un descansito de una hora y media y vernos después de ese tiempo en el restaurante del hotel. Queremos tener una cena relajada, que bastantes nervios hemos pasado

ya durante estos días, y marcharnos a dormir pronto. Bueno, no todo ha sido trabajar. Algo de turismo hemos hecho, pero las cuatro cosas más típicas, ya se sabe: la Grand Place, la Catedral, el Atomium y poco más. Hubiéramos podido visitar alguna otra cosa si no fuera porque nos perdimos buscando el dichoso Manneken Pis. A ver, que encontrarlo, lo encontramos, pero después de pasar un montón de veces delante de él y no reconocerlo. Y es que no abulta más de sesenta centímetros, y con lo nerviosos que hemos estado todos durante el viaje, como para andar buscando una aguja en un pajar... Nada, que entre vuelta y vuelta nos liamos a comprar chocolate, a comer gofres y probar patatas fritas en cada puesto. Sí, lo sé. Demasiado típico para una amante de romper tópicos... El caso es que mañana nos toca madrugar de nuevo pero, esta vez, para regresar a casa. Y por eso Nadia y yo nos vamos a la habitación, que debemos hablar con el grupo, como cada día desde que hemos llegado, para contarles qué tal ha ido. Además, yo quiero aprovechar a dormir un pelín, a darme una ducha relajante y a hablar con mi chico.

Cuando ya veo que tiene pinta de alargarse demasiado, dejo a Nadia al mando y me meto en la ducha. Me toca renunciar también a la minisiesta que me iba a regalar... Empiezo a enfurruñarme, no me gusta que se me descoloquen los planes.

Debajo del grifo, con el chorro de agua caliente golpeando sin piedad mis hombros, pienso en que, tras esto, todo lo que tenía pendiente de solucionar ya está zanjado. Y es una sensación fantástica eso de quitarse un peso de encima. Ya solo me queda un puente que cruzar...

De pronto, no me interesa relajarme en la ducha. Necesito hablar con él. Termino lo más deprisa posible y, cuando salgo del baño, envuelta aún en la toalla, me lanzo a por el móvil, lo desbloqueo con un solo gesto y compruebo si tengo noticias suyas. Solo un mensaje:

ÁLEX_20:12

¿A qué hora llegas mañana?

Tras dar un rápido vistazo al billete de vuelta, le confirmo la hora de aterrizaje.

ÁLEX_20:31

Allí estaré.

Después de un rato intercambiando las noticias, me despido de Álex y termino de arreglarme. Voy con el tiempo justo.

¡Qué ganas tenía de aterrizar! El vuelo ha sido desagradable, por no decir algo peor. Hemos tenido turbulencias durante la mayor parte del viaje. Pero, por fin, estamos en casa.

Cuando llegamos a recoger el equipaje, mi maleta sale de las primeras, por lo que no tengo que esperar. Les pregunto si les importa que vaya saliendo, y está claro que saben que alguien me espera, porque sonrían y me animan a marchar, así que me despido del grupo deseando salir y que

se abran las puertas para lanzarme sobre él. Han sido demasiados días separados, y eso solo quiere decir una cosa...

Camino en dirección a la salida. Me siento como una estrella en su primera aparición pública. Sí, así de diva me he levantado hoy. No todos los días una tiene la oportunidad de que el hombre de su vida la reciba tras unas puertas de aeropuerto. La situación tiene un halo romántico que me encanta. Y yo, una cantidad de mariposas en el estómago que me siento hasta ridícula. Sé cuál es el motivo: he puesto cada cosa en su lugar.

Ya llego, luzco mi mejor sonrisa, no creo que tarde ni un segundo en distinguir sus facciones entre la gente. Las puertas se abren... y ahí está él, esperándome sonriente, dispuesto a estrujarme entre sus brazos. Unos segundos después de separarnos, me dice al oído la única frase que puede alterarme más de lo que ya estoy:

—Bienvenida a casa, *unangwa*.

Está jugando sucio, lo sé. Pero no me importa.

Este trayecto en taxi hasta su apartamento es casi profético. Es un billete hacia mi destino. Es el viaje que separa mi pasado de mi futuro, el final del hilo que las Moiras tejieron para mí, el puente hacia lo desconocido, el...

«Vale, aterriza ya, que se te ha ido del todo la cabeza».

Lo sé, es que no puedo esperar a comunicarle a Álex mi decisión. Menos mal que hemos llegado a su casa.

Entramos en el salón y, mientras él se asegura de que la puerta quede cerrada, contemplo cada uno de sus movimientos, y después, cada uno de los pasos que le llevan hacia mí.

—¿Y bien? ¿Dónde dejarás tu maleta?

Es una pregunta con doble sentido, lo sé. Y estoy preparada.

—En su lugar: justo al lado de tu *unangwa*.

Su risa profunda se me contagia. Sé que no se esperaba esto.

—Así que no has podido resistirte...

—No, ya he pasado demasiadas horas de incertidumbre.

Álex me abraza por la cintura y se inclina sobre mi cuello. Sus manos se han introducido bajo mi camiseta y comienza a acariciarme despacio, hacia arriba y hacia abajo...

—Y yo he pasado demasiados días sin besarte.

Empiezo a dejarme llevar...

—*Unangwa*...

La voz de Álex sobre mi oído me recuerda una cosa.

—Tengo una pregunta.

—Adelante...

—¿Dónde aprendiste a hablar la lengua de tus ancestros hopi?

Se separa de mi cuerpo lo justo para poder mirarme a los ojos.

—Me encantaría poder decirte que lo transmitieron mis antepasados de generación en generación hasta llegar hasta mí... Pero todo mi conocimiento se reduce a esa sola palabra.

Levanto una ceja. No, las dos. Y más no porque no las tengo. Ahora sí que me he quedado sorprendida. No entiendo nada.

—*San Google...*

Epílogo

Una agradable música trata de hacerse un hueco en mi cerebro y de que le preste atención... Y lo hago, abriendo los ojos poco a poco, descubriendo que los villancicos también tienen su versión country, estilo musical al que me he aficionado, porque aquel bar al que Álex me llevó la primera vez se ha convertido en un lugar que frecuentamos a menudo, y en el que me siento muy cómoda. Es tranquilo, salvo en los momentos en los que, quienes estamos allí, nos venimos arriba, pero se puede hablar sin tener que dejarse la voz y sentarse con tranquilidad sin necesidad de pelearse por una silla. Además, también me he aficionado a la zarzaparrilla, tiene un sabor peculiar que me encanta... Como me encanta la sensación que me llega ahora mismo desde la espalda... Álex está dejando un delicioso rastro de besos por mi columna...

—Si continúas por ese camino, no vas a conseguir que me levante de la cama en todo el día...

—Sería un magnífico plan si no fuera porque tenemos mucho que preparar...

Al momento, las chicas de mi cabeza aparecen vestidas de rojo y blanco, bailando al ritmo de la música country que se oye en la habitación, recordándome que hoy tendremos invitados en casa para celebrar estas fiestas navideñas.

—Está bien, entonces que solo sea en la próxima hora...

—¡Ay, Lau! Que, de esta, mi *red* sube de nivel...

Sí, Sandra es una de las personas que han venido a cenar a casa. Y está tan emocionada por lo que ve, que no para de sonreír. Bueno, por eso y porque no deja de darle al limoncello.

—Sandra, corazón, dos cosas te voy a decir: una, que comas algo antes de seguir con los chupitos; y dos, que aquí hay gente muy... te diré *terrenal* para que me entiendas. Así que, despliega tus encantos con cautela, no vaya a ser que te lleves un disgusto, ¿ok?

Así es. Hoy nos hemos juntados unos cuantos en nuestra casa. Según me contó Álex, él y sus amigos más íntimos se reúnen a finales del año para cenar todos juntos. Esta vez no podía ser diferente, pero quería que los conociera, con lo que, de reservar mesa para cinco el año pasado, han terminado organizando una fiesta para seis aquí. Sin embargo, como Sandra y yo también solemos juntarnos en estas fechas, y Amaya sigue más mustia que una acelga pocha, las animé a

unirse a nosotros y ahora mismo somos ocho.

—Pues no te creas que me voy a quedar con las ganas. En este instante empiezo a extender mis tentáculos...

Y, dejándome con la palabra en la boca, mi amiga comienza a poner en marcha su plan.

Amaya está sentada en el sofá, charlando animadamente con Lucas, el amigo arquitecto de Álex, con el que, por cierto, al poco de mudarme tuve un par de palabras acerca del diseño de esta casa. Sí, exacto, sobre la puerta del baño... Y, tras contactar con él, arreglamos este pequeño problema. Además, ha aceptado cobrarnos una cuota mensual en concepto de alquiler, porque ahora que Álex y yo vivimos juntos, es lo justo.

Como mi amiga parece un poco más contenta que cuando vino, paseo la mirada por la habitación buscando a mi chico. Y lo localizo hablando con Daren y Raúl, sus otros dos amigos. Daren es un tipo altísimo, seguro que alcanza el metro noventa sin problema, de origen keniano, y que levanta pasiones por donde pasa, estoy convencida. Raúl, el otro chico que está hablando con Álex en este momento, tiene un estilo más *grunge*, más desenfadado, pero muy atractivo a la vez.

Y el quinto en discordia es Marc, y es con el que, en este instante, Sandra está en negociaciones para incluirlo en su *red*.

Muevo la cabeza de un lado al otro... Como mi amiga consiga encontrar un solo resquicio por el que entrar, el pobre está perdido...

Me acerco a la isla de la cocina para servirme una copa de vino tinto y, justo cuando voy a beber un traguito, un olor de sobra conocido me advierte de la presencia de Álex exactamente detrás de mí.

—¿Nos haces una foto a los chicos y a mí, Laura? Todos los años immortalizamos esta cena.

Me doy la vuelta hasta quedar de frente a él, entre sus brazos.

—Solo si luego nos retratas a nosotras. Puede ser divertido observar si el año que viene hay algún cambio entre todos nosotros.

Tras un beso que promete mucho más que un par de clics de la cámara fotográfica, se acercan los cinco al sofá. Resulta un grupo, cuando menos, pintoresco: el primero, un indio de pelo largo, sonrisa sensual y mirada penetrante, sentado con comodidad, recostado en el respaldo; a su lado, ocupando el resto del asiento, un negro inmenso, de aspecto fiero pero de ojos tiernos; detrás, apoyando una mano en el hombro de Álex, Marc, un hombre guapísimo, amante de la moda y que viste a la perfección; en la misma posición, mostrando una gran camaradería, pero en el otro extremo del sofá y haciendo un inmenso contraste con Daren, Lucas, un rubio casi platino, de ojos claros y cara de niño; y en el centro entre estos dos últimos, otorgando un aire desenfadado a la imagen y pasando los brazos alrededor de los hombros de sus amigos, Raúl, con su pelo ondulado, algo largo, cayéndole como al descuido sobre los hombros, con su sencilla camiseta de algodón y sus vaqueros desgastados.

Desde luego, no me extraña que Sandra crea que este quinteto puede hacer a su red subir de nivel...

Por fin estamos en la cama... Ha sido un día agotador, pero me lo he pasado genial. Todos hemos congeniado muy bien, y ahora, después de haber colocado por el salón lo que cada uno se ha traído para dormir, porque no es sensato salir a la carretera después de todo lo que hemos brindado, Álex y yo nos abrazamos debajo del cobertor. Al principio, mi hopi quería dejarnos la cama a las tres mujeres, pero Sandra rechazó de lleno perder la oportunidad de acostarse entre los chicos, «juntos, pero no revueltos», como ella misma dijo. Amaya se aseguró de que el sofá fuera para ella, y los amigos de Álex no pusieron ningún impedimento.

—Me encanta verte así...

—Así ¿cómo?

No sé a qué se refiere y, la verdad, mi cabeza no está para adivinanzas. Estoy muy cansada.

—Contenta, sin presión, relajada... ¿Te has divertido?

—Sí, mucho. Sois un grupo muy... peculiar.

—¿Peculiar? ¿En qué sentido?

—Sois como muy perfectos para un anuncio de Benetton.

La profunda risa de Álex me provoca cosquillas en el estómago. Bueno, su risa y las caricias que comienza a prodigarme alrededor del ombligo. Sin embargo, un repentino bostezo que no soy capaz de disimular interrumpe estas fantásticas sensaciones.

—¿Quieres dormir, *unangwa*[2]?

—Sí, estoy agotada. Además, esta casa es diáfana y tenemos amigos durmiendo en ella...

—De acuerdo, pero antes déjame decirte una cosa.

Me doy la vuelta entre sus brazos y me acomodo para descansar.

—Adelante.

—*Nu' umi unangwa 'ta*. [3]

Sonrí en la oscuridad. Llegas tarde, hopi. Esta vez no me pillas por sorpresa.

—¿Sabes qué? —Giro de nuevo y quedo frente a él. Busco sus labios y me atrevo a sincerarme sobre ellos—: Yo también.

FIN

Nota de autora

Poner el punto final a una novela siempre es algo que genera sentimientos encontrados. He sido feliz mientras creaba los personajes y fui dichosa cuando terminé su historia. Sin embargo, he convivido muchos meses con los protagonistas y, cuando menos me lo esperaba, me dijeron que estaban listos para volar. Y así es. El momento de la separación ha llegado y un pedacito de mí se va con ellos...

Ahora, Laura y Álex no son míos. Son vuestros. Amadlos u odiadlos, pero disfrutad de su historia tanto como yo de su creación, por favor.

Sabed, además, que esta es la primera de mis novelas que ve la luz y, por tanto, cada una de sus páginas está plagada de esperanzas e ilusiones.

El hecho de encontrar datos que no cuadran con la vida real solo responde a mi necesidad creativa y a pequeñas licencias que me he tomado la libertad de utilizar para dotar a mis chicos del marco ideal en el que desarrollar su historia.

Si queréis hacerme llegar cualquier comentario, no dudéis en contactar conmigo bien por correo electrónico en mayedalaurens@yahoo.com, bien a través de mi perfil de Facebook: <https://bit.ly/33hI9tC> o de Instagram: [@mayedalaurens](#) ¡Será un placer encontrarnos!

Agradecimientos

Al grupo del arcoíris, porque sin vosotras Laura y Álex vivirían en un continuo caos de sinsentidos, repeticiones y absurdos; porque la vida con vuestros colorines tiene mucha más magia, y porque el cariño ha estado presente hasta en la crítica más dura. Porque sois únicas... y maravillosas.

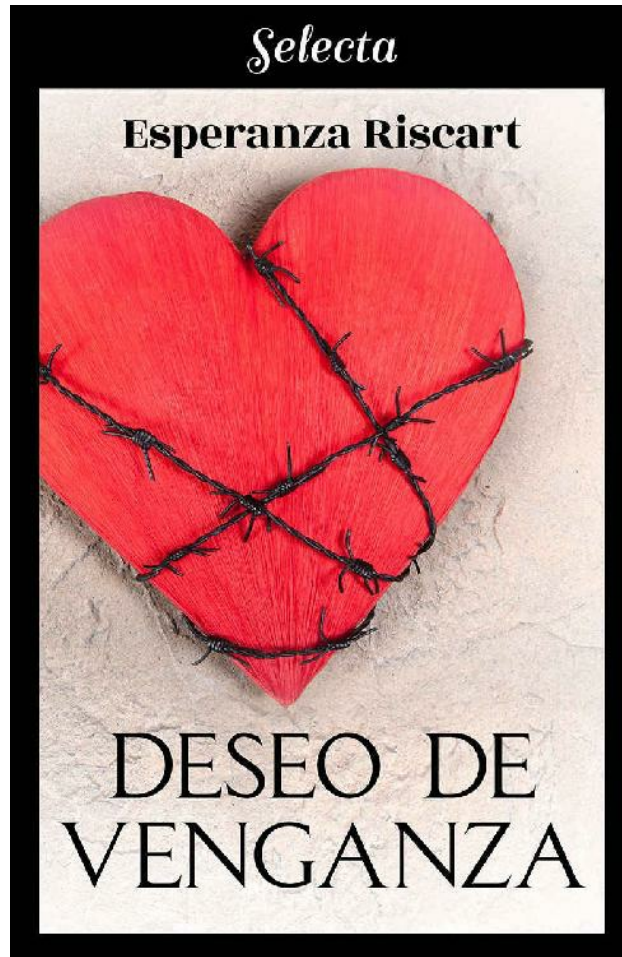
A mi corrector, porque su paciencia, sus explicaciones y su buen hacer han hecho que esta novela brille muchísimo más.

A mi marido, por hacerte cargo de todas las cenas que me tocaba preparar y que jamás tuve que hacer, por ser padre y madre cuando yo solo podía ser escritora, por darme tiempo y espacio para crear. Por creer en mí.

A mis hijos, porque a su corta edad entienden que sus abrazos me inyectan más energía que diez horas de sueño o un café doble; porque no dudaron una sola vez en regalarme un beso cuando me veían bloqueada, aun sin que yo los pidiera; porque sus «¿Cómo va tu libro, mami?» han llenado de calor mi corazón. No tengáis ninguna duda: el hilo nunca se equivoca.

A mi madre. Porque, si hoy soy lo que soy, si he superado mil baches, si me he levantado cien veces, si ahora derroto a mis demonios aporreando un teclado, si soy una mujer con principios es, sin ninguna duda, gracias a ti.

Si te ha gustado
Atrapada en el botón de tu vaquero
te recomendamos comenzar a leer
Deseo de venganza
de *Esperanza Riscart*



—¿Dónde están mis padres, Nastia? —La voz añorada de Alexander reflejaba la angustia que un niño de nueve años ya era capaz de sentir y que él mismo intuía en su niñera—. Dijeron que vendrían después del festival y aún no han llegado. ¿No te parece que están tardando demasiado?

—Me dijeron por teléfono que se retrasarían un poco, Alex. —La mirada de la niñera se llenó

de ternura y, durante unos breves segundos, pudo ocultar la ansiedad que también a ella le apretaba la garganta desde hacía casi una hora. Su amiga Ivanna acababa de telefonarla para contarle que los Yulenko habían sufrido un grave accidente con el coche, conducido por el marido de Nastia.

Unos torturadores y lentos minutos más tarde, el sonido del teléfono distrajo a Alexander mientras centraba toda su atención en un programa de televisión.

—¿Es papá? —preguntó acercándose a la mujer en pocos segundos.

—No. —El tono de Nastia le preocupó. Desde hacía horas, Alex se mostraba tan nervioso como su niñera y presentía que algo no iba bien—. Es la policía.

Nastia susurraba sobre el auricular que sujetaba con más fuerza de la necesaria y con ambas manos, mientras sus gemidos impedían a Alex entender lo que hablaba. La mujer tenía el rostro cubierto por lágrimas cuando se giró a mirar al chiquillo.

—Alex, cariño, tenemos que ser fuertes, muy fuertes, porque en estos momentos los dos hemos sufrido una pérdida terrible. —Hizo un vano intento por contener el llanto—. Tus padres han sufrido un terrible accidente. Su coche ha... ha explotado —le explicó en apenas un susurro, con el que reflejaba todo su dolor.

—¿Qué quieres decir? —Por la inquieta mente de Alex pasaban imágenes del coche familiar que volaba en pedazos pero, por supuesto, solo se trataba del vehículo vacío—. ¿Dónde estaban mis padres, mis hermanas y Kostia?

—Dentro —susurró la mujer antes de dejarse caer al suelo de rodillas y dejarse arrastrar por un llanto desconsolado e incontrolable—. Estaban dentro. —El niño apenas pudo entender las palabras—. Todos han muerto.

—No puede ser, Nastia. —La mente del pequeño era incapaz de imaginar a su familia y al marido de su niñera sin vida y achicharrados en el interior del vehículo; agarró con fuerza los hombros de la mujer y comenzó a zarandearla—. Kostia revisa el motor del coche cada día. Esta mañana yo le he ayudado a ponerlo a punto —continuó incrédulo y orgulloso.

Pero Nastia no se levantaba del suelo de madera brillante que ella misma se encargaba de que enceraran cada semana, ni erguía su cabeza mientras se mecía arrullándose con su propio llanto. Alex se acercó lentamente a la mujer y le levantó el rostro para comprobar que era cierto lo que le decía.

—¿Nastia? —preguntó mirándola a los ojos—. No pueden morir. Mis hermanas tienen cinco años, y las niñas de cinco años son pequeñas para morir. —El lamento desgarrado de la mujer le encogió el corazón.

—Han muerto todos, Alex, cariño. Lo siento, mi niño, lo siento. —Lo abrazó con tanta fuerza que el chiquillo casi no podía respirar. Pero él tampoco podía separarse del cálido y protector abrazo de Nastia cuando, como un fuerte puñetazo en el estómago, sintió que una gran inseguridad lo invadía.

A partir de ese momento, los días siguientes se convirtieron en una película nubosa que pasaba

ante sus ojos. Primero, la presencia de sus queridos abuelos ingleses, sus firmes y consoladores abrazos. La reconfortante mano de su abuelo casi de forma permanente sobre su hombro. El funeral, las miradas de los asistentes cargadas de dolor, la cantidad infinita de besos que recibió, cuando él solo permitía a su madre y a Nastia que lo besaran porque ya se sentía mayor. Y las palabras del socio y amigo de su padre, Viktor Kozlov, que quedaron grabadas en su mente.

—Encontraré a quien ha asesinado a tu familia, Alexander. Yo vengaré a tu padre. Él era para mí más que un amigo. Fue como un hermano.

Alexander creía que los hombres no lloraban, y le sorprendió comprobar que eso no debía ser cierto porque unas lágrimas gruesas recorrían el rostro de Viktor.

Dos días después del funeral, Nastia, sus abuelos y Alexander viajaban hacia Londres, donde vivirían a partir de entonces.

—Abuela, ¿por qué han matado a mis padres, a mis hermanas y a Kostia? —preguntó en voz muy baja durante el vuelo.

—Ha sido un accidente —contestó Maddie sin poder controlar la tensión de su rostro—. ¿Quién te ha hablado de asesinato?

—Viktor, Viktor Kozlov me dijo que él vengaría a mi familia.

—No hagas caso de sus bravuconerías, Alexander. Ha sido un terrible accidente provocado por un escape de gas y por donde tuvieron la mala suerte de pasar con el coche.

En ese momento el crío creyó a su abuela. La única familia que le quedaba. Ahora solo los tendría a ellos y a su leal Nastia.

Laura es divertida y menos dura de lo que pretende aparentar. Alex es guapo, tierno, cariñoso... en definitiva, arrebatador y no se rinde con facilidad.

Una comedia romántica con la que te reirás, te enamorarás y que no podrás dejar de leer. Y es que los trayectos en AVE nunca fueron tan entretenidos...



A Laura no le importa llevarse por delante con su maleta unos cuantos tobillos e, incluso, romper el tacón de su zapato si con ello cumple su objetivo de llegar a su (amplio) asiento en el tren. Se suponía que el lunes era un día de suerte, pero hasta ahora todo han sido tropiezos... ¡Un momento!, ¿quién es ese moreno tan atractivo que no le quita ojo?

Para Álex, el viaje de hoy es tan aburrido como siempre, hasta que ve a una chica menuda, bonita e histérica que ocupa con sus cosas nada menos que los cuatro asientos de la mesa libre del vagón. Se le ocurren mil formas de que el viaje sea más... ¿divertido?

Ella no imagina que sus rutinarios desplazamientos en AVE van a convertirse en algo que desee cada semana con impaciencia, a pesar de las broncas (tonteos), los malentendidos (no tan «mal entendidos»), las batallas verbales (que, obviamente, ella siempre gana) y un rápido e intenso encuentro en el baño del tren (sobre todo rápido).

Álex está decidido a conquistar a Laura y a demostrarle que «tienen que estar juntos para siempre».

Laura quiere estar con Álex, pero tiene demasiados frentes abiertos: un proyecto de trabajo, unas parlanchinas neuronas que no la dejan pensar ¡y la muñeca de su llavero!, una Wonderwoman que, en realidad, será la responsable del futuro de ambos.

Una divertida comedia llena de giros ocurrentes y con un romántico y dulce final.

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.

La divertida comedia romántica, *Atrapada en el botón de tu vaquero*, es la primera de muchas otras historias de amor y humor que ya rondan por su cabeza.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Mayeda Laurens

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-89-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 10

[1] «Los sueños siempre se hacen realidad».

Epílogo

[2] Por si a estas alturas de la novela aún no lo has buscado en Google, *unangwa* en lengua hopi significa «corazón».

[3] En lengua hopi, «Te quiero».

Índice

Atrapada en el botón de tu vaquero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mayeda Laurens

Créditos

Notas